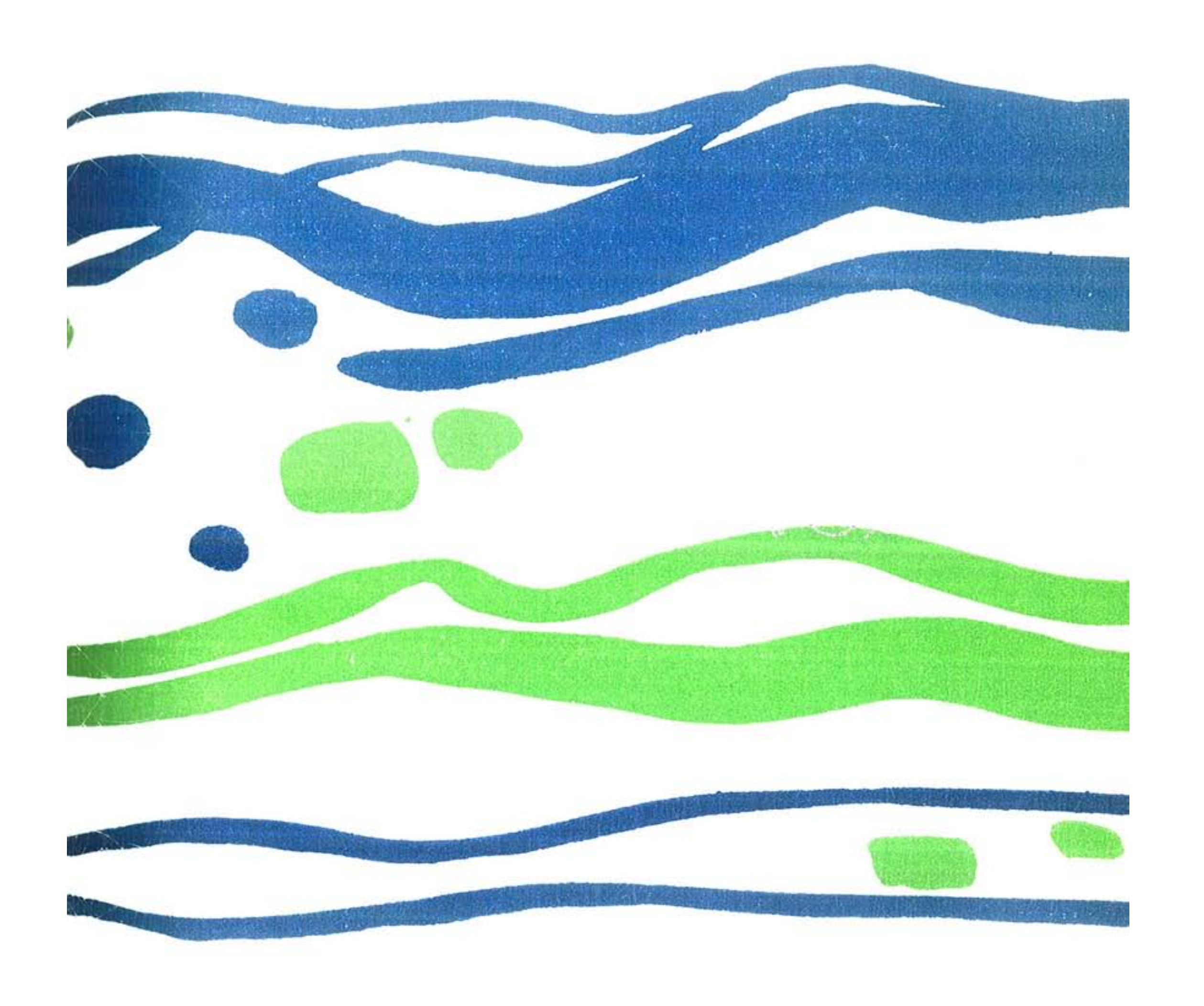
CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS



MADRID 63
MARZO 1955

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

"Cuadernos Hispanoamericanos" solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: Editorial Difusión, S. A., Herrera, 527. *Buenos Aires.*—BOLIVIA: Librería "La Universitaria", Gisbert y Cía., Comercio, 125-133. *La Paz.*—COLOMBIA: Librería Nacional Limitada, calle Veinte de Julio, Apartado 701. *Barranquilla.* - Carlos Climent, Instituto del Libro. *Popayán.* - Librería Hispania, Carrera 7.ª, 19-49. *Bogotá.* - Pedro J. Duarte, Selecciones, Maracaibo, 49-13. *Medellín.*—COSTA RICA: Librería López, Avenida Central. *San José de Costa Rica.*—CUBA: Oscar A. Madiedo, Agencia de Publicaciones, Presidente Zayas, 407. *La Habana.*—CHILE: Edmundo Pizarro, Huérfanos, 1.372. *Santiago de Chile.*-ECUADOR: Agencia de Publicaciones "Selecciones", Plaza del Teatro. *Quito.* Agencia de Publicaciones "Selecciones", Nueve de Octubre, 703. *Guayaquil.*—EL SALVADOR: Librería Academia Panamericana, Sexta Avenida Sur, 1. *San Salvador.* ESPAÑA: Ediciones Iberoamericanas, S. A., Pizarro, 17. *Madrid.*—GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, Séptima Avenida Sur, 12. - Victoriano Gamarra Lapuente, Quinta Avenida Norte, 20. *Guatemala.*—HAITÍ: Librerías y quioscos de *Puerto Príncipe.*—HONDURAS: Agustín Tijerino Rojas, Agencia Selecta, Apartado 44. *Tegucigalpa,* D. C.—MARRUECOS ESPAÑOL: Herederos de Francisco Martínez, General Franco, 28. *Tetuán.*—MÉXICO: Juan Ibarrola, Libros y revistas culturales, Donceles, 27. *México.*—NICARAGUA: Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones. *Managua* D. N.—PANAMÁ: José Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones. *Panamá.*—PARAGUAY: Carlos Henning, Librería Universal, Catorce de Mayo, 209. *Asunción.*—PERÚ: José Muñoz, R. Mozón, 137. *Lima.*—PUERTO RICO: Don Matías Photo Shop, Fortaleza, 200 St. *San Juan de Puerto Rico.*—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro y de la Prensa, Escofet Hermanos, Arzobispo Nouel, 86. *Ciudad Trujillo.*—URUGUAY: Germán Fernández Fraga, Durazno, 1.156. *Montevideo.*—VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A., Bolero a Pineda, 21. *Caracas.*—BÉLGICA: Juan Bautista Ortega Cabrelles, 42, rue D'Aremberg. *Bruselas.* - Agence Messageries de la Presse, 14 a 22, rue Du Persil. *Bruselas.*—BRASIL: Livraria Luso-Espanhola e Brasileira, Avenida 13 de Maio, 23, 4.º andar. Edificio Darke. *Río de Janeiro.*—CANADÁ: Comptoir au Bon Livre, 3.703, Avenida Dupuis, angle Ch. de la Côte des Neiges. *Montreal.*—DINAMARCA: Erik Paludan, Fiols traede, 10. *Copenhague.* ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA: Las Americas Publishing Company, 30, West 12 th. Street. *Nueva York,* 11. - Roig Spanish Book, 576, Sixth Avenue. *Nueva York,* 11. - Argentine Publishing Co., 194-18, 111 th. Road. *St. Albans,* L. Y. N. Y.—FRANCIA: L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles, 78, rue Mazarine. *París (6 éme).* - Librería Mollat, 15, rue Vital Carles. *Bourdeaux.*—ITALIA: Librería Feria, Piazza di Spagna, 56. *Roma.*—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria y Publicaçoes, Rue San Nicolau, 119. *Lisboa.*—SUIZA: Thomas Verlag, Renweg, 14, *Zurich.*

EDICIONES CULTURA HISPANICA

"Ediciones Cultura Hispánica" es hoy la única empresa editorial al servicio de Iberoamérica y Filipinas que viene realizando tenazmente, año tras año, el intento más considerable entre los pueblos de habla española, para dar a conocer las vivencias culturales de la comunidad hispánica y los más importantes hallazgos en el amplio campo del pensamiento y de la cultura contemporánea.

Desde su fundación, en el año 1945, toda una serie de volúmenes aparecidos en una ininterrumpida y sistemática labor han puesto de manifiesto ante el público lector el esfuerzo editorial que significa proyectar, a través de sus diversas Colecciones, sobre las clases cultas del mundo entero, la multiforme realidad hispanoamericana.

Literatura, Arte, Filosofía, Poesía, Ensayo, Historia, Geografía, Economía, Derecho, etc., son materias que, a través de las más consagradas y amenas plumas iberoamericanas y españolas, ofrece a sus lectores "Ediciones de Cultura Hispánica".

Nombres prestigiosos, como los de Ramón Menéndez Pidal, José Vasconcelos, José María Pemán, Carlos Pereyra, P. Constantino Bayle, S. J., Juan Manzano, Gonzalo Zaldumbide, Mercedes Ballesteros, Víctor A. Belaunde, Pedro Laín Entralgo, José Arce, Gerardo Diego, Eduardo Carranza, Leopoldo Panero, entre otros muchos, avaloran su catálogo editorial.

Pero hay más: "Ediciones Cultura Hispánica", nacida al servicio de los intelectuales de Hispanoamérica, en su deseo de acercarse cada vez más a la meta cultural que a sí misma se ha asignado, ofrece a todos los centros culturales del Mundo Hispánico, así como a los particulares, la posibilidad de recibir cualquier obra publicada por editoriales españolas y toda clase de libros antiguos o modernos, por cuenta de los interesados y a través de su distribuidora exclusiva para todo el mundo que es "Ediciones Iberoamericanas, S. A." (E. I. S. A.), Pizarro, 17, Madrid, y a ella, o a sus representantes en el exterior, pueden dirigirse para que les sean remitidos nuestro catálogo o nuestros libros, contra reembolso.

Igualmente, para todas aquellas obras que por su índole no encajen dentro de nuestro marco de publicaciones, "Ediciones Cultura Hispánica" se compromete a editar por cuenta de sus autores, y a través de su distribuidora E. I. S. A., cualquier original que nos envíen, encargándose muy gustosamente, de acuerdo con las indicaciones o sugerencias del autor, de la elección de formato, selección de papel, corrección de pruebas y realizar el envío, una vez concluída, de la obra cuya impresión se le encomiende.

AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS (Ciudad Universitaria)

MADRID (España)

EDICIONES CULTURA HISPANICA

OBRAS ULTIMAMENTE PUBLICADAS

Ciencias Económicas:

La balanza de pagos en los países hispanoamericanos, por José Ignacio Ramos Torres. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 45 ptas.

Esquemas económicos de Hispanoamérica, por Francisco Sobrados Martín y Eliseo Fernández Centeno. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 50 ptas.

Ciencias Jurídicas:

Las Constituciones de la República Argentina. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones de Puerto Rico, por Manuel Fraga Iribarne. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones del Perú, por José Pareja y Paz-Soldán. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

Las Constituciones de la República de Panamá, por Víctor F. Goytia. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

Poesía:

Martín Cerere, por Cassiano Ricardo. Trad. de Emilia Bernal. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

Ciudad y yo, por Blanca Terra Viera (Premio Ministerio de Educación de Uruguay, 1952). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 25 ptas.

Nueva poesía panameña, por Agustín del Saz. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 65 ptas.

Canto personal, por Leopoldo Panero (2.ª edición). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

La llama pensativa, por Evaristo Ribera Chevremont. Madrid, 1954. 13 × 21 centímetros. 50 ptas.

Memorias de poco tiempo, por José Manuel Caballero Bonald, con ilustraciones de José Caballero. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

Arte:

La pintura española contemporánea, por Manuel Sánchez Camargo, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 20 × 27 cms. 275 ptas.

Ensayos Políticos:

El mito de la democracia, por José Antonio Palacios. Madrid, 1954. 14 × 21 centímetros. 65 ptas.

El pensamiento de José Enrique Rodó, por Glicerio Albarrán Puente. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 100 ptas.

Elogio de España al Ecuador (Conferencias pronunciadas por el doctor Marañón, Pemán, Laín Entralgo, Marqués de Lozoya y Sánchez Bella. Con una introducción del Excmo. Sr. D. Ruperto Alarcón Falconí, Embajador del Ecuador). Madrid. 15 × 20,5 cms. 30 ptas.

Ciencias Históricas:

Causas y caracteres de la independencia hispanoamericana (Congreso Hispanoamericano de Historia). Madrid, 1954. 17 × 24 cms. 90 ptas.

Código de Trabajo del indígena americano, por Antonio Rumeu de Armas. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Azul celeste y blanco (Génesis de la bandera argentina), por Ricardo A. Herren. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Dogmas nacionales del Rey Católico, por Francisco Gómez de Mercado y de Miguel. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 75 ptas.

Hispanidad:

Sobre la Universidad Hispánica, por Pedro Laín Entralgo. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 20 ptas.

Destino y vocación de Iberoamérica, por Alberto Wagner de Reyna. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 23 ptas.

Genealogía y Heráldica:

Dignidades nobiliarias en Cuba, por Rafael Nieto Cortadellas. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

Blasones de los virreyes del Río de la Plata, por Sigfrido A. Radaelli, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 cms. 50 ptas.

Bibliografía:

Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España, por José Tudela de la Orden. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

Literatura:

La ruta de los conquistadores, por Waldo de Mier. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 centímetros. 45 ptas.

INDICE

Portada y dibujos del pintor español *Antonio Lago Rivera.*—En páginas de color, *El pensamiento de Riva-Agüero,* original de *Mario Alzamora Valdez,* y *El drama de Europa,* de *Octavio Nicolás Derisi.*



NUESTRO TIEMPO

ASPECTOS MORALES Y POLITICOS DE LA GUERRA FRIA

POR EL

TENIENTE CORONEL F. O. MIKSCHE

1

No puede haber duda de que el malestar que en los años recientes se apoderó de Europa y, en un sentido más amplio, de todo el mundo tuvo su origen en las falsas bases sobre las que se establecieron los Tratados de Paz de 1919-20. Nuestra generación es la que está recogiendo la cosecha de la semilla entonces sembrada. *El Occidente ha ganado dos guerras, y en ambos casos ha perdido la paz.* Había razones para ello. La primera de todas, que las posiciones de la lucha en ambas contiendas eran demasiado totalitarias, especialmente en el campo político, siendo su objeto forzar al vencedor a aceptar una paz que amenazaba su misma existencia. Otra razón fué que, para lograr ventajas en los campos de batalla, se fomentaron movimientos revolucionarios tras las líneas enemigas. La experiencia ha demostrado, sin embargo, que esto no resultó decisivo en ninguna de las dos guerras, y de hecho, al correr el tiempo, tuvo más inconvenientes que ventajas. El promover una guerra encubierta necesitaba, por supuesto, el reconocer y mantener a ciertos políticos exilados revolucionarios, y muy a menudo había que darles garantías por adelantado, sin conocimiento previo de cómo se desarrollaría realmente la situación. Al cesar las hostilidades se encontró con que era necesario cumplir las promesas que habían sido dadas tan ligeramente durante el calor de las batallas a estos pequeños caciques.

2

Es un hecho bien conocido que los políticos exilados tuvieron una influencia decisiva en la redacción de los Tratados de 1919-20, especialmente en lo que se refiere a la Europa Centro-Este. La experiencia ha probado, sin embargo, que los promotores de la paz no tuvieron la suficiente visión del porvenir y fueron solamente

informados por una de las partes. Además, los políticos nacionalistas de la cuenca del Danubio no estaban aún maduros para interpretar el papel que se les había asignado. El resultado fué que una de las áreas más vitales de Europa se convirtió en un campo de rivalidades imperialistas por sus naciones pequeñas, cada una tratando de aumentar su poder a expensas de las demás. La codicia exagerada de engrandecimiento territorial se vió aún agravada por el egoísmo económico. El nacionalismo, que fué fomentado entre los pueblos de la cuenca del Danubio por los Aliados durante la primera guerra mundial, y más tarde por las barreras arancelarias levantadas entre las partes diseminadas del Imperio austrohúngaro, contribuyó más que ninguna otra cosa al advenimiento de Hitler al Poder. En las nuevas circunstancias, ninguno de los Estados recientemente formados podía mantener su independencia. La propia Naturaleza ha dispuesto que los pueblos de la cuenca del Danubio estén destinados a vivir juntos o a morir separados. Aquellas y otras circunstancias condujeron, finalmente, a las tensiones de 1919, las cuales terminaron en una nueva conflagración mundial. La política, que abusó de las palabras "Libertad y Democracia", costó millones de vidas humanas, y para muchos más significó la completa ruina material. Pasando por la ocupación de Hitler, terminó, finalmente, en la esclavitud por Rusia.

En el curso de la segunda guerra mundial, los políticos exilados en Occidente han tenido también un papel mucho más importante del necesario o aconsejable. Y así tuvieron no poca influencia respecto al Tratado de Potsdam. Comparten la responsabilidad de que catorce millones de alemanes, es decir, el equivalente a la población total de un área tan grande como Bélgica, Holanda y Dinamarca juntas, fuesen desterrados. Leyendo el texto, tan cuidadosamente redactado (art. 13), del Protocolo de Potsdam, uno podría imaginarse que se trata del caso de alemanes que se habían establecido allí durante el régimen de Hitler. En realidad, estas gentes habían vivido en la Prusia Oriental, detrás del Oder-Neisse, en el país de los sudetes o Transilvania, el doble del tiempo que los americanos han vivido en el Nuevo Mundo. Las circunstancias bajo las cuales fué firmado este documento por el Presidente Truman son todavía un misterio. El hecho de que los Gobiernos occidentales aprobaran la expulsión de millones de personas, es difícil de entender; pero su consentimiento fué logrado por los métodos fraudulentos de los políticos exilados. En 1942, el doctor Benes, que creía que los sudetes alemanes eran principalmente responsables de sus desgracias, pidió al Ministerio de Asuntos Ex-

teriores británico que aprobara su plan de expulsión de los ALEMANES NAZIS de Checoslovaquia después de la guerra, el cual, naturalmente, no tuvo razones para oponerse. Después acudió al embajador de Rusia, señor Bogomolov, el cual estaba acreditado cerca de los Gobiernos exilados en Londres, y por su mediación pidió el consentimiento de Moscú para su plan de expulsión de los sudetes alemanes, informándole al mismo tiempo de que ya había sido obtenida la aprobación británica. La situación militar de los rusos era todavía catastrófica en aquel tiempo, y Moscú esperaba que una paz separada con Alemania sería posible, de modo que la proposición checa fué rechazada. En junio de 1943, Benès fué a Wáshington, donde dijo al Presidente Roosevelt que ambos, los ingleses y los rusos, aprobaban su plan, y estaba seguro de que no habría oposición americana, en vista del consentimiento de los otros Aliados. Después volvió a Londres, e informó a Bogomolov de que los dos Gobiernos, inglés y americano, habían dado su consentimiento, y que sólo Moscú estaba en oposición. Al ser informado de que Londres y Wáshington estaban preparados a aceptar la responsabilidad de la expulsión de 3.300.000 sudetes alemanes de su patria histórica, Moscú también dió su aprobación, y el plan fué, finalmente, sancionado por el Acuerdo de Potsdam.

Para formar Estados como Checoslovaquia, Yugoslavia, Polonia y Rumania, porciones puramente alemanas, húngaras, ucranianas y otros territorios de otras nacionalidades les fueron añadidos en 1919-20, por lo que se crearon minorías nacionales de veinte millones de personas en Estados donde minoría significa ciudadanía con menos derechos. Veinticinco años más tarde, en 1945, como se dijo anteriormente, el problema de estas gentes fué solucionado simplemente con arrojarlos de sus hogares, después de robarles todas sus posesiones. Según el Protocolo de Potsdam, la transferencia debería haberse efectuado de una forma humana. El hecho es, sin embargo, que solamente en Checoslovaquia 304.000 sudetes alemanes y cerca de 45.000 húngaros, entre los que se encontraban mujeres, niños y ancianos, perdieron la vida en los campos de concentración establecidos por el Gobierno de Benès, en "marchas de hambre" y en matanzas. Y todo esto ocurría en 1945-47, cuando el popular Jan Masaryk, entonces ministro de Negocios Extranjeros de Checoslovaquia, aseguraba solemnemente a todos sus amigos de América, Inglaterra y Francia que su país era más democrático que lo había sido nunca. Atrocidades parecidas tuvieron lugar en 1945-47 en Polonia, Rumania y Yugoslavia. Sus propósitos eran, igualmente, extinguir o expulsar por esos medios a las minorías

incorporadas contra su voluntad en 1919-20. Según las estadísticas oficiales, el número de alemanes asesinados, desaparecidos o deportados parcialmente por los rusos, pero en gran parte también por los checos, polacos, rumanos y yugoslavos, es de 3.785.000. No hay estadísticas aprovechables del número de húngaros víctimas de estas atrocidades.

A propósito de esto conviene mencionar que, durante la última guerra, también los alemanes cometieron muchos crímenes. Sin embargo, dos males no forman un bien, y mientras el mundo entero derramaba lágrimas por la horrible tragedia del bosque de Katyn, la prensa occidental, discretamente, no hacía mención de estas atrocidades, todavía mayores. No sólo eso. También muchos hombres de Estado, que directa o indirectamente eran responsables de estas acciones, y después, a su vez, han sido arrojados por los comunistas, están ahora en Occidente haciendo otra vez el papel de caudillos preseleccionados de una nueva Europa Centro-Este.

La expulsión de los sudetes alemanes fué ejecutada bajo la vigencia de tres decretos presidenciales, publicados en junio de 1945. El primero declaraba retirarles su derecho de ciudadanía; otro les privaba de todas sus posesiones, es decir, de casas, muebles, tierras, ganado, herramientas, talleres, etc., con excepción de equipaje de mano. El tercer decreto sancionó el arresto en masa de hombres, mujeres, niños y ancianos y su internamiento en 51 campos de concentración, así como su declaración de culpables por los llamados Tribunales Populares. De los ministros checos que firmaron estos decretos, cuatro se encuentran actualmente en América: el doctor Ripka, el general Hasal, el doctor Procháska y Majer, y están sostenidos por el Comité Nacional para una Europa Libre. Como miembros del semioficialmente reconocido Consejo Nacional checoslovaco, tienen una influencia decisiva en la propaganda de la Radio de Europa Libre. Otro ministro que firmó dichos decretos, el doctor Stransky, se halla en Londres como representante del Consejo Nacional checoslovaco. El general Ferjencik, que fué el responsable del arresto de 100.000 eslovacos y de la expulsión de 120.000 húngaros, así como del asesinato de otros 45.000 húngaros, está también desde hace tiempo en los Estados Unidos. De los hombres de Estado polacos, húngaros y otros que fueron probablemente en el mismo grado culpables, el autor no tiene información fidedigna.

¿Es, sin embargo, posible que haya dos clases de justicia: una que condena a los criminales de guerra alemanes, mientras que

otra sostiene, bajo el pretexto de verdadera democracia, a gentes que tienen sobre su conciencia crímenes no menos grandes? Lo mismo que hubiera sido imposible construir un mundo mejor en colaboración con los verdugos de masas de Hitler, también es imposible cooperar con estos políticos exilados no solamente por motivos morales, sino, como se explicará más tarde, por razones prácticas políticas, hecho que es aún más importante.

3

Es un hecho indiscutible que sin la participación de Alemania no puede haber una conveniente defensa de Europa. Pero ¿es la política de Occidente consecuente a este respecto? Con el pretexto de una Federación polacocheca, los políticos exilados están trabajando ahora febrilmente en la creación de un frente común contra Alemania, para lo cual adoptan cualquier medio que les asegure la protección de los Gobiernos occidentales. Llevaría demasiado espacio enumerar todos los factores históricos, económicos y geopolíticos, que prueban qué anacronismo sería tal combinación. Esto, no obstante, no les preocupa a los políticos exilados. Lo que quieren es conservar en el futuro aquellas ventajas que fueron adquiridas, a menudo bajo falsos pretextos, durante las dos guerras; en otras palabras, perpetuar el *statu quo* de Versalles, raíz del disgusto presente. Los polacos buscan el apoyo de los checos para asegurar la frontera del Oder-Neisse, mientras que los políticos checos en exilio, a su vez, cuentan con la asistencia polaca, que les permita oponerse a las crecientes demandas de los sudetes alemanes de volver a su patria.

El destierro de poblaciones completas no es un fenómeno nuevo en la historia humana. Sin embargo, nunca anteriormente semejantes masas de seres humanos fueron privadas de los derechos a su patria como en nuestros tiempos. En comparación con el problema de los alemanes expulsados, los 800.000 árabes arrojados de Israel son una bagatela. Sólo Dios sabe cómo puede ser resuelta esta cuestión, sin duda una de las más graves de la Europa de la posguerra. Como antes se dijo, hay hoy en Alemania Occidental 9.300.000 refugiados, y en Alemania entera, 14.000.000. Ya anormalmente superpoblado como estaba antes de la guerra, el país no puede absorber esta afluencia súbita, ni siquiera en dos generaciones. Otro factor es que las provincias agrícolas de Alemania, que anteriormente suplían los dos quintos de sus suministros de víve-

res y alimentaban a cerca de 7.000.000 de trabajadores industriales, se encuentran ahora detrás de la línea Oder-Neisse. Esto conduce a la República de Bonn a establecer una vigorosa política de exportación, porque para obtener artículos de alimentación del extranjero necesita primero vender sus productos industriales. Pero ¿no conducirá esto otra vez a Alemania a una fiera competencia con Occidente? ¿Y no es Occidente—América en forma de distintos préstamos y ayudas e Inglaterra al encontrarse con una presión alemana más fuerte en el mercado mundial—quien al final tiene que pagar el precio de las irreflexivas concesiones hechas en Potsdam a los políticos exilados?

Los catorce millones de alemanes desarraigados son testigos, con creciente indignación, de las actividades de los políticos exilados en Occidente, de las del Comité Nacional para una Europa Libre y las estaciones de Radio Europa Libre.

Por medio de sus oradores y en sus reuniones en masa, a través de sus representantes en el Parlamento de la Alemania Occidental y en innumerables resoluciones y discursos del Gobierno Federal y a los distintos Gobiernos regionales, y a través de su prensa, todos estos expulsados, lógicamente, siempre plantean la misma pregunta: ¿Por qué cosa se nos va a pedir un día que luchemos? ¿Por el mantenimiento de lo que son injusticias patentes? ¿Por los políticos exilados checos o polacos que nos expulsaron y asesinaron a cientos de miles de nosotros? ¿Para colocarlos otra vez en el Poder? ¿Estamos esperando luchar un día por la restauración del Orden de Versalles?

Estas reacciones, que no tienen nada de un nuevo imperialismo o de un nuevo irredentismo, están engendrando gradualmente una situación peligrosa. Las injusticias, especialmente si se persiste en ellas y no se muestra ninguna voluntad de rectificarlas, fácilmente impulsan los sentimientos humanos hacia una política extremista. Algún día, los expulsados pueden desempeñar el mismo papel que los millones de sin trabajo en la lucha de Hitler por el Poder. Tal evolución sería sólo una reacción humana natural. Pero ¿sacará Occidente las conclusiones necesarias? ¿Comprenderá, por lo menos, que la actual política occidental los pone en contra incluso de los elementos moderados de la población alemana? La opinión pública no es nunca constante; de hecho, es inestable en todas partes. Históricamente hablando, no habría nada nuevo en semejante evolución. ¿No fué una política similar la que, en los años 1925-32, desacreditó a Stresemann y a Brüning y allanó el camino a Hitler?

La conclusión lógica que se saca de lo anterior es que el Occidente debe finalmente decidir lo que realmente quiere. Por un lado está la necesaria cooperación con Alemania, y, por el otro lado, el Orden de Versalles, personificado actualmente en algunos políticos ambiciosos exilados en América o en otros países occidentales. Una política occidental orientada en dos direcciones —cooperación con la Alemania demócrata y, al mismo tiempo, con los políticos exilados protegidos actualmente—es difícilmente compatible en largo plazo. Si se espera realmente que Alemania coopere con Occidente, los daños que han sido infligidos a este pueblo no deben mantenerse.

En conclusión: Si Occidente persevera en su actual política de guerra fría respecto a la Europa Centro-Este, habrá que contar con lo siguiente:

a) Que esta política no puede ser compatible con una verdadera cooperación con Alemania, país que, con todas las probabilidades, llevará un día el peso de la lucha en Europa contra el comunismo.

b) Que todas las pasadas experiencias tienden a demostrar que la actual política del Occidente está en contradicción directa con las características naturales de este país y, lógicamente, sólo conduce a la formación del mismo orden, que ya se derrumbó dos veces.

c) Que, más pronto o más tarde, Occidente se verá envuelto en una serie de calamidades, como en el caso de entre las dos guerras.

Es mucho más importante el hecho de que resulta un error fundamental el adquirir ahora obligaciones morales o de otra clase con los políticos exilados o con organizaciones, tanto en el Occidente como en los países tras el "telón de acero", sin conocer cuál será el curso de los acontecimientos futuros.

4

Antes de llevar adelante nuestras observaciones echemos una ojeada, lo primero de todo, a la situación general de Europa y, en un sentido más amplio, al mundo occidental. En su forma tradicional (lo que equivale a decir antes de 1918), Europa consistía en tres grandes regiones geopolíticas: Europa Oriental, Central y Occidental. El papel histórico de la Europa Central—Alemania y

el Imperio danubiano—era proteger a la Europa Occidental de ser invadida por la Oriental. De hecho, la cultura occidental debe su desarrollo, en gran parte, a esta barrera.

La circunstancia de que en ambas guerras mundiales Europa Central luchase contra la Oriental y la Occidental no cambia básicamente este estado de cosas. En 1918, el primer baluarte esencial contra la Europa Oriental—el Imperio danubiano—fué destruído. En 1945, el segundo y último bastión—Alemania—desapareció también. De este modo, Oriente y Occidente llegaron a un contacto directo en el Elba y el Danubio, por lo cual el equilibrio de Europa se vió finalmente destrozado. El resultado lógico fué el Pacto del Atlántico, esfuerzo para restaurar el equilibrio de poderes con la ayuda del Nuevo Mundo.

¿Puede Europa, sin embargo, permanecer por mucho tiempo sobre una sola pierna, tal como ha sido el caso desde 1945, cuando fué dividida en dos partes? Bajo la enorme presión de un Imperio paneslavo gigantesco, extendiéndose desde el Elba y el Danubio al Océano Pacífico, el resto de Europa tiene pocas probabilidades de permanecer intacto. La constante presión de Rusia no podría quedar sin provocar trastornos sociales y consecuencias económicas en las naciones de Europa todavía libres, principalmente en Francia, circunstancia que puede fácilmente conducir a ver socavada la posición de Europa en Africa del Norte y en cualquier otro sitio. Otro factor es el tremendo incremento de la población rusa: unos 3.000 al día. Mientras que la de Europa Occidental permanece más o menos estacionaria, Rusia tendrá dentro de cuarenta y cinco años, es decir, en el año 2000, de trescientos cincuenta a cuatrocientos millones de habitantes.

Por lo anterior, es evidente que Europa sólo puede mantener su existencia haciendo retroceder la esfera de influencia rusa, por lo menos hasta detrás de los Cárpatos y la frontera polaca, bien por medios militares o por otros medios.

La enorme presión del paneslavismo en Europa y Asia ha engendrado en los últimos años dos ideas fuertemente relacionadas: la unión de Europa en una Federación y la Organización de un Ejército Europeo. Ambas fueron concebidas como resultado del miedo opresivo a una invasión rusa y a la necesidad de formar un escudo contra ella. Al mundo le ha llevado años reconocer esta necesidad, así como el hecho de que el problema no puede ser resuelto sin la participación de Alemania. Sin embargo, para obstaculizar el camino a una política alemana independiente, Alemania tiene que ser incluída dentro de una especie de Common-

wealth europea. El inconveniente es que nadie es sincero y franco a este respecto. Para Francia, la idea de un Ejército Europeo o una Federación Europea es apenas otra cosa que una nueva forma del viejísimo "complejo de inseguridad". Mientras el Plan Schuman es en realidad un intento para asegurar el control de la industria pesada de Alemania, el Ejército Europeo persigue un fin similar respecto a las fuerzas armadas de Alemania. Los alemanes, por otra parte, ven en tal política un escape del aislamiento en que han vivido desde 1945. Si el Tratado del Ejército Europeo de Defensa no llega a ser una realidad, la culpa del fracaso sería de Francia, la creadora de la idea. Sin embargo, como Gran Bretaña se mantiene tradicionalmente lejos de los asuntos continentales, al frustrar esto la formación de una Federación sobre una base triangular—Inglaterra, Francia y Alemania—, todas las combinaciones, en última instancia, sólo podrían ser francoalemanas.

Todas las negociaciones y los innumerables debates han demostrado qué grande es el antagonismo que divide a las naciones de Europa. Ha sido probado que una Unión Europea únicamente puede ser llevada a cabo por etapas. Pero ¿querrá Rusia prepararse a esperar semejante evolución? ¿Puede Europa permitirse el desperdiciar otros tres años en negociaciones? En cuanto al Ejército Europeo, no entra en el propósito de este estudio el analizar los muchos factores puramente técnicos que hacen bastante problemática su formación. Hay una probabilidad grande de que tal Ejército Europeo evolucionaría o, más bien, se desintegraría en fuerzas nacionales. Y ¿es posible concebir un Ejército Europeo a menos que no se haya formado de antemano un Gobierno Europeo?

Comoquiera que sea, todas estas ideas, como ya se dijo, han tomado forma principalmente por el miedo a una inminente invasión rusa. La muerte de Stalin ha demostrado qué pocas raíces habían echado. En las mentes de muchos franceses e ingleses, unos pocos gestos amistosos del Kremlin bastan para arrinconar todos estos planes. Y aunque la situación del Occidente *vis-à-vis* del Oriente no ha mejorado en ningún respecto, la propaganda rusa consigue turbar la política del Pacto del Atlántico.

Pero ¿qué ocurriría si nos encontrásemos con que, después de todo y a pesar de tantas cosas, no pueden ser creados una Federación Europea o un Ejército Europeo? Sería imprudente perder de vista esta eventualidad y jugárselo todo otra vez a una sola carta.

En Europa hay cuatro naciones con más de cuarenta millones de habitantes: Francia, Italia, Alemania e Inglaterra. La primera

preocupación de Gran Bretaña ha sido siempre la Commonwealth británica, y el continente sólo le interesa en función de sus relaciones con los otros miembros del Imperio. La anarquía en las condiciones políticas y económicas de Francia e Italia es bien conocida, y no es necesario analizarla aquí. Otra cosa también es que hay el doble de alemanes que de franceses o italianos, y que la productividad de estos últimos es la mitad que la de los alemanes. Por tanto, es más que probable que la masa de setenta millones de este pueblo inteligente no puedan permanecer como espectadores ociosos en la gigantesca lucha entre Oriente y Occidente. La nueva situación desarrollada en el mundo tiene también respecto a Alemania, por supuesto, sus imperativos políticos. Ninguna paz verdadera puede establecerse un día sin el libre consentimiento de este país, y todavía menos realizable es el planear cualquier orden incompatible con las reclamaciones alemanas, moralmente justificadas. Cualquier medida contra tal evolución, por cálculo humano, sólo puede ser de naturaleza temporal, y prácticamente hará más daño que provecho pueda hacer teóricamente.

El hecho de que sin Alemania el problema de Europa carece de solución, tiene también otras consecuencias. Puesto que esta nación está ya de parte de Occidente, las desgraciadas ideas de "pequeña Entente" o de un "cordón sanitario", todavía evocadas en Estados Unidos por los políticos exilados polacos, checos y otros, y que han causado tanto daño en Europa, definitiva e irrevocablemente pertenecen al pasado y son difícilmente compatibles con el papel futuro de Alemania en Europa. Todo esto debe ser tenido en cuenta si Occidente, especialmente América, no desea verse envuelto otra vez en contradicciones irreconciliables. *Siendo así las cosas, ¿no sería más prudente introducir ya ahora, discretamente y sin herir a nadie, nuevas ideas, de acuerdo con los probables acontecimientos, en lugar de agarrarse obstinadamente a la línea actual para tener que hacer más tarde un cambio bajo la presión de los hechos, y seguramente en circunstancias menos favorables?* Es decir:

a) La Europa Oriental, lo mismo que la cuenca del Danubio, debe ser organizada en un sistema que ni esté en oposición con los intereses básicos alemanes ni caiga bajo el control alemán.

b) La estructura futura de la Europa Central y Oriental debería estar de acuerdo con las características geopolíticas de esas regiones, y al mismo tiempo debería *neutralizar el paneslavismo y el germanismo.*

La política estratégica de la guerra fría debería ser dirigida de acuerdo con estos dos puntos de vista.

Todavía hoy se ofrecen muchas oportunidades de ejercer una moderada influencia sobre Alemania y abogar al propio tiempo, por medio de la propaganda, por un nuevo orden razonable tras el "telón de acero". Otra oportunidad de desviar por canales más constructivos las mentes de los pueblos de la Europa Centro-Este puede que no vuelva a presentarse. Resistirse a las evoluciones naturales no puede impedir los acontecimientos; por el contrario, puede crear una reacción psicológica natural, susceptible de caer en manos de aquellos que podrían hacer de Alemania un peligro para Europa.

5

Occidente, especialmente América, ha concedido asilo generosamente a muchos políticos exilados por los comunistas. Ciertamente que esto se hizo no sólo por motivos filantrópicos, sino con intención de usar a estas personas como prendas políticas. De acuerdo con esto, se las sostiene financieramente, y el trabajo de los políticos exilados y las distintas actividades de la guerra fría forman, por tanto, un todo inseparable y son sólo dos aspectos del mismo problema.

Muchos ex ministros, diplomáticos y jefes de partidos—checos, húngaros, rumanos, polacos y otros—están en actividad actualmente en Occidente, y, hay que decirlo, tienen éxito. Protegiendo el nacionalismo extremo, una red política subterránea trabaja actualmente entre Wáshington y Nueva York, probablemente mayor que cualquier otro movimiento subterráneo de tras el "telón de acero", red cuya importancia, por razones obvias, se exagera desmedidamente por estos políticos exilados. Por prominentes refugiados de distintos países se han organizado los llamados Consejos Nacionales, los cuales, en muchos aspectos, se comportan ya como gobiernos provisionales. Delegados haciendo el papel de embajadores en distintos países—Inglaterra, Francia, Canadá, etc.—procuran salvaguardar los intereses de estos Consejos Nacionales y que sean protegidos dentro de la estructura de la política internacional. La situación no está desprovista de peligro, como se prueba en el siguiente análisis:

a) Los planes que los respectivos Consejos Nacionales presentan a los distintos Gobiernos occidentales, relativos al futuro de sus pueblos, no son, ni separada ni colectivamente,

compatibles con los probables acontecimientos en Europa, y muy a menudo ni siquiera con los principios básicos de justicia. Los políticos polacos piden el reconocimiento de la frontera Oder-Neisse; pero, al mismo tiempo, desean "liberar" el territorio cedido a Rusia en 1945. Los checos sueñan con la restauración de Checoslovaquia, cuya existencia trajo tantas calamidades a Europa, sin mirar el hecho de que la gran mayoría de los eslovacos no aprueban la idea y que los húngaros y los austríacos tampoco sienten simpatía hacia ella. Añadamos que los políticos exilados checos están dispuestos a evitar por todos los medios posibles el retorno final de los sudetes alemanes a sus hogares, y, por tanto, se hallan en oposición con Alemania. Se pueden citar muchos ejemplos, que prueban que la presente cooperación con los políticos exilados no puede conducir a una solución satisfactoria del problema de la Europa Centro-Este. *El hecho es que la cuestión checa no puede solucionarse sin los eslovacos; la húngara, sin los eslovacos o austríacos y checos, porque todos forman un total íntimamente unido. Pero, tal y como está hoy el asunto, sería imposible acoplar los planes existentes dentro de un marco coherente. Ni los esfuerzos de los diferentes grupos nacionales están coordinados ni nadie les ha fijado todavía una meta final.*

b) Políticamente, todos estos Consejos Nacionales están desesperanzadoramente divididos en fracciones hostiles, o mejor caciquiles, y son *incapaces* de conseguir la unidad interna ni una sincera cooperación unos con otros; también es esencial, por ejemplo, que los checos, húngaros, eslovacos o austríacos trabajen juntos, si realmente se va a organizar el centro de Europa sobre una base federal. Estos hombres de Estado exilados, durante todo su pasado han estado envueltos en la lucha de guerrillas políticas que caracterizó las relaciones entre sus respectivos países durante el período entre las dos guerras, y ni con la mejor voluntad del mundo pueden en sus años de declinación cambiar hacia unas concepciones más constructivas.

c) Lo que los exilados políticos representan realmente hoy día es dudoso. Sus antiguos partidos han sido disueltos hace tiempo, y ellos mismos hubieran sido olvidados si la propaganda occidental no hubiera mantenido sus nombres en el mundo. En realidad, nadie tiene derecho, después de tan-

tos años de exilio, a pretender la representación de cosa alguna.

d) Muchas de estas personas son responsables de las atrocidades que se mencionan más arriba en este estudio.

Las objeciones mencionadas aquí se basan en consideraciones prácticas y no personales. Reconocer a estas organizaciones como gobiernos provisionales de sus respectivos países significaría trasladar el caos que existe entre ellos a una de las zonas más vitales de Europa. *Si no se controlan estas organizaciones de acuerdo con un plan positivo aprobado por las grandes potencias, los antagonismos que hay entre ellos estallarán un día, y el resultado final de la ayuda prestada sin garantías, para que los exilados persigan sus intenciones, será muy desilusionador, por no decir algo peor.*

Los exilados políticos basan sus planes en el pasado, aunque desde 1919-20 la situación de Europa y del mundo en general haya cambiado completamente. Como tal evolución no está de acuerdo con los designios de los exilados, éstos están trabajando febrilmente para impedirla. En otras palabras, procurarán aumentar los elementos antigermanos, que todavía son poderosos en Occidente. En estos círculos es en donde encuentran simpatía y ayuda, y, por su propio interés, hacen todo lo posible por mantener el odio contra Alemania, en lugar de ejercer una influencia más moderada, como pide la peligrosa situación de Europa y los propios intereses de América.

De hecho cierto, los Consejos Nacionales son camarillas que trabajan conspirando.

6

Estrechamente unidas a las actividades conspiradoras de los políticos exilados en el mundo libre, están las que se persiguen en los países tras el "telón de acero"; estos dos aspectos de la guerra fría están íntimamente relacionados, y de hecho son inseparables. Queremos repetir que la guerra fría, más que ninguna otra clase de guerra, está ligada estrechamente a factores políticos. Mientras que en una contienda normal las decisiones estratégicas se toman a menudo independientemente de los motivos políticos, en una contienda encubierta incluso la táctica, en gran parte, depende de factores políticos, de acuerdo con la situación, el objetivo inmediato y la ideología de la facción política con la cual se coopera. En la guerra fría, el combatiente es esencialmente un soldado político.

Respecto a la labor de los políticos exilados tras el "telón de acero", se lleva a cabo de dos maneras: *propaganda radiada* y contactos por medio de diferentes *Servicios Secretos.*

a) La propaganda es la base de la guerra fría. Su meta es perturbar los regímenes existentes, en los cuales la población vive ahora bajo los comunistas, creando, de este modo, el ambiente necesario para el espionaje, los sabotajes o las actividades de guerrilla.

¿Qué piensan los pueblos oprimidos? Actualmente, a causa de sus duras condiciones de vida y a una especie de apatía general, no tienen ideas claras acerca de su futuro. Su principal deseo es, por supuesto, librarse de sus dueños comunistas. En cuanto al futuro, ponen su confianza en las potencias occidentales, y esperan que un día éstas crearán un orden que les devuelva la paz y la prosperidad. Los pueblos esclavizados escuchan ansiosamente lo que les dice el Occidente, y cuando oyen referencias favorables del régimen anterior, sacan la conclusión de que se les está recomendando su restablecimiento. En la primera ola de entusiasmo que sigue a la liberación del comunismo se aceptan todas las cosas; pero una vez que esta ola ha cedido, las dificultades del pasado reaparecen. Esto es tanto más probable cuanto que los diferentes capítulos de propaganda—checo, polaco, eslovaco, húngaro, etcétera—no están ni en coordinación uno con otro ni con la probable evolución.

La situación, tal como se describe arriba, parece ser debida al hecho de que en todas estas cuestiones las potencias occidentales no tienen una línea política. Sostienen simplemente a cualquier exilado político que se les antoja, sin preocuparse mucho acerca de los posibles peligros futuros de tal política de Estado. Desde el punto de vista de la política general, la base de la actividad íntegra de la guerra fría es errónea. Tal como están las cosas hoy día, el caos existente se ve multiplicado por el hecho de que en este campo cada una de las potencias occidentales—Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos—marcha por su propio camino. Hay, incluso, una falta de coordinación en los diferentes Servicios de los Estados Unidos, donde demasiadas ramificaciones se ocupan del mismo problema. Distintas agencias y varias organizaciones "privadas", con diferentes grados de ayuda del Gobierno, están llevando a cabo operaciones en larga escala de guerra psicológica, destinadas a crear la fuerza defensiva (y en último caso ofensiva) del mundo libre y a debilitar el sistema de poder de los comunistas.

Muchos americanos expertos en esta área, incluyendo particularmente a inmigrantes recientes, tienen claras preferencias, si no es que están en activa asociación, en favor de grupos exilados de uno u otro color, de manera que se ven envueltos en las contiendas de los políticos exilados, quieran o no.

El resultado es que la propaganda destinada a los países tras el "telón de acero" está en gran parte bajo la influencia de personas que se las han arreglado, gracias a sus conexiones, para infiltrar en los Servicios a sus propios "fieles" como editores y locutores. Este es especialmente el caso de la Voz de América y la Radio Europa Libre.

b) El segundo medio de contacto de los políticos exilados con los países tras el "telón de acero" se efectúa por medio de diferentes *Servicios Secretos*, en los cuales "expertos" infiltrados y agentes vigilan para que cualquier elemento que se encuentre en oposición con la línea política de los Consejos Nacionales esté amordazado moralmente o de otra manera. Esto significa que en los países tras el "telón de acero" aquellas organizaciones inclinadas a trabajar para los políticos exilados se ven favorecidas, mientras que otras que no solamente están contra el comunismo, sino que, al mismo tiempo, buscan un nuevo y razonable orden, se ven obstaculizadas o incluso eliminadas.

No es sorprendente que, gracias a tan generosa ayuda y en vista de los métodos empleados, los políticos exilados puedan mostrar ciertos éxitos. Sin embargo, esto no prueba que otros elementos más constructivos no sean capaces de obtener incluso mejores resultados. Sería también un error pensar que, al dirigir la guerra fría por este camino, prevalecen los verdaderos deseos de las naciones interesadas. La opinión pública se ve artificialmente moldeada por esta propaganda. El total del plan se dibuja para crear la impresión de que es la voluntad de los pueblos tras el "telón de acero" lo que se interpreta, mientras que, en realidad, estos pueblos se ven meramente enfrentados con un nuevo hecho consumado. Al final, el resultado no viene a ser más que una victoria ganada por el dinero puesto a disposición de ciertos políticos exilados favorecidos, los cuales, gracias a esta ayuda, son capaces de mantener y extender sus organizaciones ampliamente ramificadas. En tales circunstancias, es engañoso el argumento de que es el pueblo mismo quien decide su futuro, porque todas las cosas se

hacen con el propósito de presionar a la opinión pública dentro del molde de ideas ya resueltas.

Cuanto más se arraigue la política irreflexiva de ahora, tanto peores podrán ser un día las consecuencias. Hay un peligro muy real de que los políticos exilados, pulsando cuerdas políticas, puedan un día inducir a los Gobiernos occidentales a obligar a las naciones que están ahora tras el "telón de acero" a aceptar regímenes basados en el antiguo *statu quo*, cuando el orden presente se desvanezca. Semejante desarrollo representaría, sin embargo, para muchos pueblos de la Europa Centro-Este no la liberación, sino el comienzo de nuevas dificultades.

7

CONCLUSIONES

Hay mucha gente en Occidente que acaricia la idea de que sería posible, por medio de propaganda y otros métodos de guerra fría, minar la autoridad de los regímenes comunistas existentes, hasta el punto de que un día su estructura completa se viniera abajo. No es necesario decir que tales puntos de vista y esperanzas son exagerados. A causa del bien organizado control de los gobernantes comunistas, lo más que podría ocurrir serían manifestaciones y alguna actividad de guerrillas, así como actos de sabotaje, los cuales, por sí mismos, no son decisivos. Los soviets tienen medios para suprimir rápidamente cualquier insurrección mayor. Esto se demostró claramente en la Alemania Oriental. Es difícil de concebir la caída del comunismo sin un conflicto abierto con Occidente. Al decir esto no queremos, de ninguna manera, menospreciar la importancia de la acción encubierta; pero sería una equivocación no ver las cosas como realmente son.

Muchos creen también que la cooperación entre el Occidente y Alemania tiende a desalentar los movimientos secretos en muchos países tras el "telón de acero". Este es uno de los acostumbrados *slogans* de propaganda usados por los políticos exilados. Ellos dicen: "Si queréis colaborar con Alemania, no podréis contar con el apoyo de nuestras naciones de tras el *telón de acero.*" Sin embargo, esto sólo es en parte verdad. *En la Europa Centro-Este, Alemania tiene no sólo enemigos, sino amigos también.* Unicamente parte de los checos son antigermanos. La posición de los polacos es algo diferente. Pero otras naciones, como los eslovacos, húnga-

ros, ucranianos, rumanos, etc., que exceden con mucho en número a los checos y polacos, tienen en gran parte lazos amistosos con Alemania. *Naturalmente que cualquier reorientación de la política occidental no contentaría a todos, pero la actual línea no satisface a nadie.* En cualquier caso, es imposible reconciliar todas las ambiciones de las distintas naciones, por la razón de que no son compatibles. La única línea posible a seguir sería aquella que incluyera un mínimo de injusticias, con la meta final de obtener el apoyo de la mayoría para un orden justo y *razonable.* En otras palabras, debería ser encontrado un término medio en la dirección de la guerra fría, que tuviera en cuenta los intereses legales de las naciones que viven tras el "telón de acero" sin cometer flagrantes injusticias.

Una satisfactoria dirección política de la guerra fría consistiría, sobre todo, en la cooperación entre austríacos, eslovacos, húngaros y checos con vistas a la formación de una Federación danubiana, idea que tiene muchos partidarios en aquellos países, y que, por otra parte, no choca con los intereses alemanes.

La guerra encubierta es, por muchas razones, un arma de doble filo. Es un esfuerzo salvaje, en el cual el fin justifica los medios, y la venganza, las trampas y las traiciones desempeñan un gran papel. Cada acción provoca una reacción, y las represalias consecuentes engendran un odio hasta entonces desconocido. La costumbre de la violencia echa raíces mucho más profundas en una guerra irregular que en una regular. En la última se corrige por la costumbre de obedecer a la autoridad constituída, mientras que en la primera desafiar a la autoridad y violar las leyes se convierte en una virtud. No se puede incitar durante años al pueblo a desobedecer al régimen existente, animarle a llevar a cabo actos de violencia que son proclamados heroicos, y después esperar que este mismo pueblo se convierta otra vez en ciudadanos disciplinados. La experiencia ha demostrado que los movimientos de resistencia están compuestos de un tercio de fanáticos destructivos, un tercio de criminales y un tercio de los llamados "compañeros de viaje". Y como la influencia de las dos primeras categorías es la más fuerte, inevitablemente se crea una mezcla de patriotismo salvaje y de actividad criminal, que va desde el mercado negro al asesinato brutal. Mientras que estratégicamente es raramente decisivo, tiene más influencia en el desenvolvimiento político. Muy a menudo, las ventajas tácticas obtenidas no compensan los resultados negativos subsiguientes.

Es tan difícil condenar esta forma de lucha como recomen-

darla como el arma por excelencia. Hay muchas razones por las cuales el Occidente no dejará a las naciones confinadas tras el "telón de acero" sin esperanza. Siendo así, este esfuerzo debe ser dirigido con el cuidado necesario si queremos protegernos contra sorpresas desagradables.

El mayor inconveniente para la dirección actual de la guerra fría reside quizá en el hecho de que los diferentes Consejos Nacionales—polaco, húngaro, checoslovaco, rumano, etc.—pretenden representar no las entidades étnicas, sino los Estados separados, como existían desde 1919-20. Sería diferente si, en lugar de actuar en nombre de anteriores Estados, lo hicieran en favor de grupos étnicos, tales como polacos, checos, húngaros, eslovacos, etc., reconociendo este principio en vez de Estados con fronteras definitivas. Gran parte de los rozamientos podrían así ser evitados, especialmente en cuestiones territoriales, las cuales constituyen uno de los más delicados problemas de la Europa Centro-Este.

Respecto a la cuenca del Danubio: "La caída del Imperio austrohúngaro fué una gran calamidad para la paz. Si los países que lo formaban quisieran un día encontrar un arreglo que les permitiera trabajar juntos en feliz asociación, ¡qué bien recibido sería!" (Declaración de Mr. A. Eden al *New York Times*, del 6 de octubre de 1950.)

Si ésta fuera, sin embargo, la meta de la política de Estado aliada, entonces el asunto debería ser resuelto por un camino completamente diferente, porque la presente política sólo puede producir resultados diametralmente opuestos; a saber: una renovada balcanización de la Europa Centro-Este. El error de los Tratados de 1919-20, que llevó a los habitantes de estas regiones desde la imperfecta libertad de la anterior Austria a la completa esclavitud por Rusia, se encuentra en el hecho de que estas naciones pequeñas no fueron *advertidas con autoridad* por las grandes potencias de formar una cooperación que les proporcionara las ventajas de una gran Commonwealth. *Añadamos que los pueblos de la Europa Centro-Este están mucho más inclinados a la cooperación que los políticos exilados, que reclaman el derecho de representarlos en Occidente. Tal como están las cosas, diríamos que parece como si estuviéramos a punto de perder la dorada oportunidad de rectificar anteriores desatinos.*

Por lo precedente, parece seguirse que para dirigir la guerra fría debería crearse un plan político cuidadosamente trazado, el cual pudiera poner fin a la anarquía que existe en la propaganda y los Servicios Secretos, y *el cual debería ya tener miras a la orga-*

nización futura de la Europa Centro-Este. Dentro de tal esquema habría espacio para los diferentes movimientos nacionales. La pregunta que debería hacerse no es quién tiene razón, sino qué es legítimo. Es un error fatal mantener la estrechez mental de las ambiciones nacionales de políticos individuales sin considerar la organización de Europa Central como un todo.

Tanto si uno odia como si ama a los alemanes, esto no puede cambiar los hechos expuestos en este sentido. Por otra parte, el ignorarlos puede, más pronto o más tarde, costar al Occidente nuevas desilusiones; a los Estados Unidos, grandes sumas de dinero, y a Europa, nuevos disgustos.



HISPANISMO Y ESPAÑOLISMO

POR

JULIAN MARIAS

La importante revista *Books Abroad*, publicada por las prensas de la Universidad de Oklahoma, y cuya misión es informar al lector de los Estados Unidos acerca de la vida intelectual extranjera, ha publicado, en su número de verano de 1951, un artículo de Robert G. Mead, Jr., profesor de la Universidad de Connecticut, que se titula "Dictatorship and Literature in the Spanish World". El tema es interesante y peliagudo; la tesis general del artículo y algunos de sus detalles suscitan nuestra atención; la difusión y autoridad de la excelente revista en que ha aparecido aumentan su alcance; pero, sobre todo, tiene un valor sintomático, como ejemplo de una actitud intelectual muy difundida. Por eso creo que merece un comentario sincero, apremiante y que llame por su nombre a algunas cosas que en este tiempo suelen usar seudónimo.

El señor Mead se refiere juntamente a España y a la América española, especialmente a la Argentina. No voy a hacer yo lo mismo, sino que me voy a atener exclusivamente a España: primero, porque es lo que conozco bien, y quisiera evitar ligerezas en cuestión tan delicada; en segundo lugar, porque la comunidad de lengua no basta para establecer analogías entre situaciones políticas, históricas e intelectuales que no pueden menos de ser profundamente dispares; y este error de método y de principio vicia todo el artículo en cuestión.

Lo más sustancial de su contenido viene a ser lo siguiente: Desde 1939, es decir, desde el final de la guerra civil española y el establecimiento del régimen actual, se han manifestado ciertos caracteres en el desenvolvimiento intelectual de España *y de Hispanoamérica*, que son los resultados directos o indirectos de dicho régimen. En España se ha impedido el desarrollo intelectual normal y se ha perdido para el país "la gran mayoría de sus principales pensadores". Se puede hablar de una "generación de los emigrados", y "una comparación imparcial entre estos emigrados y los intelectuales que permanecen en España tiene que ser fuertemente favorable a los primeros". Más de la mitad de los catedráticos universitarios españoles han abandonado *el país* desde la

Revolución. "Así, España está muy atrás en la ciencia contemporánea, mientras en las humanidades la situación no es mucho mejor." "Aparte de *unas pocas* grandes figuras *(todas* las cuales son de edad muy avanzada), como el erudito Menéndez Pidal, el filósofo Ortega y Gasset y los pocos supervivientes de la "Generación del 98" (un grupo con ideales esencialmente modernos), *la mayoría* de los intelectuales de España se encuentran dispersos por Europa y el Nuevo Mundo, con su núcleo principal en Méjico." Los que han quedado en España, o han tenido que hacer las paces con el régimen o eliminar todos los temas de controversia, con lo cual queda descartada "la producción literaria original de interés o mérito". Las casas editoriales—afirma el señor Mead—han contribuído también a la decadencia de las letras nacionales, "colaborando con la campaña del régimen para eliminar *toda mención* de aquellos escritores e intelectuales que estuvieron del lado de la República". La consecuencia de todo ello es "la *progresiva* implantación de una tiranía de la mediocridad en *todas* las esferas del pensamiento".

Todo esto en España. Lo contrario ocurre—dice el señor Mead—entre los emigrados y otros españoles que viven y trabajan en el extranjero. Aparte de los que han muerto en el exilio, como los hermanos *(sic!)* Machado, Angel Ossorio, Enrique Díez-Canedo, etcétera, el señor Mead cita una serie de españoles, casi todos ilustres, algunos de ellos egregios, cuyos nombres todos quiero reproducir: Américo Castro, Luis Capdevila, Pablo Picasso, Pablo Casals, Salvador de Madariaga, Rafael Altamira (que acaba de morir estos meses), José M.ª Ots Capdequí, José Gaos, Luis Aznar, Ramón J. Sender, Francisco Giner de los Ríos, Jacinto Grau, Alejandro Casona, José Moreno Villa, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Tomás Navarro Tomás, Angel del Río, Eugenio Florit *(sic!)*, Amado Alonso. La labor intelectual de estos españoles fuera de España —para emplear la feliz expresión de Marañón—parece al señor Mead eficaz y valiosa.

Finalmente, el señor Mead se pregunta—y ésta es la conclusión de su artículo—por la influencia duradera de esta situación en la orientación intelectual del mundo hispánico. Y su respuesta es que "España ha perdido *para siempre cualquier preeminencia* que haya tenido alguna vez en esa esfera". Por diversas razones, es difícil una repatriación de emigrados en gran escala, pues la mayoría no querrán nunca abandonar sus nuevos hogares, y están criando una generación más joven, que "con toda probabilidad tendrá poco deseo de volver a *una patria tan atrasada* y sin desarro-

llar". En lugar de un presunto eje intelectual Madrid-Buenos Aires, el señor Mead confía en un área dominada por la cultura española de Méjico y los Estados Unidos. (Los subrayados son míos.)

Hasta aquí el artículo del señor Mead. Hay que decir que esta imagen de la situación intelectual española y de sus posibilidades es y será compartida por muchos. Tres razones convergen hacia ese resultado: la primera, apuntada por el autor, es que en los Estados Unidos se sabe muy poco de esa situación, y por eso *él* se propone informar y orientar a la opinión americana; la segunda, la autoridad de la revista en que escribe, fundada "para promover la comprensión internacional difundiendo información literaria"; la tercera, que el artículo del señor Mead viene a unirse a toda una serie de escritos parecidos, que se suman en la mente de los lectores de habla inglesa. Por ello vale la pena preguntarse en qué medida el señor Mead está enterado, hasta qué punto son válidos sus razonamientos, cuáles son los supuestos de su actitud y, finalmente, qué se propone. Con lo cual se podrá comprobar si realmente su artículo responde a los designios de la revista *Books Abroad*, es decir, si difunde afectiva información literaria, si podrá servir para promover la comprensión internacional, en este mundo que tanto la necesita. Veámoslo.

En primer lugar, los hechos, que, según dicen, son los más convincentes. Es plenamente cierto que entre los españoles residentes en el extranjero los hay de singular valor intelectual. En su mayor parte, emigrados políticos; otros no—de igual modo que la residencia en España ni implica ni permite suponer filiación política determinada—son *muchos más* que los que el señor Mead recuerda y cita. Para ampliar esa información—por supuesto sin ánimo de formar un censo, que por lo demás valdría la pena—, ahí van unos cuantos nombres ilustres: los poetas Jorge Guillén, Alberti, Cernuda, Altolaguirre, León Felipe; los filósofos José Ferrater Mora, García Bacca, María Zambrano; los escritores Bergamín, Guillermo de Torre, Pérez de Ayala, el recientemente fallecido Imaz y, sobre todo, Ramón Gómez de la Serna; los filólogos Millares, González de la Calle, Corominas y Montesinos; el historiador Sánchez Albornoz; los pedagogos Zulueta y Luzuriaga y otros más, sin salir de las disciplinas de humanidades. Habría que contar a fisiólogos y médicos, como Pi y Súñer, Lorente de No, Mira, Castroviejo y (aunque ya muerto) Río-Hortega; y tal vez—aunque a veces viven en España—a pintores como Salvador Dalí o Anselmo Miguel Nieto. Y la lista no terminaría aquí. En cambio, habría que suprimir algún nombre de los que el señor Mead apunta: uno de

los hermanos Machado (Manuel), que no salió de España, y en ella murió en 1947, no en el exilio; otro, el de Eugenio Florit, excelente poeta, que lamentamos no sea español.

Resulta, pues, que la emigración intelectual española es de un volumen, un valor y una importancia histórica superiores a los que el señor Mead haría pensar. Y, ni que decir tiene, representa un problema intelectual, político, moral e histórico—no se salte el lector ningún adjetivo—de primera magnitud y que merece atención grave y suficiente, y, cuando ésta no fuese posible, respetuoso silencio.

Lo que no se puede decir, en cambio, es que estos intelectuales estén totalmente perdidos para España; su relación con ella es considerable: leen a los españoles que viven en España; son leídos por ellos y por los españoles que no escriben; la gran mayoría de los libros españoles valiosos publicados en América se encuentran en las bibliotecas y librerías españolas. Menos cierto aún es que se elimine en España "toda mención" de ellos (lo que pudo pasar hace diez o doce años no puede servirse como información a los lectores de 1951). Para buscar un solo ejemplo, en el *Diccionario de Literatura española*, publicado bajo mi dirección *(Revista de Occidente.* Madrid, 1949), aparecen casi todos los nombres citados más arriba y otros muchos; la mayoría con artículos de tanta o mayor extensión que los dedicados a escritores de análoga categoría residentes en España; de mi personal redacción son los correspondientes a Machado, Salinas, Guillén, Lorca, Alberti, Gómez de la Serna, Casona, Azaña, etc. Y se habla en ellos como si se hubiesen escrito en 1933 o en 1937. Pero este *Diccionario* no es una excepción: basta leer las obras de Valbuena, Torrente Ballester, Díaz-Plaja o Blecua—desde el gran tratado al breve manual destinado a la enseñanza media—para ver que en las historias de la Literatura española no se olvida a los escritores emigrados. Y en las revistas se habla con toda frecuencia de ellos.

Será—pensará tal vez el señor Mead—porque no hay otros. Pero la verdad es muy distinta. La gran mayoría de los intelectuales españoles residen, como era de esperar, en España, entre los 28 millones de sus habitantes. España está en Europa, pese a quien pese. Y esto lo saben los emigrados españoles, como sabía Dantón que no se puede uno llevar la patria en la suela de los zapatos. Por eso el tema es dramático y apasionante, y no se puede tratar sino con apasionada, insobornable veracidad o—repito—con expresivo, significativo silencio. Yo no sé si en rigor hoy se puede hablar de él; quiero decir que al empezar a escribir este artículo no sé si es posible; pero tampoco veo más medio de averiguarlo que intentar

escribirlo; si el lector lo está leyendo, esto quiere decir que existía esa posibilidad; en caso contrario, sólo sabrá de él el cesto de los papeles.

El señor Mead no cita más intelectuales residentes en España que Menéndez Pidal, Ortega, Benavente y Eugenio d'Ors. Según él, los pocos que pueden contarse son "de edad muy avanzada"; y, en efecto, el más joven de los que nombra nació en 1883. Pero más bien ocurre lo contrario; quiero decir que es entre los emigrados donde se encuentra una mayor proporción de hombres maduros y ancianos, y es natural: eran hombres en su gran mayoría hechos, conocidos y formados antes de 1936, nacidos el siglo pasado o, a lo sumo, en los primeros años de éste. Y el número de los nuevos escritores surgidos en una emigración, cuyo número se cuenta por millares, no puede compararse con el de los nacidos en una sociedad compuesta de 28 millones de personas. La deficiente información del señor Mead me obliga a dar algunos nombres de intelectuales que viven en España; es posible que su lectura sorprenda a muchos que de buena fe sólo creían en la existencia de media docena de barbas venerables, *rari nantes in gurgite vasto*, en el océano de esa universal mediocridad e ignorancia que el señor Mead describe con apresurada y mal disimulada complacencia.

Quedan viejos ilustres, ciertamente. Además de los nombrados, *Azorín*, Baroja, Gómez Moreno, Julio Casares, entre los pertenecientes a la generación del 98. Pero la historia no termina aquí. Es sabido que la filosofía tiene en España un momento de insólito esplendor, del que se empieza a tener noticia en Europa; bastaría con citar, junto a Ortega, el nombre de Xavier Zubiri, autor de un libro (*Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, 1944) que se cuenta entre los primeros publicados en el mundo en lo que va de siglo, y aun habría que añadir otros nombres. ¿Puede olvidarse la existencia de una escuela de arabistas, cuya figura más notoria es García Gómez, continuador de Asín Palacios, muerto recientemente? ¿Es posible pasar por alto un grupo de filólogos e historiadores de la Literatura, en que figuran Dámaso Alonso, Salvador Fernández Ramírez—que acaba de publicar la mejor Gramática española existente—, Gili Gaya, Lapesa, Valbuena, Astrana Marín, García de Diego, Blecua, Oliver Asín, Díaz-Plaja, García Blanco y tantos otros? Por primera vez desde el siglo XVII empieza a haber helenistas y latinistas que publican traducciones directas de los clásicos, y estudios como los de Antonio Tovar, Pabón, B. Gaya, Fernández Galiano. En los últimos cinco o seis años se han publicado en Madrid dos traducciones directas de la Biblia, del hebreo y del

griego. La historia del arte cuenta con un desarrollo cuyos índices podrían ser nombres como los de Enrique Lafuente, Camón, Sánchez Cantón, María Luisa Caturla, María Elena Gómez Moreno. Los estudios etnológicos han recibido nuevo impulso de Caro Baroja; la historia es cultivada por hombres como Valdeavellano, Sánchez Alonso, Aguado Bleye, Pericot; las disciplinas jurídicas y sociológicas, por Garrigues, Conde, Arboleya, Díez del Corral, Maravall o García Pelayo. Respecto a la medicina, la lista de los cultivadores de primer orden tendría que ser larga; para evitarlo nombraré, un poco al azar, a Marañón y Laín Entralgo, que la unen con un penetrante cultivo de la historia; a Jiménez Díaz y Hernando, Arruga y Duarte, Rof y Grande, López Ibor, Germain, Sacristán, Lafora. La matemática y la física son cultivadas por figuras como Bachiller, Flores, Catalán o Palacios. Y si se habla, más específicamente, de Literatura, habría que dar no pocos nombres de maduros y jóvenes; por ejemplo, los de los poetas Aleixandre, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Rosales, Panero y otros más jóvenes; novelistas como Zunzunegui, Cela, Carmen Laforet, Suárez Carreño, Agustí, Gironella; autores dramáticos como López Rubio, Ruiz Iriarte, Buero Vallejo, Valentín Andrés Alvarez; prosistas como Julio Camba, Fernando Vela, Marichalar... ¿Para qué seguir? No es mi propósito hacer recuento de los intelectuales españoles de los dos lados del Atlántico, ni menos establecer aquí su jerarquía, que va—tanto en unos como en otros—de la genialidad a la calidad estimable. Me interesaba sólo poner de relieve dos hechos: primero, que en España existen grupos considerables que cultivan intensamente todas las disciplinas intelectuales; segundo, que su número—como podía anticiparse *a priori*—es *enormemente mayor* que el de los radicados en el extranjero.

Pero hay algo que no puede omitirse, porque es lo más representativo de la situación intelectual de España y, sobre todo, de sus posibilidades, que es lo que parece interesar especialmente al señor Mead. Me refiero a la fundación, en 1948, del Instituto de Humanidades, organizado por Ortega, con mi colaboración, en Madrid. Porque se trata de una institución absolutamente privada e independiente, sin la menor intervención estatal, sin ayudas económicas de ningún orden ni españolas ni extranjeras, nutrida sólo con las matrículas de los oyentes de sus cursos y coloquios-discusiones. ¿Con qué resultado? Desde el punto de vista estrictamente intelectual, el Instituto de Humanidades ha tocado de un modo sumamente original temas del más vivo interés, algunos de ellos vírgenes de todo estudio: la interpretación de la historia universal según

Toynbee y su crítica, los problemas más hondos de la sociología, la estructura social del precio, los modismos, el arte de Goya, el régimen mixto en la política desde Grecia, la guerra, el método histórico de las generaciones, la filosofía europea de los últimos veinticinco años, la filología arábiga, la geografía social de España, los métodos estilísticos en poesía española, la cultura de Mohenjo-Daro. Dos libros, uno de ellos mío—*El método histórico de las generaciones*—, otro de Dámaso Alonso—*Poesía española. (Ensayo de métodos estilísticos)*—, han aparecido ya como muestra impresa de las actividades del Instituto. ¿Y desde el punto de vista social, quiero decir de la repercusión sobre la vida española? Baste un dato estadístico: estos cursos y coloquios, relativamente caros (pues cada lección o conferencia cuesta aproximadamente como una butaca de buen teatro o concierto), han atraído auditorios que a veces han pasado de los 200; y en el caso de los cursos de Ortega, el primero no pudo admitir más que 650 oyentes; el segundo tuvo que limitarse a 1.300—la capacidad total de un cine madrileño, el Barceló—. De todo esto no tiene noticia el señor Mead, o si la tiene considera que es insuficiente para informar de ello a los lectores americanos, a quienes pretende explicar lo que pasa con la vida intelectual española en estos últimos años. Y todavía habría que añadir los cursos privados de Zubiri, que vienen reuniendo desde hace seis años un centenar de personas de lo más granado en todas las profesiones intelectuales. Respecto al público del Instituto de Humanidades, convendría advertir que en él se encuentran desde los estudiantes universitarios hasta las damas de la aristocracia; desde los académicos de la Española hasta hombres de negocios; médicos y poetas, ingenieros y muchachas de veinte años, hasta algunos sacerdotes y algunos militares y algunos obreros: una España abreviada.

En cuanto a los libros publicados en este último tiempo, habría que hacer una larga lista de los muy importantes. En las páginas de *Books Abroad*, sin ir más lejos, se puede encontrar reseña de algunos de ellos; hasta algunos de los míos han llegado hasta allí. Pero basta consultar los catálogos de las Editoriales o cualquier repertorio bibliográfico para tener información suficiente sobre este punto.

Resulta, pues, que el señor Mead no está enterado, y si lo está guarda su información, como sus vinos el cosechero que invitaba al rey Carlos IV, "para mejor ocasión". Vale la pena echar una ojeada a la estructura intelectual de su artículo, es decir, a sus razonamientos. En primer lugar, para explicar lo que considera de-

cadencia intelectual de España y de Hispanoamérica, se contenta con apelar al régimen político que hoy impera en España. Supuesta esa decadencia—y ya hemos visto lo que queda de esa suposición—, ¿es que no ha pasado en el mundo, precisamente desde 1939, nada más? ¿Por qué sienten entonces tan honda preocupación por su vida intelectual en Francia, en Inglaterra, en Alemania y aun tal vez en los Estados Unidos? "España está muy atrás en la ciencia contemporánea—escribe el señor Mead—, mientras en las humanidades la situación no es mucho mejor." Si esta frase tiene algún sentido, será comparativo con los años anteriores; y si bien es cierto que la ciencia físicomatemática o biológica no es cultivada en España con los medios e intensidad que en algunas otras partes —pocas en verdad—, no se puede decir que la situación fuese mejor hace veinte años; respecto a las humanidades, me atrevo a decir y a demostrar con un poco de espacio que la aportación española en lo que va de siglo—no interrumpida hasta hoy—puede ponerse al lado de la de cualquier país de Europa o América.

El señor Mead supone, además, que la situación intelectual española es cada vez peor, puesto que habla de una "progresiva implantación de la mediocridad en todas las esferas del pensamiento", con lo cual renuncia a cuanto pudiera decir de verdadero y eficaz —y habría que decir no poco—sobre el impacto producido por la guerra civil y sus consecuencias, enorme traumatismo histórico del que España no está todavía curada, y ése es precisamente el problema. Y ocurre preguntarse a cambio de qué renuncia a ello; pero sobre esto volveré en seguida.

Hay otro razonamiento del señor Mead que merece subrayarse. Considera improbable la vuelta a España de los emigrados, aun supuestas las condiciones políticas para ello, porque la mayoría no querrá volver a una patria tan atrasada. ¿Será así? ¿Estará España atrasada respecto a los países en que residen la mayor parte de los emigrados, de los cuales sólo unas pocas decenas viven en Francia, Inglaterra o los Estados Unidos, y la casi totalidad están dispersos por las Repúblicas hispanoamericanas?

El supuesto básico del señor Mead, el que vicia e inutiliza su artículo entero, es lo que podríamos llamar su *politicismo*. Quiero decir su creencia de que lo primero, decisivo y más importante es la política. El mismo supuesto que le llevará a considerar tal vez que los hechos que acabo de enumerar en estas páginas implican una defensa o justificación del régimen político dominante en España. Como si se le pudiese atribuir a un régimen, ni para bien ni para mal, la sustancia profunda de lo que en un país acontece;

como si no fuese la política un fenómeno relativamente superficial y epidérmico, cuya acción, por perturbadora que sea, es transitoria y deja además intactos los estratos más profundos de una sociedad. El señor Mead, sólo con un cambio de signo, coincide totalmente con los panegiristas y propagandistas oficiales del régimen español, para quienes es, ni que decir tiene, lo más importante que ha sucedido en los últimos cincuenta años. Yo estoy muy lejos de pensar tal cosa, y si quiero explicarme lo que en España acontece, las causas de su grandeza o su miseria, de su esplendor intelectual o de sus deficiencias, de sus peligros y de sus esperanzas, necesito trabajar un poco más, pensar algo más en serio y, lo primero de todo, salir de España y considerar lo que pasa en Europa y en el mundo entero, que es donde se encuentra la razón de lo que de verdad acontece en cualquier país. Siento mucho que la vida intelectual, tal como la entendemos en España, no sea tan sencilla.

Y con esto llegamos a lo más importante. Me preguntaba antes a cambio de qué renunciaba el señor Mead a investigar nada concreto y preciso que pudiera decirse sobre la situación actual de España para limitarse a una condenación total y en hueco, de cuya consistencia acabo de dar suficientes pruebas. El señor Mead tenía que considerar incurable la presunta dolencia de la cultura española, porque lo que se propone es darle el cese definitivo y declararla conclusa. "España ha perdido para siempre—afirma—*cualquier preeminencia* que haya tenido alguna vez en esa esfera." España es cosa acabada. ¡Curiosa forma de hispanismo! Y para que ello resulte menos evidente, tal vez por razones de amistad y "buena vecindad", amables elogios a los emigrados; elogios que, por cierto, se quedan por bajo de su valor efectivo. Con pretexto del régimen español, se trata de la eliminación, y *para siempre*, de España. Lo cual, de ser cierto, implicaría una sobreestimación del régimen político, el cual habría sido capaz, en doce años, de esterilizar un país entero para todo el resto de la historia. Como si esto fuera posible; como si el florecimiento intelectual de los países coincidiese con los regímenes mejores; como si se hubiese esperado a establecer regímenes democráticos, elecciones, Naciones Unidas, o bien dictaduras, Estados corporativos o cualesquiera otros para pensar, soñar, escribir prosa deleitable, componer versos, pintar, levantar pirámides o catedrales góticas, estremecer el aire con música de violines o investigar la estructura del átomo o los atributos de Dios.

¿Qué consecuencia se desprende de la comparación del artículo

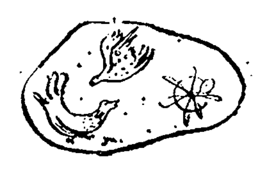
del señor Mead con la realidad? Justo la contraria de la que él extrae; la insólita, sorprendente vitalidad de España, y, por consiguiente, la esperanza que puede ponerse en su futuro. Porque resulta que los emigrados españoles están en plena y valiosa actividad, que va desde la exquisita poesía de Guillén o los cristalinos relatos de Salinas a la ingente labor de traducción del Fondo de Cultura Económica o la Editorial Losada; desde obra tan personal y de tanto aliento como *España en su historia*, de Américo Castro, hasta el *Diccionario de Filosofía*, de Ferrater Mora, probablemente el mejor que hoy puede consultarse en cualquier lengua. Y, al mismo tiempo, en España se acometen empresas editoriales como la publicación de las obras completas de Unamuno, Ortega, *Azorín*, Miró, Baroja, Galdós, Luis Vives, Benavente, Valera, Quevedo, el duque de Rivas, Zorrilla; la continuación de la *Historia de España*, que dirige Menéndez Pidal; la nueva *Historia de las Literaturas hispánicas*, dirigida por Díaz-Plaja; la colección de clásicos de la medicina, realizada por Laín Entralgo; la antología *La Filosofía en sus textos*, que tengo que citar a pesar de ser mía, por ser la más amplia antología filosófica publicada hasta hoy, como decía hace unos meses *Books Abroad;* el *Diccionario de Literatura española*, de la *Revista de Occidente;* las ediciones de clásicos griegos (Platón, Aristóteles), del Instituto de Estudios Políticos; las de filósofos, teólogos y místicos (desde San Agustín a San Buenaventura, hasta Suárez o San Juan de la Cruz), de la Biblioteca de Autores Cristianos.

Y todavía hay algo más significativo. Dije hace algún tiempo que el género dominante en la vida española anterior a la guerra civil era el ensayo; hoy parece haberse iniciado una etapa de producción de grandes tratados; en ellos empieza a estudiar, a la altura de los tiempos, con la mejor información y un punto de vista original, en buen castellano, la generación que está entrando en la Historia, es decir, el inmediato porvenir de España y, ahora sí, de la América española. Son los grandes tratados médicos de Marañón o Jiménez Díaz; la *Historia Clínica*, de Laín Entralgo, primer estudio en serio sobre el enorme tema; la *Patología psicosomática*, de Rof Carballo; la *Angustia vital*, de López Ibor; los estudios sobre *Dinámica cerebral*, de Justo Gonzalo; la *Historia de la pintura española*, de Lafuente, o su *Zuloaga;* o la de la escultura, de M. E. Gómez Moreno; o el monumental *Greco*, de Camón; es *El liberalismo doctrinario*—primer estudio de conjunto sobre este tema europeo—, de Díaz del Corral; y, por primera vez, los uni-

versitarios de lengua española se inician en la filosofía y estudian su historia y sus disciplinas capitales en libros españoles.

Todo lo cual muestra que era acertado el diagnóstico de Ortega cuando hablaba hace poco de la "sorprendente, casi indecente salud" de España. Su vitalidad histórica es tal, que puede permitirse hasta el error. No hay duda de que la emigración representa una tremenda mutilación de la vida intelectual española, aunque no se puede predecir si será negativo el balance que pueda hacerse de ella y de sus consecuencias dentro de un par de siglos. Pero lo asombroso es que, a pesar de tanta pérdida o casi pérdida—ya hemos visto que no es tan total como se dice—, todavía queda vida intelectual en España, en un volumen, como es lógico, aún mucho mayor. Ha habido una dolorosa, penosa, perturbadora escisión, que plantea un problema siempre vivo, cada vez más agudo: existe una floreciente y fecunda España *extramuros. (Extramuros,* sí; pero no exageremos, porque ¿quién pone puertas al campo?) Y, a pesar de ello, como podía preverse, España está en Europa.

Julián Marías.
Covarrubias, 14.
MADRID.



"RELIGIONSKRIEG" EN ALEMANIA

POR

ENRIQUE CASAMAYOR

RELIGIÓN Y POLÍTICA: LAS LUCHAS CONFESIONALES

Vamos a describir sumariamente un panorama sugestivo: el de la Alemania actual desde el montículo de su situación religiosa. Normalmente, como fruta de estos tiempos difíciles que vivimos, prensa, radios, conferencias, congresos y hasta libros... se han hecho cuestión de lo que es el "caso" alemán. Sobre la incorporación de la nación alemana—media nación alemana, mejor dicho—se han derramado ríos de tinta de toda especie. Un tanto al margen de los intereses políticos, militares y económicos, factores de formidables desarreglos nacionales como el que ha sufrido recientemente Francia, poco se ha parado mientes en otros móviles de la lucha europea. No son los menos trascendentes los intereses ideológicos y, de modo muy especial en Alemania, la *Religionskrieg*. Estas líneas pretenden ofrecer un somero estudio de los despliegues y consecuencias de la lucha confesional.

Para el católico español es difícil imaginarse una situación semejante a la que viven denodadamente las almas religiosas alemanas, sin comparación posible en otros países, Inglaterra por ejemplo. Alemania, encrucijada de Europa, polonia y campo balcán de 1955, sostiene en su propia entraña una lucha religiosa agravada por su división política en dos zonas inconciliables y la escisión confesional en protestantes y católicos. Pocos españoles saben o imaginan los alcances de estas divisiones intestinas. Sólo unos cuantos, los que se han asomado a este horizonte laborioso e inquieto, creador y sacrificado, de la Alemania Occidental conocen sus accidentados perfiles y los intereses ocultos que los sustentan casi armoniosamente. Pero a nuestro catolicismo le resulta difícil comprender esta lucha sostenida. La obra de José Luis L. Aranguren *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (1) constituye, desde el plano teórico, un hito aislado, no por importante menos significativo en su ardiente soledad. No ocurre lo mis-

(1) José Luis L. Aranguren: *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, en Revista de Occidente, S. A. Madrid, 1952. 242 págs.

mo en Hispanoamérica, donde el avance social del protestantismo adquiere volúmenes de inquietud como presagio de venideras conflagraciones religiosas (2). La ausencia del antagonismo protestante en España garantiza cierta serenidad panorámica, que en parte redunda en seguridades a ultranza, poco propicias a un espíritu perfectivo.

En Alemania, las luchas confesionales son fuertes y continuadas. Prescindamos por ahora de la zona soviética de ocupación, en la cual la represión religiosa obedece a la política ideológica impuesta más allá del "telón de acero". En la República de Bonn, la *Religionskrieg* evoluciona al ritmo de las luchas políticas. Pasó ya la gran oportunidad surgida de la última guerra. Entonces, en los años difíciles posteriores a 1945, católicos y protestantes iniciaron una sincera corriente de comprensión y acercamiento. Ello no significa que antes no existieran aproximaciones. La solapada persecución religiosa desplegada por el nazismo unió a protestantes y católicos en la causa común. Luego fué otra cosa. La proliferación de partidos, las luchas electorales y la posibilidad de allegar votos para el escalo del poder entintaron de política las maniobras confesionales, bajo el régimen de libertad religiosa que hoy todavía impera. Sin embargo, estas discrepancias no han ahogado nunca ciertas tendencias hacia "una común idea cristiana". Porque las divergencias políticorreligiosas no son sino reflejo de las actitudes "combativas" de los teólogos. Las luchas confesionales tienen en Alemania un común denominador de autenticidad, muy superior por ejemplo a la que anima las controversias religiosas de Inglaterra. No en vano allí todos los religiosos "activos" solamente alcanzan a cubrir el 17 por 100 de la población total inglesa. En Alemania, esta autenticidad del fenómeno religioso ocasiona una

(2) Jorge Mañach: "Religión y libertad en Latinoamérica", en *Cuadernos*, 11 y 12 (marzo-abril, 1955), págs. 29-40. Véase también "Escasez de sacerdotes en la América Latina", en *Razón y Fe*, 686 (marzo, 1955). "El protestantismo —escribe J. Salaverri—ha agravado aún más el problema [de la escasez sacerdotal], con su activa propaganda y su espíritu proselitista." He aquí unas cifras bien elocuentes del auge protestante en Hispanoamérica:

Años	*Pastores*	*Capillas*	*Seguidores*
1925	9.260	3.772	790.000
1950	16.750	19.440	6.500.000

Para atender espiritualmente a estos 6.500.000 feligreses, los protestantes cuentan con 16.750 pastores, esto es, un sacerdote por cada 388 protestantes. El panorama católico es mucho más sombrío. Existen actualmente unos 29.000 sacerdotes para atender a 154 millones de católicos, o sea un sacerdote por cada 5.310 feligreses. Cfr. también "El avance protestante en Iberoamérica", en *Hechos y Dichos*, 236 (Zaragoza, marzo, 1955), 201-4.

genuina vigencia social, con soberanía en todos los planos sociales. Es sintomático que la Universidad sea quizá el mejor reflejo de esta eficacia, y en este ámbito cultural científico y formativo, protestantes y católicos rivalizan en actitudes verdaderas. Es de notar que los católicos han asumido la responsabilidad de grandes núcleos universitarios, precisamente a partir de 1945, y su influencia sigue en aumento hoy en día. Por su parte, en la Alemania Oriental se ha registrado lógicamente un retorno a la catacumba, acendrándose espiritualmente esta autenticidad religiosa de que hablamos.

Por tanto, si bien existen pugnas religiosas en el plano intelectual y teológico, con transplantes al campo político, la colaboración entre las confesiones alemanas es un hecho que contrasta con la "intolerancia" del catolicismo español, según señala Santamaría en la reciente obra sobre aspectos actuales del catolicismo español (3).

Pero el año clave de 1945 no dió el fruto presumible. Sobre el fondo habitual de colaboración exerecieron imperceptiblemente ligeras desviaciones, que en la actualidad se han hecho muy ostensibles. De una parte, una excesiva teologización de los protestantes rectores y la burocratización de sus órganos; de otra, la clericalización de los católicos seglares y los peligros de una Iglesia estatal. El catolicismo alemán, que durante el período nacionalsocialista rehusó convertirse en "Iglesia de sacristía", y posteriormente en Iglesia "meramente espiritual", ha caído en posturas sacristanescas y burocratizadas, vuelto de espaldas a las imposiciones de un realismo vital. La Iglesia ha dejado de ser en Alemania "la Iglesia universal", levadura de la revolución intelectual, social y política, para convertirse en Iglesia "de este mundo, *hujus sæculi*". Y de esta forma los frentes cristianos se cuartean, produciéndose escisiones, incluso dentro de cada confesión. Lo que no era cosa nueva entre los protestantes, se hace realidad también en el ámbito católico, y aparecen las versiones de "derecha" y de "izquierda", de cuyas consecuencias en la política tanto y tan malo hemos tocado los españoles. La atomización se produce precisamente cuando es más perentoria la necesidad de un sólido bloque unitario ideológico, de un sólido frente anticomunista, políticamente militante.

---

(3) Carlos Santamaría: "El problema de la intolerancia en el catolicismo español", en *Catolicismo español. Aspectos actuales.* Col. "Problemas contemporáneos", núm. 4. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1955.

¿Cuál es la situación confesional presente en Alemania? Según las contabilizaciones de 1954 (primer trimestre), los protestantes abarcan el 50,7 por 100 de la población; el 45,2 por 100 corresponde a los católicos, y el resto, 4,1 por 100, a otras religiones (judíos, ortodoxos, viejos católicos, los extraeclesiásticos y los de religión no conocida). Las estadísticas de 1949 dan un total de 64 millones y medio de habitantes de la Alemania Occidental, distribuído por religiones en los porcentajes siguientes: protestantes, 59,7 por 100; católicos, 35; judíos, 0,1; otras religiones, 0,8; arreligiosos, 4,4 (4). Obsérvese que de 1949 a 1954 los porcentajes protestantes han disminuído del 59,7 al 50,7, mientras que los católicos ascendieron del 35 al 45,2, permaneciendo invariables las restantes cifras. Por lo general, la población protestante está repartida más regularmente que la católica, oscilando entre la mínima (26 por 100 en Baden) y la máxima (87,9 por 100 de la población) en Schleswig-Holstein, Estado nórdico de influencia danesa. Entre los católicos las diferencias son grandes, desde la mínima del 6,5 por 100 en la ciudad de Hamburgo (80,3 de protestantes) a la máxima de 71,9 por 100 en Baden, justamente coincidiendo con la mínima protestante. Es curioso que el Estado de Baviera, considerado generalmente como territorio casi exclusivamente católico, cuente con un 26,5 por 100 de población protestante. La superioridad protestante ha disminuído sensiblemente en los últimos años, ya que los porcentajes precedentes proceden del censo de 26 de octubre de 1946. En estos diez años, los católicos han pasado del 35 al 45,2 por 100 de los efectivos totales de la población alemana (5).

Respecto a la zona soviética de ocupación, pese a la solapada enemiga gubernamental, la situación parece no haber cambiado, con arreglo a porcentajes anteriores a 1945, en zona de declarada hegemonía protestante. Ha de tenerse en cuenta que, a pesar de todos los convenios oficiales del Soviet con la Iglesia protestante y su acción sociológica en la Alemania Oriental, prácticamente protestantes y católicos pueden considerarse perseguidos en un país donde las normas comunistas en todos los ámbitos de la sociedad encuentran seria oposición. Pese a los desplazamientos operados en aquellos Estados orientales desde 1946, puede asegurarse que las

---

(4) Cfr. *Kirchliches Jahrbuch für die Evangelische Kirche in Deutschland, 1949*. C. Bertelsmann Verlag. Gütersloh, 1950, pág. 535.

(5) Cfr. Erster Teil. "Kirche und Staat", cap. 45 "Die Kirchen", en *Deutschland - Jahrbuch 1953*, págs. 463-5. Rheinisch-Westfälisches Verlagskontor. Essen, 1954. 680 págs.

cuatro quintas partes de la población son protestantes, correspondiendo alrededor del 12 por 100 a la Iglesia católica romana y el 6 por 100 al resto de las confesiones (6).

La República de Bonn estableció estrechas relaciones entre el Estado y la Iglesia, si bien éstas competen a los respectivos Gobiernos territoriales y fluctúan entre la colaboración y la discrepancia. Impera, como es natural, la libertad religiosa, protegida por una legislación que garantiza la libertad de creencias y la práctica del culto. No existe una Iglesia estatal, por lo que todas las confesiones tienen idénticos privilegios, e institucionalmente son corporaciones pertenecientes al derecho público. En la DDR las cosas varían, habiéndose prohibido la creación de comunidades religiosas, así como exteriorizaciones tales como procesiones, congresos y otros actos públicos. De las escuelas ha desaparecido radicalmente la enseñanza de la Religión (7), y últimamente se han promulgado nuevas disposiciones, por las cuales el Estado se incautaba de todos los bienes y derechos de las comunidades religiosas aún existentes.

Es interesante la situación religiosa alemana en relación con la enseñanza. En la zona oriental se ha simplificado al máximo, al derogarse toda la legislación que autorizaba antes de 1946 a ejercer la enseñanza a comunidades religiosas (8). Al suprimirse asimismo la enseñanza de la Religión, la *Schule*, centralizada totalitariamente, se convirtió en una institución laica donde impera el ideario del cual nace la entelequia que ha dado en llamarse "el hombre comunista", producto sociológico artificial, cristalizado en las redomas marxistas (9). En la Alemania Occidental, bajo un régimen de libertad, la enseñanza oficial es siempre cristiana, sobre todo en los grados primario y medios de la *Schule*. La enseñanza pública admite la asignatura de Religión, y entre los establecimientos docentes privados existen muchos de ellos regidos por comunidades religiosas. En ellas, el profesorado de esta disciplina viste los mismos hábitos de la comunidad, e incluso rigen normas legislando este sistema profesoral, como existe una disposición por la

---

(6) Gr. Frumkin: *Population Changes in Europa since 1939*. Allen and Unwin. Londres, 1952.

(7) Johannes Lohmüller: "Deutscher Osten im Religionsunterricht". *Mitteilungen der Deutschen Pestalozzi-Gesellschaft*, II, 3 (Stuttgart, 10-XI-54), 1-3.

(8) Cfr. *Das Erziehungswesen der Sovjetzone* (Colección de testimonios de la sovietización y rusificación de la Enseñanza Media alemana). Editado por el Ministerio Federal de Cuestiones generales. Bonn, 1952. 316 págs.

(9) Cfr. "Die Sowjetisierung der ostdeutschen Universitäten". *Neue Zürcher Zeitung*, 2974 (Zurich, 7-XII-53), 15. La triple misión encomendada a la enseñanza superior en la Alemania Oriental se corona con la siguiente directriz: "La Universidad ha de servir a la nueva estructura social de la comunidad académica en la *lucha por la creación del hombre comunista*."

cual ningún maestro podrá ser obligado a dar clase de Religión, cuya docencia será siempre voluntaria (10).

Vista la *Religionskrieg* en su conjunto, la impresión parece bastante pesimista. El clima religioso y espiritual que hoy se respira parece poco propicio al apostolado. Entre los factores que operan negativamente figuran la acción represiva del Gobierno oriental, el anticlericalismo tradicional de muchos socialistas y liberales de Bonn y sobre todo la "inquietud" política de extensos sectores del pueblo alemán. Estos factores, añadidos a la rivalidad y confusión de las teologías "combativas", agravan el pronóstico favorable a una posible "comprensión" religiosa en la Alemania Occidental.

PROTESTANTES Y CATÓLICOS

La batalla religiosa entre protestantes y católicos se circunscribe a *una pugna esencialmente teológica*, con irradiaciones varias al campo social. Este forcejeo—paliado por razones de intereses mutuos en la última guerra—ha resurgido con nuevos ímpetus hasta constituirse en primer plano de la actualidad cultural en un país conmovido profundamente por los sismos políticos. Junto a la lucha política interior y la preocupación por el futuro internacional puja la competencia entre confesiones cristianas, deseosas de alzarse con la hegemonía social. La propia condición de "Estado cristiano", que caracteriza al Gobierno de Adenauer, crea un clima propicio para estas controversias, índice exacto de que en Alemania se vive hoy una azarosa vida de religiosidad cristiana.

La pugna actual entre católicos y protestantes en Alemania es natural consecuencia de la evolución secular del luteranismo. Como se sabe, este talante religioso—para usar un vocablo certeramente acuñado por Aranguren—rompe la síntesis y el equilibrio católicos entre lo teológico y lo moral, entre religión y ética y, más concretamente, entre las nociones de *religio* y de *iustitia*. Esta actitud es idéntica en el talante calvinista, la otra gran confesión protestante, hermana del protestantismo. Los alemanes protestantes de nuestros días siguen en muy buena parte a Lutero, a través de una continua y flúida tradición luteranista, sobre los hombros teológicos de Kant, Hamann, Jacobi, Schleiermacher, Kierkegaard, Jaspers y Heidegger.

Lutero afirmó que en la vida humana todo es "gracia", aferrán-

---

(10) Franz Hilker: *Die Schulen in Deutschland*. Christian Verlag. Bad Nauheim, 1954. 190 págs. Cfr. "Religion und Schule", págs. 21-22.

dose—en la oscilación del pensamiento teológico entre los dos polos: "justicia" y "gracia"—a la última. Así Lutero separó la religión de la ética, cavando un foso casi infranqueable entre fe y moral, y destruyendo el valor religioso de la moral misma y anulando la utilidad ante Dios del intento de perfeccionar nuestra ética. Esta fe luterana alcanza su cumbre interpretativa en Kant, el primer protestante genuino desde Lutero. Porque a Kant debe considerárselo como responsable de haber limitado el campo del saber, dentro del protestantismo, en beneficio de la fe. Así su teología se convierte en una secularización de la luterana, como la filosofía de la existencia consiste en una secularización de la teología de Kierkegaard, esa teología que enlaza con Unamuno y la teología dialéctica. Para Aranguren, Kierkegaard está separado de Lutero por su deficiencia de vitalidad, consumiéndose en su propio combate de proferir "la última palabra decisiva contra la cristiandad". Si Lutero rompe con el catolicismo, el danés se desgaja del cristianismo oficial de su país: ambos rompen con la religión tradicional (11).

PERFILES ACTUALES DEL PROTESTANTISMO

El luteranismo es hoy una teología tradicionalista, que produce hombres atenazados por el escrúpulo moral, amplificador y extorsionador del sentido del pecado. Porque Lutero es—y con toda profundidad Kierkegaard—un ser angustiado, ligado al germen existencial, más bien que al teológico, del protestantismo (12). Así, pues, frente al catolicismo alemán, con todos sus valores teológicos tradicionales, el protestantismo luterano se constituye en religión de la pura gracia sin cooperación moral; mientras que el calvinismo inglés es una religión como mera moralidad. Fácil son de observar, de este modo, las discrepancias teológicas que separan hoy a los cristianos de Alemania.

La mayoría protestante, perceptible todavía hoy en los censos oficiales, se explica por el hecho de que el protestantismo alemán está integrado por un bloque-suma de las diversas Iglesias evangelistas. En puridad, se trata de una unión de iglesias, no de una Iglesia. No obstante, la diversidad de iglesias protestantes no implica divergencia; antes bien, puede hablarse de verdadera cola-

(11) Aranguren: *Op. cit.* "Actualidad luterana", págs. 61-94.
(12) Cfr. Teodoro Haecker: *La joroba de Kierkegaard,* con el estudio preliminar de Ramón Roquer, págs. 9-27. Biblioteca del Pensamiento Actual. Madrid, 1948. 204 págs.

boración, pero nunca de unidad. Porque los intereses de la iglesia luterana chocan con frecuencia con los de la reformista, pese a todos los convenios de la posguerra, y en especial a los acuerdos del 17 de enero de 1950, por los cuales se reconocía a la iglesia protestante alemana como unión eclesiástica desde los puntos de vista teológico y jurídico (13). No obstante, frente a la enemiga católica, las dos grandes corrientes evangélicas se constituyen en comunidad de intereses superiores en su frente común contra la comunidad católica.

LOS MALES DEL CATOLICISMO GERMANO

Y sin embargo no puede decirse en justicia que todos los católicos alemanes luchan unidos por la Iglesia universal. Ya insinuábamos anteriormente la presencia de *ismos* católicos de "derecha" e "izquierda", más otros de matización igualmente suicida. El carácter ecuménico que debiera presidir el catolicismo quiebra en Alemania, como ha quebrado también en Francia, derivando las piezas resultantes por diversas corrientes que sólo saben confluir en la movilización general. Es descorazonadora la presencia en Alemania de ese "mortal particularismo de los catolic-*ismos*" (14). Los católicos alemanes apenas se responsabilizan con la idea de que pertenecen a una Iglesia universal. Falta la conciencia de integración en un organismo superior único. En consecuencia, falta asimismo un auténtico espíritu de solidaridad, y el acatamiento al supremo Pontífice es apenas un sucedáneo. Calcúlese la gravedad del mal, si se considera que la divergencia existente entre los diversos catolicismos nacionales llega a multiplicarse en progresión geométrica con partidismos intrafronterizos.

A este mal hay que añadir otro, muy peculiar de la Iglesia católica germana: los peligros de un catolicismo estatal. Existe una frecuente promiscuidad de la política con la religión. Las luchas electorales borran a menudo la distancia que media entre el terreno político y el religioso (15). Estos síntomas son percibidos con niti-

(13) Cfr. Paul Zieger: *Evangelische Kirche in Deutschland*. Hannover, 1953.
(14) Cfr. *Herder-Korrespondenz*, junio 1952.
(15) No es raro en Alemania el desarrollo dialéctico, en el que la inclinación religiosa del Estado chocaría con la proclividad política de la Iglesia. Trátase de un dualismo religioso que compromete dos concepciones distintas con respecto a la libertad de la persona humana. Pero es necesario esclarecer el concepto de *religión del Estado*. La revolución política estatal ha pretendido sustituir a la Iglesia de Cristo, integrándose en Iglesia del hombre como individuo, esto es, una religión totalitaria, en la que el cristianismo sería susti-

dez por católicos que visitan a Alemania. Alguien ha escrito: "Es lamentable que un sacerdote viva del Estado, porque en cierto modo la independencia de la Iglesia puede peligrar, cuando no desaparecer por completo."

Luego queda la famosa cuestión, remedo y rémora de los tiempos hitlerianos, de la "política de fuerza". Visitando a Alemania es fácil oír en los medios "oficiales" católicos: "Nosotros, los católicos de Alemania, constituímos nuevamente una fuerza considerable." Y es que la intromisión de la política en el campo de la religión puede tener consecuencias funestas cuando ésta ha de supeditarse, por razones temporales, a aquélla.

No obstante, el catolicismo alemán posee virtudes muy positivas. Para el extranjero, destaca en primer término el ánimo esperanzado que se refleja generalmente en la conversación entre católicos representativos y responsables. A ello se une un continuo laborar, traducido en el mejoramiento material de templos y ermitas. Sobrecoge asimismo la participación colectiva del pueblo en los actos del culto, su uniforme fervor, su disciplina, las grandes manifestaciones públicas... Pero cabe preguntarse—como lo hace Mertes (16)—si estas exteriorizaciones del catolicismo no pasan de ser una mera predisposición al misticismo y a lo comunitario, especie de romanticismo, tan explicable hoy en Alemania como lo fué el "racismo" en la época nacionalsocialista. Por otra parte, se observa como una mecanización profesional y burocratizada de la práctica religiosa. Se cae con frecuencia en la rutina. El sacerdote adquiere aires de funcionario, prisionero de los engranajes de un complicado aparato profesional. Esta dolencia de la burocratización eclesiástica la padecen con mayor gravedad las organizaciones protestantes, y lo cierto es que, en uno y otro caso, la labor apostólica individual o de grupos cae abrumada bajo el peso de un trabajo de administración complicado y opresivo. Así se da el caso nada raro de que, como describe gráficamente un sacerdote francés, "el pobre que llama a las puertas de la iglesia topa a veces con una administración".

Queda el peligro de la "clericalización". Las organizaciones se-

---

tuído por un Estado con aspecto de Iglesia universal. Tal es el caso del nazismo. El juego dialéctico sólo será posible cuando el Estado haga profesión de fe cristiana. Tal es el caso de las relaciones entre el Partido y el Gobierno actual de Adenauer. Cfr. Raffaele Pettazoni: "Religión del Estado y religión del hombre". *Revue de la Culture Européenne*, 5. Véase también "Personalismo y totalitarismo", en Charles de Koninck: *El principio del orden nuevo*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1952. Págs. 115-23.

(16) Alois Mertes: "El catolicismo alemán ante 1954", en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, núm. 49 (enero, 1954), págs. 34-50.

glares del catolicismo se han convertido a menudo en una prolongación ejecutiva y muy peligrosa del clericalismo. Y lo peor del caso es que estas organizaciones suelen ser portavoz en reserva de los partidos políticos, a los que se insta a convertirse en partidos cristianos.

PERFILES COMUNES

Puede verse, pues, que los males y las virtudes de católicos y protestantes alemanes son muy parecidos. Ello puede favorecer un nuevo acercamiento, en cuya consecución trabajan actualmente no pocos buenos cristianos. En el campo universitario sobre todo son frecuentes las reuniones entre profesores y estudiantes de diversas Facultades (Teología, Filosofía, Ciencias Sociales), en las que se estudian problemas fundamentales. Sacerdotes, pastores, seminaristas de Facultades de Teología de ambas confesiones estudian las cuestiones clave de la discrepancia religiosa. No hace mucho se celebraron unas Conversaciones mixtas en la abadía de Maria-Laach sobre el tema del justo entendimiento del dogma de la "autojustificación de la fe". La lucha confesional alemana sigue trabándose en el campo de la *fides quæ creditur*, y sus actitudes al parecer inconciliables hacen hoy muy difícil un acercamiento mutuo. Pero en realidad es preciso achacar este alejamiento no a causas teológicas, sino a una defectuosa interpretación de la caridad cristiana. Así los teólogos responsables de esta actitud de lejanía se acorazan tras su protección de saberes teológicos, abandonando la *caritas* más allá de su condición de intelectuales. Así se dan dos posturas contrapuestas por voluntariamente inconciliables: la protestante, en su "segura certidumbre" de no querer renovarse y adoptar nuevos programas, y la católica, la cómoda seguridad sin problemas, la del conocido "católico a machamartillo" que se cree en posesión de la verdad más verdadera. Ambas posturas, junto a la aceptación protestante de la informulabilidad divina, son barrera mortal a la hora del acercamiento cristiano. Porque el problema esencial habría que plantearlo desnudamente como superación de los falsos problematismos que agravan la enemiga confesional (17).

(17) Puede verse la reciente obra de Yves M.-J. Congar, O. P.: *Falsas y verdaderas reformas en la Iglesia*. Biblioteca de Cuestiones Actuales. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1953. 478 págs. Cfr. la tercera parte: "Reforma y protestantismo", págs. 259-393.

Digamos unas palabras acerca del papel que en Alemania representan otras religiones, como la iglesia ortodoxa, la iglesia oriental, los viejos católicos, los judíos y las innumerables sectas extraeclesiásticas. Estas asociaciones, algunas de novísimo cuño en Europa, componen un orbe caótico en cuya nebulosa giran levitados los asteroides de los visionarios, cavilantes, entusiastas y sectarios. Con ellos se entrecruzan las órbitas etéreas de las llamadas comunidades universalistas, y entre todas, entre católicos y protestantes también, los judíos, pese a Hitler y a sus *razzias* de 1938. Todos ellos componen un panorama por demás interesante, de trascendencia religiosa, racial y social.

Como se sabe, ortodoxos y orientales refluyen a diario de la frontera del "telón de acero", sobre todo a partir de 1949, año en que los aliados deciden dar suelta a los prisioneros del *Lager* de la International Refugee Organization. Los católicos viejos, en menor número, se vinculan tradicionalmente a la iglesia anglicana, y mantienen contacto con las asociaciones miembros de Suiza, Holanda y Austria, como venía sucediendo desde el Tratado de Utrecht. En la actualidad, estos raros católicos disponen en la Alemania Occidental de 33 comunidades sacerdotales, y su esfera de influencia, aunque limitada, es efectiva (18).

El fenómeno judío cobra hoy grave interés. Por de pronto, sus miembros han sabido sobreponerse a enormes pérdidas (19), gracias a la reforma monetaria de 1948. La gravedad de éstas puede percibirse en las siguientes cifras parciales: En la ciudad de Francfort existían 21.500 judíos antes de las matanzas y encarcelamientos de la noche del 9 de octubre de 1938. En la actualidad, la colonia judía de Francfort asciende a 1.433 miembros. La ciudad-estado de Hamburgo contaba en 1938 con unos 14.000 judíos; hoy no pasan de 936. Antes de la *razzia* hitleriana, en Mannheim vivían 4.400 judíos, de los que en 1952 sólo quedaban... ¡146! (20).

Con anterioridad a octubre de 1938 estaban abiertas al culto en toda Alemania 1.300 sinagogas. Las asociaciones semíticas disponían de 21 hospitales con 2.003 camas, y 75 asilos de ancianos, con un total de 3.807 plazas. Casi todas las sinagogas citadas fueron destruídas en la noche toledana del 9 de octubre. En la zona de

---

(18) Bruno Schulz: "Katholische Kirche". Paderborn, 1953.

(19) Br. Blau: *The Jewish Population of Germany 1938-1945*. Separata de "Jewish Social Studies", XII, 2. Nueva York, 1950.

(20) C. G. Mueller: *Verschüttete Brunnen, Jüdisches Nachkriegsschicksal*. Herne, 1952.

ocupación soviética, la situación de los judíos no ha sido muy cómoda. Las estadísticas señalan un continuo fluir de individuos hacia la zona occidental. En la actualidad, viven en Berlín 6.268 judíos, que disponen de seis sinagogas con cuatro escuelas religiosas, un hospital, dos asilos de ancianos, un hogar infantil, una residencia femenina y tres cementerios (21).

Caso realmente curioso y de consecuencias imprevisibles es el de la aparición en Alemania de una multitud de comunidades extraeclesiásticas, creadas a partir de 1945. Con la terminación de la guerra, la presencia del Ejército norteamericano y sus organizaciones civiles favoreció esta proliferación casi vegetal de creencias. Europa se convertía en campo bien abonado para recibir las variadísimas semillas. El retroceso confesional cristiano que provocó la política religiosa del nazismo favoreció también la clara acogida de las "buenas nuevas". Es curioso observar que los nuevos evangelios norteamericanos despertaron la curiosidad del alemán de la posguerra, y fueron muchos los que parecieron atraídos por el verbo espiritualista de los racionalizados profetas. La situación se hizo más propicia con la obligada proletarización de las masas alemanas a consecuencia de la guerra. La juventud, amargada por la derrota, se sintió falta de consejo, y la descreencia se extendía en el terreno propicio de los períodos cataclísmicos de la Historia. Así fué como muchos alemanes se dejaron conducir hasta las nuevas doctrinas de salvación, deslumbrados por el cómodo señuelo de los novísimos profetas.

Casi todas estas asociaciones extraeclesiásticas tienen su origen en los Estados Unidos, desde donde los alemanes dóciles han recibido apoyo material y "garantías" ultraterrenas. A partir de 1945, Alemania se vió invadida por apóstoles varios, con su poderosa administración de vencedores absolutos de una guerra cruenta. La potencia de esta política de atracción, basada en variados catecismos, tuvo sus frutos inmediatos. En la actualidad funcionan en Alemania setenta comunidades con un total de miembros superior a los 900.000, sin contar con los adscritos y simpatizantes. Cierto que estas cifras no representan mucho si se las compara con los 45 millones de miembros de las confesiones cristianas, católicos y protestantes, que forman en la República Federal. Pero este casi millón desarrolla fuerte actividad. Los llamados "Testigos de Jehová" alistaron en 1950 nada menos que 48.000 "propagandistas", todos ellos en pie de guerra religiosa. Y de los 30.000 adventistas

---

(21) Cfr. *Deutschland-Jahrbuch 1953*, "Jüdische Kultusgemeinden", páginas 481-2.

"fichados" hoy en Alemania, más de 10.000 desarrollaban, ya en 1952, misiones activas consistentes en visitas domiciliarias, lectura de los nuevos talmudes, distribución de encíclicas misionales, etcétera. Tomadas de una importante obra de Hutten (22) citaremos aquí las principales asociaciones de este tipo, tales como las comunidades apostólicas, las dependientes del llamado Reino Milenario, los adventistas del Séptimo Día, los de la Nueva Revelación, los Perfeccionistas, los del Movimiento Pascual Resurrector, las Comunidades del Salvador y tantas y tantas más, procedentes de las criptas de las infinitas religiones norteamericanas. Es explicable que la vuelta a la mentalidad racionalista ocasionada por la inmediata posguerra diera origen también a un universalismo mágico, manifestado según fuerzas y realidades ocultas propicias a estas nuevas "revelaciones" y profetas (23).

LA UNIFICACIÓN CONFESIONAL

Intentaremos presentar por último una síntesis de la situación actual que en Alemania atraviesan el catolicismo y el protestantismo, en su convivencia religiosa en la sociedad. Ya dijimos que existían decididas corrientes de acercamiento, contenidas a veces a causa de falsos problematismos teológicos. Pero es indudable también que las diferencias son importantes, como importantes son las mutuas influencias operadas en ambos campos confesionales en su proyección ideológica.

Por de pronto, es preciso salir al paso de ciertos optimismos católicos. En España sobre todo abundan las gentes, "más piadosas y bienintencionadas que perspicaces" (24), que hablan con aplomo de "la decadencia del protestantismo". Y lo cierto es que coinciden opiniones autorizadas que no comparten este optimismo, al menos en el campo del pensamiento teológico. Volvamos a Aranguren: "Cualquiera que conozca la teología luterana y calvinista que se hace hoy habrá de reconocer que nunca como ahora se ha estado tan cerca del espíritu de los reformadores." Porque nunca se ha pensado tan profundamente en protestante sobre el ser del hombre para Dios. Las corrientes teológicas filoprotestantes son hoy numerosas, y no se detienen en la religión y en la teología luterana o calvinista. Gran parte de la filosofía existencial (protestante y cató-

(22) Kurt Hutten: *Seher, Grübler, Enthusiasten. Das Buch der Sekten.* Quell Verlag. Stuttgart, 1950.
(23) *Op. cit.* "Ausserkirchliche Glaubengemeinschaften", págs. 480-1.
(24) Aranguren: *Op. cit.*, pág. 78.

lica) es una mera secularización de la teología luteranokierkegaardiana. Cierto que en este caso se trata de una luteranización de la forma de existencia, y no de su pensamiento. Así, por ejemplo, Jaspers afirma de sí mismo: "Reconozco que, aun cuando de origen protestante, en tanto que filósofo he recibido mucho más del mundo católico." Pero lo cierto es que la crisis religiosa que padece el catolicismo actual consiste esencialmente en la rotura del orden unitario tradicional. Porque la cristiandad, desde la Reforma, no está vinculada a una causa religiosa determinada, siendo su unidad de tipo protestante. Así, el problema actual del catolicismo consiste en estar inserto en un orden que por su origen llamaríamos asimismo protestante. El peligro estriba en que esta teología puede atacar no sólo al talante luterano, sino que puede llegar hasta insertarse en el pensamiento mismo de la teología católica tradicional. Ahora bien: esta acción es recíproca, y una y otra teología se influyen mutuamente. Y, por otra parte, volviendo a la autoridad de Aranguren, esta "apertura del catolicismo no consiste exclusivamente en un "mirar" hacia el protestantismo, ya que aquél se deja influir por otras corrientes vitalizadoras". Tal es el caso de la influencia que la teología griega está ejerciendo hoy en la católica, incluso con mayor intensidad que la protestante (25). Pero este último caso, que puede ser general, en Alemania está circunscrito a límites muy reducidos por la acción *in situ* del luteranismo más acendrado.

No se crea con esto que todos los grupos católicos alemanes adoptan una posición pasiva ante las nuevas corrientes teológicas, tanto en el campo teórico como en el del apostolado. La prensa católica ocupa, como siempre, la avanzada del ejército combatiente, y sus órganos tienen gran influencia y difusión. Existe, es cierto, bastante "conformismo" entre los católicos alemanes; pero como urgente reacción a esta pasividad se dan posiciones combativas como las de los *Frankfurter Hefte* o de *Michael*, que operan ampliamente sobre el conjunto del país con mayor eficacia quizá —como dice Mertes—que la que ejercen en Francia las incensadas *Esprit* o *Témoignage Chrétien*. Pero estas posturas son desgraciadamente la excepción. Junto a ellas, la falsa situación de seguridad local está minada por el absentismo del "orbe católico alemán", esto es, la prensa, los numerosos políticos mal llamados católicos, el clero rutinario y hasta los obispos. De ello se quejan los alemanes, envidiando la sacrificada, atenta y efectiva acción social del episco-

(25) Cfr. Michael Schmaus: "Continuidad y progreso en el Cristianismo", en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS, núm. 36 (diciembre, 1952), págs. 171-85.

pado nacional galo. Así, pues, si se quiere llegar a un efectivo acercamiento entre protestantes y católicos, habrá que comunicar al catolicismo germano un espíritu de autenticidad, renuncia y dedicación apostólica. Bien está la superación de los problematismos teológicos, los verdaderos y los falsos. Para ello, los teólogos católicos tendrán que abandonar su postura excesivamente "intelectual"; su casi desmedido afán de "saber demasiado", con sus alardes de sabia formulación, sin preocuparse de la *fides charitate formata*, en beneficio de una especulativa *fides quæ creditur* casi de laboratorio. Sólo podrá adoptarse una actitud de esperanza si en Alemania se intenta que los católicos sean realmente cristianos católicos, siguiendo las enseñanzas del catecismo. Por su parte, los protestantes contribuirían a esta política de comprensión ateniéndose al Evangelio y sin constituirse por decreto en defensores a ultranza del Catecismo de Heidelberg. De ser así, otro destino correría la correspondencia entre las confesiones cristianas en Alemania. Recordemos aquí, por último, las dos razones de Ernst Michel en su importante obra sobre la política de la fe (26): 1) Renunciar a toda actitud de sentimentalismo retrospectivo, en beneficio de una actitud realista; y 2) Formar intelectual y religiosamente a los seglares, lejos de la apologética a bajo precio, para su aplicación ecuménica a la Iglesia. ¿Se alcanzará este objetivo?

Enrique Casamayor.
Sotomayor, 4.
MADRID.

(26) Ernst Michel: *Politik aus dem Glaube*. Frankfort del M., 1953.



LA EMPRESA POLITICA DE NUESTRO OCCIDENTE

POR

JUAN R. SEPICH

No podemos demorar indefinidamente nuestro problema inmediato.

En el terreno se encuentran dos hombres: nuestro occidental, con su abatimiento y con la preocupación que nace de la incertidumbre sobre la eficacia funcional de sus categorías elementales; y el oriental, que sale a probar su forma de vida, sin ilusiones y sin atavismos. Y el momento del encuentro, del diálogo, del choque, de la fusión o como se quiera denominar el punto en que sus órbitas entran en contacto.

Para nuestro Occidente, que se encuentra con el interrogante acerca de su legítima descendencia de los padres del Occidente, que abriga sus dudas sobre el porvenir, frente a las actuales y vividas dificultades, ¿no se presenta el momento para presumir si acaso una gran empresa, en que estas cuestiones entraran a ser pensadas y resueltas, no estaría llamando a las puertas de su conciencia histórica?

Por de pronto, tendría la proyección gigantesca de abarcar toda su cronología y proyectarse a todo el mundo. Estas dos incitaciones no son despreciables en este trance nuestro, que se manifiesta justamente bajo los signos del tamaño reducido en las miras, las tareas y los horizontes.

Estarían presentes las dos graves causas en litigio que pesan sobre nuestro Occidente; se presentaría la empresa de una obra ecuménica: hacer de la tierra la casa del hombre.

Quisiera ahora referirme brevísimamente a las condiciones que la empresa debe revestir y a una de sus consecuencias: el erguimiento del tono moral desfallecido que nos acompaña.

* * *

El carácter evolutivo de nuestra vida histórica y el cariz problemático de nuestra vida moral nos advierten que somos una realidad activa, tensa hacia nuestro horizonte.

La energía que realiza y asume la ejecución de la iniciativa es

una fuerza alógica y tendencial que funciona en un clima de conciencia, es decir, de conocimiento. No deja, con todo, de ser una fuerza tendencial, cuyo desarrollo y eficacia se proyectan por una libre decisión, tanto o más misteriosa que ella misma. El hecho es ése; así estamos constituídos y así procedemos en el decurso de nuestras sucesivas posiciones en el espacio y en el tiempo en que nuestro existir se desliza.

No hace al caso abundar en una fenomenología y ontología de nuestra vida tendencial, tanto instintiva como pasional, y en especial de nuestro amor humano.

Para nuestro problema basta con los hechos, comprobables a cualquiera, y que son para cada uno el subsuelo de su propia vivencia y experiencia.

Somos así, obramos así, nos encontramos así proyectados hacia un horizonte, pero con la indecisa situación de nuestra libertad, que no puede ser eliminada a menos de cancelar el carácter humano de nuestro hacer, obrar y actuar.

Además, la condición histórica es de tránsito. Nos encontramos en condiciones concretas, en que no hay quehacer, no hay empresa, no hay motivo que estimule toda la vida moral de los hombres y los pueblos.

Para lograrlo es condición indispensable, como se ha hecho ver anteriormente, que un punto de nuestro horizonte aparezca revestido de los signos de la totalidad. Es menester que algo asuma la función de aunar toda nuestra vida en el plano concreto operativo y desde allí nos permita ordenar mental y afectivamente nuestros fines jerárquicamente escalonados. Sin eso no nos movemos.

El sentido de totalidad es impostergable en la empresa para que una cierta trabazón trascendental de nuestro obrar sea el cimiento de esa vida moral. Si no partiéramos de una condición trascendental que haga posible unir todo nuestro obrar, hacer y actuar, no tendremos jamás una vida moral con tono y estilo humano, elevado y noble.

También hemos señalado—con criterio puramente aporético y deseosos de llegar a ver claro en ese hontanar de dificultades—unas apariencias presumibles de nuestro Occidente, las cuales nos lo mostrarían como un tránsito.

Históricamente queda planteada la discontinuidad entre la concepción y gestación del mundo nuevo de los padres del Occidente y nuestro actualmente declinado mundo occidental.

A ello ha de sumarse la serie, nuevamente actualizada hoy, de

recurrencias, concurrencias y ocurrencias con que el Oriente acompaña la evolución histórica de nuestro Occidente.

Es el momento de preguntarnos: ¿qué debe concretamente hacerse? ¿Cuál es la forma viva de totalizar las energías humanas en una empresa que reactive la vida moral de los hombres y los pueblos?

He aquí nuestro problema y nuestra respuesta. Sin ser la primera en dignidad ni la primera en viabilidad, es sin embargo la *tarea política,* parcial y total, nacional e internacional y universal, la primera y única empresa por donde debe comenzarse para que se opere una reelevación y tonificación de la vida humana en nuestro cuitado Occidente.

Acerca de lo cual nos eximirán algunas precisiones breves de interpretaciones ajenas a nuestro pensamiento.

De ellas, la primera se refiere a la ubicación de la tarea política. Para nosotros no está en litigio una verdad o una realidad trascendente; nos estamos ocupando, sí, de una situación temporal, natural, histórica, que toca a la naturaleza y al espíritu del hombre aquí donde vive ahora.

La política es la suprema regencia del orden humano; después del sacerdocio, es la vocación más elevada, porque en generosidad abarca la totalidad de ámbitos en que transcurre la vida del hombre.

A causa de la amplitud y universalidad; a causa de la totalidad que caracteriza a la vida política, no hay problema que no se encuentre afectado por las alteraciones que a ella le sobrevienen.

Por eso mismo, la empresa política adquiere una inmensa extensión, en cuyo quehacer caben y son necesarias todas las vocaciones humanas posibles.

Al proponer, pues, una empresa política se hace la más grande y la más completa leva de fuerzas. Fijad metas nobles a todas las vocaciones y habréis despertado el tono moral de los hombres. Estos sabrán para qué trabajan, cómo deben hacerlo, y la alegría de una tarea noble reduplicará las fuerzas y el entusiasmo.

Si del orden interno pasamos al externo, internacional y universal, las graves preocupaciones de los hombres que ven los riesgos generales por que atraviesa la Historia se verán enfrentadas con un despertar promisor de soluciones.

Citamos más arriba dos causas que tiene en litigio nuestro mundo occidental: el cisma de Occidente y la ruptura de la Reforma en Occidente. Toda energía es poca para emplearla en resolver esos pleitos. Pero sería pequeño el corazón del universo para contener

la alegría de la jornada en que se cancelasen esos pleitos y volviese a reinar una fraternidad humana en todas las latitudes de nuestra tierra.

La presencia de un Oriente que alega derechos de ser humano, y la vertiginosa marcha con que se dirige al encuentro de nuestra historia y de nuestra cotidiana existencia, circunscriben el ámbito de una zona política en que las fuerzas del espíritu y de la Naturaleza son necesarias en su totalidad para crear un mundo nuevo. Una nueva economía, una nueva sociología, una nueva cultura, una forma nueva de civilización armónica, heterogénea y compleja, inauguraría las condiciones para una nueva política universal, en la cual, dada su extrema delicadeza y valor, habría siempre necesidad de trabajo, de pensamiento, de esfuerzo, de genio y de buena voluntad.

La vida moral, con una perspectiva delante, tendría que vivir tensa y firme. Sus primeros frutos serían, sin duda, la aparición de una legión de hombres eminentes en todas las actividades humanas, superando la medianía y el anonimato deletéreo.

Las artes pondrían un sello de dignidad en la vida material; hasta las inevitables miserias humanas serían envueltas en ese halo de luz y de señorío.

Las letras modificarían su mísera condición de ganapán, pasando a aquella atmósfera de galana gallardía que recuerda Cervantes, en su discurso a los cabreros, sobre las armas y las letras.

El espíritu de los filósofos prepararía el ápice de la pirámide en que la teología pudiera inocular su vida a nuestra cultura y a nuestro existir temporal.

Pero en la vida política no solamente vale la sustancia, sino también el modo. La emulación por superar las formas y lo que pudiéramos llamar la liturgia de la creación política sembraría el mundo de una contienda sin sangre, pero llena de valor y hasta de heroísmo. Por de pronto, daría canal para que la genialidad discurriera en su fecundo correr.

La tónica moral se levanta cuando las jerarquías más elevadas se revisten de la luz y la espectabilidad que les brinda el sol y el firmamento.

Lo demás es colmena, es hormiguero, es tugurio, es cueva de topos y labor de roedores.

La jerarquización por la empresa política debe irse preparando precisamente por obra de aquellos que son capaces de percibirla antes que exista, porque es una especie de Minerva que brota de

la cabeza de Júpiter. Después creerán también en ella los que sólo creen en lo que ven.

Las fuerzas del espíritu tienen sobre sí la labor de desbrozar el camino para la inteligencia de esta verdad vital y temporal. Si ellas no logran su vocación, los demás no pueden esperar nada.

* * *

No se puede terminar esta explicación sin hacer mención de dos objeciones que pueden salir al paso.

La primera podría encararse como un reproche al decir que nuestra tesis es una simple reiteración de la tesis maurrasiana: *politique d'abord* (política ante todo).

Creo que esta objeción únicamente la puede hacer un racionalista que crea en la existencia del orden racional abstracto y no advierta que también hay un orden concreto de realizaciones, que converge sin ser paralelo ni idéntico al orden racional abstracto.

Hemos adelantado ya la afirmación de que, sin ser la política la suprema jerarquía absoluta, es la primera necesidad relativa y la primera ocupación histórica de la cual depende la vida moral. Esto baste para responder a los que, aun rodando hacia el abismo de la confusión—si la empresa política no surge—, seguirán discutiendo la exactitud de su ordenamiento abstracto. Harán la defensa de la libertad entre rejas y bajo la postración de una vida sin horizonte, transcurrida en un campo de concentración.

La segunda objeción surgió bajo múltiples formas sobre todo en Alemania, al tiempo en que Spengler publicaba su obra *La decadencia de Occidente.*

Yo no me hago solidario de la sistematización y teoría de Spengler, ni de sus negaciones ni de la disposición de su espíritu.

Si un pesimismo negador fuera nuestro vivir, no sería comprensible el problema de resolver la atonía moral y la proposición de la empresa total en que se haya de empeñar el hombre.

Del lado teológico, católicos, protestantes y judíos levantaron una nube de discusiones en torno a Spengler y a sus pensamientos.

Se hizo de la decadencia de Occidente un equivalente de la negación de lo trascendente, de la cultura cristiana, de la civilización clásica, etc.

Puede ser que la sistematización ideológica diera motivos a esos reproches y que aun el íntimo sentir descorazonado de Spengler lo llevara hacia esa zona oscura.

Pero que la intuición del momento de tránsito de Occidente

con sus dos grandes litigios arriba mencionados está allí, no habrá quien lo niegue ni quien lo pueda soslayar.

Lo que antes era un punto lejano en el horizonte, ahora es una enorme muralla que cierra todo paso y contra la que debe chocar todo movimiento.

No se puede prescindir de esa visión ni de ese dato que nuestro propio mundo nos ofrece; como no se puede prescindir del diagnóstico para obtener una correcta medicación.

Si un retorno a los padres del Occidente—en todos sus aspectos—nos pone frente al paradigma que debió presidir nuestro nacimiento histórico, el retroceso a nuestras fuentes de éxitos y errores nos pondría ante el camino de solución de nuestras dos graves deudas históricas, pagadas las cuales empezaríamos a ver el alborear de un nuevo día y la reconciliación de las dos mitades que deben formar el mundo.

Sin prejuicios, sin descanso, sin precipitación y sin estrechez de anhelos se puede ofrecer a esta generación la más excelente y brillante oportunidad para que la vida se torne un hermoso riesgo que valga la pena de correrlo con toda el alma.

Juan R. Sepich.
Colegio Mayor "Nuestra Señora de Guadalupe".
(Ciudad Universitaria).
MADRID.



EL CAPITALISMO Y LOS PROBLEMAS DEL CINE Y LA PRENSA EN NORTEAMERICA

POR

JUAN VELARDE FUERTES

El montaje de actividades informativas bajo la forma de empresas comerciales puramente privadas, o sea con una estructura ajena a su auténtico carácter de servicio público, acarrea una serie de problemas. A continuación presentamos algunos de los más notables originados en Norteamérica.

Si la empresa informativa ha de comportarse como una sociedad comercial normal, ha de procurar ganar la máxima cantidad de dinero posible. Ello se consigue por diversos procedimientos, que normalmente coexisten: 1), gracias a la extensa difusión, básica para el cine y muy importante para la prensa; 2), debido a la publicidad, fundamental para la prensa, pero cuya magnitud viene determinada, lógicamente, por el número de ejemplares que el periódico vende; y 3), gracias a la asociación de estas empresas informativas con intereses económicos particulares, que las subvencionan con el fin de deformar el ambiente social en provecho de algún grupo concreto.

Estudiaremos estos tres procedimientos a través del cine americano, de la publicidad en la prensa de ese país y de la conexión de la información con intereses capitalistas concretos.

PROBLEMAS DEL CINE AMERICANO

Dos son las obras que nos suministran los datos que a continuación se exponen. Una de ellas es la excelente de John Gunther *Inside U. S. A.*, que manejo en la traducción castellana que, bajo el título *El drama de los Estados Unidos*, publicó con deficiente traducción Ediciones Siglo Veinte, de Buenos Aires, en 1953. La otra es el mucho más inferior trabajo de Raymond Cartier *Las 48 Américas*, extraordinariamente incompleto, entre otras cosas, por el espíritu de "derechas" de su autor, y que apareció en la colección "Narraciones y Novelas", de Ediciones Rialp, de Madrid, en 1954.

El cine en Norteamérica se agrupa en unas cuantas empresas fundamentales, hasta tal punto que el Departamento de Justicia federal las acusó en 1938 de ejercer prácticas monopolísticas. Estas empresas controlan no sólo la producción, sino la distribución y los locales de proyección de sus películas. El riesgo se reduce así al mínimo, y el único problema reside en la asistencia del público. La conducta de éste siempre se debe a causas psicológicas de difícil control, por lo que, ante las mismas, Hollywood siempre mantuvo una actitud expectante y casi enfermiza. Como dice Cartier, "hubo un año en que las grandes firmas pidieron patéticamente a todo su personal que renunciara a la mitad de sus emolumentos "para salvar a nuestra gran industria de su hundimiento total". Al finalizar el año, los balances de esas mismas firmas demostraron que los beneficios habían aumentado notablemente".

Mas para sostener la atención del público es preciso mantener enormes ejércitos de especialistas, artistas y técnicos de toda clase, a muchos de los cuales hay que pagar espléndidamente. Este conglomerado de personas con renta altísima reacciona de dos maneras radicalmente diversas: unos, con la riqueza, adquieren una mentalidad conservadora y reaccionaria; otros, como dice Gunther, "experimentan una sensación de culpabilidad subconsciente de ganar tanto dinero". Estos se hacen izquierdistas o criptocomunistas. Muchos de los primeros se agrupan en la Motion Picture Alliance for the Preservation of the American Ideal. Bastantes de los segundos en el Hollywood Independent Citizen Committee of Arts, Sciences and Professions.

Pero todos ellos son fundamentales para mantener el favor del público americano, y prácticamente de ninguno es posible prescindir; por ello, las grandes empresas pasan a adquirir un marcado tinte político, según el campo de donde procedan los especialistas, artistas y técnicos que emplean. Y así, al lado de ultrarreaccionarias entidades como la Metro-Goldwyn-Mayer o David Selznick, se alinean otras francamente izquierdistas, como la Warner Bros, que, por ejemplo, durante la pasada guerra rodó películas de alabanza al comunismo.

Algunos de estos izquierdistas extremaron de tal forma su actitud que un grupo de diez de los mismos fué llamado a declarar ante una Comisión para la investigación de actividades antiamericanas. Todos ellos rehusaron decir si eran o no comunistas. La opinión pública se apasionó con el caso, conocido desde entonces como el de "los diez de Hollywood". Uno de los diez era el director Edward Dmytryk. Pero la reacción popular de los Estados Unidos,

como consecuencia de los incidentes continuos con la Unión Soviética, acabó siendo violenta ante cualquier cosa que tuviese contacto con el comunismo. La presión de las grandes empresas, servidoras del público ante todo, se mostró bien pronto. En el número de *Ateneo* correspondiente al 15 de noviembre de 1954, Luis Ponce de León, al criticar la película *El motín del Caine,* dirigida precisamente por Dmytryk después del incidente de "los diez", observa agudamente la obsesión del director y del productor por señalar que todo lo norteamericano es de alta calidad, de alta moralidad, de ejemplar conducta. "Uno recela—dice—que los realizadores de *El motín del Caine* han sido enérgicamente coaccionados, limitados y desviados por una serie de prohibiciones."

Una propaganda desaforada, el mantenimiento de revistas y periodistas especializados, que con trabajos y reportajes sensacionalistas airean la vida privada de los artistas, ha venido manteniendo un ambiente de inmoralidad y escándalo en torno a Hollywood capaz de atraer la atención del público. Pero para no perder un cierto grado de respetabilidad en las películas—y gracias a ello no dañar su difusión—, con lo cual no se escandalizarán los ambientes puritanos o sinceramente religiosos, se ha establecido en 1922 el Código Hays de moralidad. Sobre su fondo hipócrita y falso publicó un interesante trabajo *Signo* el 6 de marzo de 1954. Baste recordar sobre esto que, como escribía el *Daily Mail,* al mismo tiempo que autoriza una película en la que Bárbara Stanwyck representa un personaje inmoral, manda cortar unas escenas en que la actriz aparece fumando en la cama, porque la propaganda de esta costumbre podría causar incendios en el país. Recuérdese también que se autorizan las exhibiciones de una Jane Rusell o una Marilyn Monroe; pero cuando en una escena de *Madame Curie* sale la habitación del matrimonio, se exigió que hubiese dos camas.

Hoy en día otro peligro amenaza la venta de las películas americanas. Nos referimos a la televisión. No es éste el momento de abordar este punto. Simplemente mencionaremos que la primera trinchera de resistencia ante la oleada en avance del negocio rival fué la venta de películas al extranjero, donde la competencia con esta modalidad informativa es escasa o totalmente nula. Nada menos que el 75 por 100 de las películas proyectadas en Méjico y Canadá, el 64 por 100 de las de América del Sur, el 62 por 100 de las de Africa y el 56 por 100 de las de Europa—en 1954, el 52 por 100 de las de España—proceden de Hollywood. Según dice Cartier, "aproximadamente el 35 por 100 de los ingresos de Hollywood se obtiene fuera de los Estados Unidos". Por ello, la acción de

Hollywood es mantener a toda costa el mercado exterior, a través sobre todo de la Oficina Hays, o Asociación de Productores y Distribuidores de Películas. Pero, al propio tiempo, procura ganar el terreno abandonado a la televisión. Desde los cines *drive-in* —menos de 100 en 1941, 400 en 1947 y 3.000 en 1952—, en los que se ofrecen proyecciones que perciben los automovilistas desde sus vehículos, a los experimentos de cine en relieve se escalona una serie de medidas para aumentar la venta de las películas.

Sin embargo, de todo lo dicho se deduce que, para obtener beneficios, las grandes empresas cinematográficas sacrifican desde la libertad personal de sus servidores hasta los valores espirituales más elevados, y que en ningún momento el pensamiento de educar eficazmente a las masas es el centro de sus actividades.

LA PRENSA NORTEAMERICANA Y LA PUBLICIDAD

En estos momentos, la prensa de Norteamérica, y sobre todo la de Nueva York, sufre una crisis grave. Los gastos aumentan y los ingresos bajan. Estudiemos despacio la cuestión.

En primer lugar, el periódico le resulta barato al norteamericano. Es absurdo emplear a este respecto, en comparaciones internacionales, el coste absoluto de cada ejemplar. Más perfecto es anotar su coste en horas de trabajo. Según las Naciones Unidas, si un italiano o un español precisa trabajar, por término medio, 0,08 horas para adquirir un periódico, un francés 0,05 y un inglés 0,02, un habitante de los Estados Unidos gana para comprarlo con sólo trabajar 0,01. Se alcanzan así las grandes tiradas de todos conocidas—no las mayores del mundo, que pertenecen a Gran Bretaña—, con un enorme número de páginas por ejemplar. Un reportaje publicado en *Ya* el 24 de enero de 1954 puntualizaba que, por fechas, la edición dominical del *New York Times* constaba de 300 páginas. Este periódico lanza además cinco ediciones diarias. William Yates, editor del *Chicago Tribune*, declaraba, el 24 de noviembre de 1954, a *La Vanguardia Española* que también los domingos la edición de su periódico tiene 300 páginas y casi un kilogramo de peso, constando los números ordinarios de 60 a 92 páginas.

Esta asistencia del público lector no es, sin embargo, suficiente para sostener un periódico. Su enorme coste exige la existencia de ingresos procedentes de la publicidad. El ejemplo del *P. M.* es aleccionador a este respecto. Quiso mantenerse sólo con el apoyo

del público, no insertando ninguna clase de publicidad, incluída la cartelera de cines y teatros. En él aparecían exclusivamente informes de lo que podía verse en las salas de espectáculos o de lo que podía comprarse en los almacenes o mercados de artículos alimenticios. Así, decía Ingersoll, su redactor-jefe, el *P. M.* es un periódico totalmente independiente. Pero ello era absolutamente falso. El *P. M.*, para cubrir su déficit—al año de aparecer ya había agotado su capital—hubo de acudir a Marshall, millonario izquierdista de Chicago. El resultado fué el carácter criptocomunista de la publicación hasta su desaparición. En esta última no dejó de influir el que las amas de casa neoyorquinas no se interesan por un periódico que no posee anuncios. Su sucesor, el *tabloid Daily Compass*—que dejó de publicarse en noviembre de 1952, después de tres años de vida—, para sostenerse tuvo que refugiarse, según decía el trabajo *The "Compass" Quits*, aparecido en *Time* el 10 de noviembre de 1952, en la fortuna de la anciana Emmons Blaine, vinculada con la International Harvester.

A través de este ejemplo hemos visto la base económica de la gran prensa americana, principalmente de la radicada en Nueva York. Un periódico de mucha difusión precisa para mantenerla poseer un enorme gasto en colaboraciones, equipo capital, montaje de distribución, etc. Este coste queda enjugado por la venta de ejemplares y los cobros por publicidad insertada. La publicidad busca precisamente los periódicos de gran tirada, y a ésta ayuda el que los anuncios son deseados por los americanos para orientarse adecuadamente. Que el juego de la publicidad periodística es fundamental para la vida norteamericana, es conocido. Recientemente se ha evidenciado con la huelga que, provocada por el Sindicato de Fotograbadores, afectó a la prensa de Nueva York del 28 de noviembre al 8 de diciembre de 1953. Durante ese período, la prensa de la gran ciudad dejó de publicarse. En el número de *Paris-Match*, correspondiente al 26 de diciembre de 1953-2 de enero de 1954, se estimaba que las ventas de los grandes almacenes neoyorquinos habían disminuído en un 10 por 100 durante la huelga de los periódicos. José María Massip informaba en *A B C*, el 20 de diciembre de 1953, de las causas de esta baja de ventas de la siguiente forma: "Por lo que hace a la publicidad, la prueba ha sido todavía más completa. En primer lugar... se ha demostrado que el público, sobre todo las mujeres, necesitan enterarse en detalle de las calidades, los precios, los modelos, los tipos... En una ciudad con la terrible competencia comercial de Nueva York, donde hay docenas de almacenes inmensos que com-

piten ferozmente entre sí, la futura cliente necesita comprobar, contrastar, comparar. Dos de ellos, Gimbels y Macy's, se han encontrado durante la huelga con que sus formidables existencias en ropas femeninas, sombreros, abrigos, zapatos, regalos especiales de Navidad, etc., no se vendían. Otro ramo de enorme importancia en el comercio americano es el de la venta por correo, a base de cupón en los anuncios. Esto representa, aproximadamente, la mitad del volumen de ventas de los grandes almacenes. Sin anuncio y sin cupón, todo este ramo de ventas se paralizó por completo. Terminada la huelga, y empujados por la necesidad inmediata de deshacerse de las existencias acumuladas durante los once días sin periódico, todos los grandes establecimientos comerciales de Nueva York han anunciado importantes rebajas, para dejar sitio a las mercancías "críticas" de la última quincena navideña." También la influencia de la prensa de Nueva York en las ventas se adivina cuando Gunther afirma que "los revisteros neoyorquinos... deciden en gran parte qué libros han de leer los 150 millones de norteamericanos".

Por ello, cuando un negocio periodístico se resiente, la publicidad le abandona. Un trabajo de Kurt G. Sell, antiguo corresponsal de la D. N. B. en Wáshington, publicado en la *Zeitungswissenschaft*, y traducido en el número de octubre de 1943 de la *Gaceta de la Prensa Española*, aclara esto con respecto a la baja que experimentaba la cadena Hearst. Pero este difícil equilibrio entre el público comprador de prensa, los costes de los periódicos sufragados en gran parte por la publicidad y el aumento de ventas de los artículos anunciados en los diarios, estaba amenazado si fallaba cualquiera de sus elementos. Y ello comenzó a ocurrir con el aumento en el precio del papel de prensa, siguió con la huelga de fotograbadores y se agravó con la presencia de la televisión. Veamos los resultados.

En el número de septiembre de 1951 publicaba *Fortune* un interesantísimo artículo titulado *Newspaper Business: The Death of a Formula*. En él señalaba la función que en el aumento de los costes de producción desempeña la política canadiense en el terreno del papel de prensa. Durante la gran depresión, los periódicos compraban su papel baratísimo, debido a la mala situación de la industria de pastas. Después, en la segunda guerra mundial, los controles impidieron subidas grandes en los precios. Pero, a partir de la posguerra, Canadá comenzó a obtener mejores rendimientos para sus empresas papeleras. A ello contribuyó eficazmente el que los cuatro quintos de las necesidades norteamericanas de papel son

satisfechas con el que procede del Canadá, y el que las entidades productoras de pastas en este país tienen un elevado grado de monopolio. La mitad de la capacidad canadiense de papel está en cuatro Compañías, y los productores fijan sus precios de acuerdo con el promedio de los establecidos por las dos o tres empresas más importantes. Además, no debe olvidarse que el representante de las Papeleras canadienses, el presidente de la Newsprint Association of Canada, es también quien ocupa el puesto oficial desde el que se controlan estos asuntos. Y este monopolio, según el artículo de *Fortune*, no se ve amenazado de momento.

Los efectos de la acción canadiense en 1951 eliminaron los beneficios de la cadena Hearst y causaron la desaparición del *Star-Times*, de St. Louis, que fué adquirido por el *Saint Louis-Post-Dispatch*. Pero más importante aún es que, con la subida del papel, desapareció la que *Fortune* denomina "vieja fórmula" del negocio periodístico. Esta era la siguiente: un aumento de circulación suponía un aumento del rendimiento del periódico no sólo por la venta de ejemplares, sino porque el rendimiento de los anuncios se elevaba, al subirse la tarifa de publicidad, con cada ejemplar de incremento en la circulación. Y dada la existencia de costes fijos elevados en el periódico—sueldos y salarios, costes de composición, etcétera—, al subir los variables—coste del papel de prensa—más despacio que el rendimiento, el beneficio era notable. Pero hoy esta fórmula no juega más que para los pequeños periódicos—con 20.000 ejemplares de circulación, por ejemplo—, en los que el coste del papel supone un pequeño porcentaje del coste total, y en los que más que el precio importa el mantenimiento de los suministros. Tomando como base datos para 1950 del *Editor & Publisher*—revista técnica quincenal, órgano de los editores de periódico de los Estados Unidos—se deduce que los grandes periódicos se acercan a un punto tal que el 50 por 100 del coste total corresponde al valor del papel empleado. En el *New York Daily News*, los costes del papel suponen el 55 por 100 del coste total. En cuanto a los ingresos, sólo un tercio de los que perciben los grandes periódicos proceden de la venta de ejemplares. Por ello la solución se busca en la publicidad, aunque a ello se opone la actitud y actividad políticas de las entidades anunciadoras. Y si bien en las ciudades con monopolio periodístico—más adelante veremos algunos casos—ello es fácil, en las que reina la competencia ello será más complicado, a no ser que se llegue a la serie de "pequeñas conspiraciones ilegales" para subir el precio de inserción de anuncios que sugería Erwin D. Canham, editor del *Christian Science Moni-*

tor. Este negro panorama se ensombreció aún más cuando, en mayo de 1952, Canadá volvió a subir los precios del papel. Ante las protestas norteamericanas, el *Globe & Mail*, de Toronto—el mayor y más influyente de los diarios canadienses de la mañana—, indicaba que era preciso que la prensa de Estados Unidos incrementase el coste de inserción de los anuncios, ya que estimaba eran éstos excesivamente baratos. Lo mismo pedía *Fortune*, en julio de 1952, en su artículo *Bad News for Newspapers*.

En esta situación, la prensa de Nueva York sufre la huelga de diciembre de 1953. Según decía *Time* el 14 de diciembre de 1953, en su artículo *Strike in New York (Contd.)*, nunca los Sindicatos obreros afectos a la prensa se encontraron tan unidos. Sus efectos supusieron un notable aumento en los costes fijos de cada periódico. El precio de la maquinaria también ha sufrido un notable incremento. John Knight, que controla el *Beacon-Journal*, de Akron; el *Herald*, de Miami; el *Daily News*, de Chicago, y el *Free Prers*, de Detroit, declaró que había comprado por 3.200.000 dólares a este último; "pero ahora—decía—sigo comprándolo otra vez", al pagar 3.500.000 dólares por nuevo equipo.

A través de uniones de periódicos rivales para utilizar las mismas imprentas—fenómeno que veremos expuesto algo detenidamente más adelante—, de la presentación de las noticias en columnas más apretadas, del establecimiento—véase el trabajo aparecido en *Time* el 13 de julio de 1953—de revolucionarios teletipos y de otros adelantos se procuran reducir los costes fijos. Pero todo ello está aún en el aire, y puede tener éxito o no tenerlo.

Por ello la única solución, de acuerdo con *Fortune* y el *Globe & Mail*, de Toronto, se encontraba en un decidido aumento en el precio de los anuncios que se insertan en la prensa. Mas en este momento aparece pujante la televisión, hasta tal punto que un tercio de los ingresos de *Times-Herald*, de Dallas, proceden de su estación de televisión. En este sentido actúa ya, con sus emisoras de radio y televisión, el *Washington Post and Times-Herald*. Pero estos casos aislados no impiden el comienzo de una notable competencia en los servicios informativos norteamericanos, que rebaja aún más los ingresos de la prensa.

El 16 de diciembre escribía Augusto Assía en la prensa española que recoge sus crónicas que, en 1954, han perdido más de un millón de dólares los periódicos de la cadena Hearst—con dieciséis periódicos en el país, el principal de los cuales, el *New York Journal American*, nacido de la fusión del *American* y del *Evening Journal*, pierde en los nueve primeros meses de 1954 1.266.500 dó-

lares—, así como también sufre importante déficit el *New York World Telegram and Sun*, principal órgano de la cadena Scripps-Howard, que posee diecinueve diarios. El que pierde más es el antaño poderoso *New York Herald Tribune*, que para tener más lectores se embarca progresivamente en la senda del sensacionalismo y de los concursos. Pero los 72.000 ejemplares de aumento de tirada no consiguen reducir su déficit.

El 20 de diciembre de 1954, bajo el título *Trouble in New York*, publicaba *Time* un interesante trabajo sobre el asunto, que ratifica las tesis de Augusto Assía. Del mismo se deduce que, dejando aparte determinados diarios—como los financieros *Wall Street Journal* (con una circulación de 136.000 ejemplares) y *Journal of Commerce* (con 32.000 ejemplares de circulación), el comunista *Daily Worker* (9.000 ejemplares de circulación) y los periódicos de barrio o de comunidades (*Eagle*, de Brooklyn; *Long Island Press*, de Queens, etcétera)—, en Nueva York existen sólo siete diarios. De ellos, sólo ganan el *New York Times*, el judío *New York Post*, el *New York Daily News*, que es el periódico de más tirada de Estados Unidos, propiedad del famoso coronel MacCormick, y el *New York Daily Mirror*, dedicado a explotar informaciones sensacionales, y que pertenece a la cadena Hearst. El *New York Times*—que tira 539.000 ejemplares—, según declaró el representante de los propietarios, Arthur Hays Sulzberger, después de la huelga de fotograbadores ha visto reducidos a la nada sus beneficios. En cuanto al *New York Post*—vendido por el israelita Max Stern a un consorcio judío en 1942—es el único periódico que continúa aumentando su circulación. En los últimos cinco años creció ésta en un 46 por 100. El abandono de toda veleidad criptocomunista, con la llegada al periódico de James A. Wechsler—aunque es en la actualidad el periódico más izquierdista de Manhattan—, y su decidida actitud sionista, parecen ser las bases de su creciente popularidad. Tira ahora 417.000 ejemplares. Por lo que se refiere al *New York Daily News* —el periódico, repetimos, de más tirada de Norteamérica, pues llegó a vender 2.400.000 ejemplares diarios, aunque hoy sólo tira 2.040.000—, la muerte del fundador, capitán Patterson, en 1946, fué para él un rudo golpe, del que aún no se ha repuesto, con la lógica repercusión en los beneficios, que procura aumentar compitiendo con los diarios de distrito. Pero esta lucha es difícil, y los costes de distribución son altos. Finalmente, gana también el *tabloid New York Daily Mirror*, donde escribe Drew Pearson, y que tiene como lema: "Un 90 por 100 de entretenimientos; un 10 por 100 de noticias."

Para combatir a la televisión sería preciso gastar grandes cantidades de dinero en nuevo equipo, capaz de imprimir, por ejemplo, la publicidad en colores. Pero este aumento en los costes, ¿sería absorbido por el aumento del número de anuncios y por la cifra de ventas del periódico? Al mismo tiempo, disminuye en la prensa neoyorquina la calidad de los periodistas empleados. Según decía el *Delta Democrat-Times*, de Greensville (Mc'ss.), los mejores de éstos buscan hoy los órganos de Wáshington o de tipo local, que pagan muy bien, y cuya calidad crece progresivamente. Pero no podemos olvidar que a la calidad de los periodistas—recuérdese a los hermanos Alsop en el *New York Herald Tribune* o a Walter Windell en el *New York Daily Mirror*—debió su difusión la prensa de Manhattan, y que de ésta se deriva el número y calidad de los anuncios publicados.

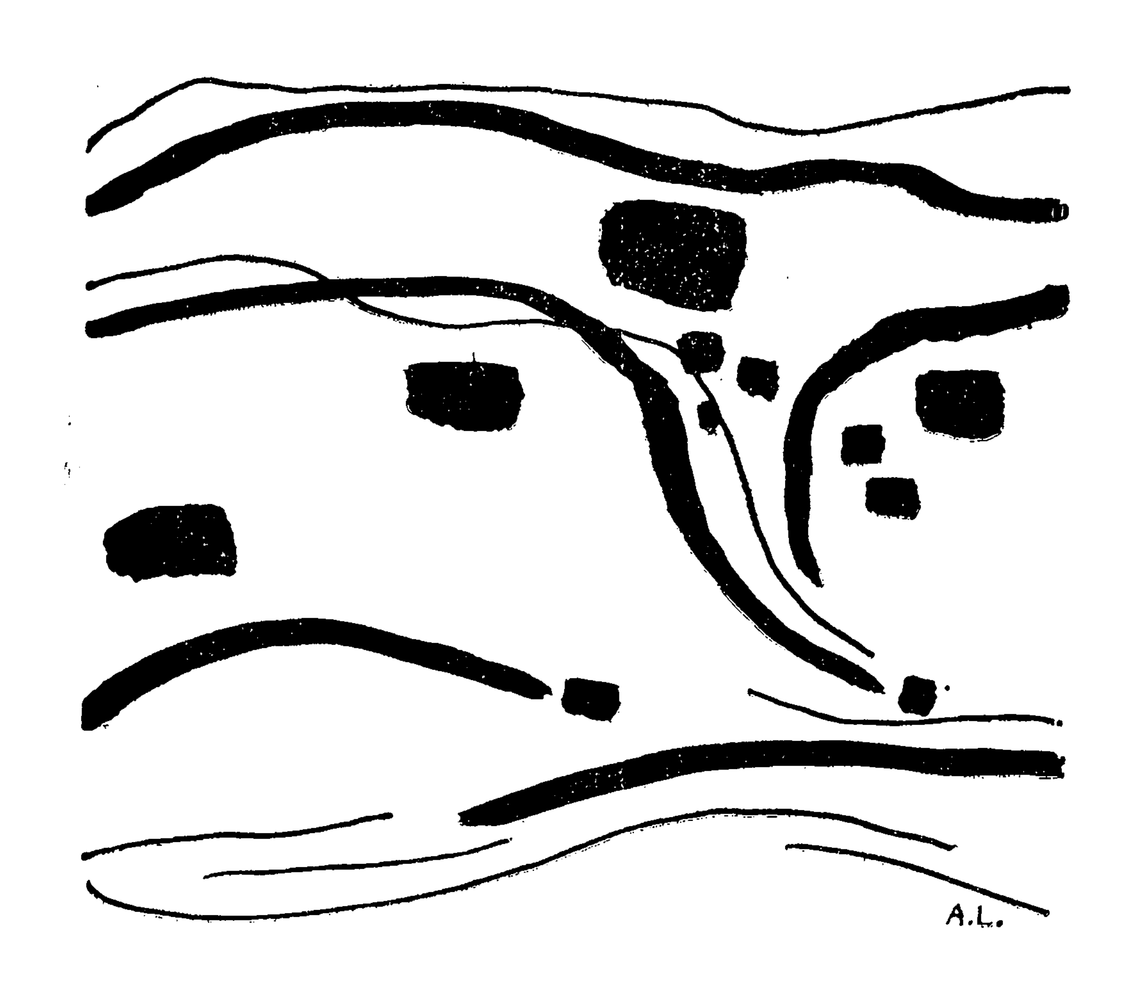
Es difícil conocer el final de esta carrera. Por ahora, esta crisis afecta sobre todo a Nueva York, pues mientras se mantiene la cifra total de circulación de prensa en los Estados Unidos—54,5 millones de ejemplares—, en Nueva York desciende un 9 por 100 con respecto a 1947. Pero algunas repercusiones de la crisis se observan en otros puntos. La desaparición del *tabloid Los Angeles Daily News,* único órgano izquierdista de esta población californiana que, como escribía *Newsweek* el 27 de diciembre de 1954, queda entregada a un grupo de periódicos fuertemente conservadores, o la despedida de 152 redactores e impresores del *Post,* de Boston, son síntomas de la generalización del problema.

Es posible que el resultado sea, en cierta medida, una mayor concentración de la prensa americana. Sabido es que ésta viene progresivamente reduciendo el número de sus órganos informativos. En 1909 existían 2.600 diarios en Norteamérica. En 1941, su número era ya sólo de 1.974. En 1950, únicamente había 1.750. Paralelamente se extiende el auge de las agencias de prensa norteamericanas. *Newsweeck* escribía, el 20 de diciembre de 1954, que la United Press tenía en el mundo 1.360 clientes—periódicos y emisoras de radio—en 1935. Hoy sirve a 4.353 diarios y emisoras. Es evidente lo que esto supone para la uniformidad en la información y de facilidad para la concentración de la prensa.

Creemos que lo señalado hasta ahora es grave. La concentración producida por la competencia de la televisión no mejora la calidad, pues para conseguir un aumento en la clientela se siguen caminos que, en el mejor de los casos, habremos de decir no contribuyen a mejorar el nivel cultural ni la sensibilidad del pueblo. Pero con la concentración del poder informativo se acrecienta la influencia

sobre el Gobierno. En 1930, James W. Gerard publicó la lista de los 64 hombres que en realidad gobernaban los Estados Unidos. En ella no se incluía, por cierto, al entonces Presidente Hoover, y en cambio figuraban los más potentes financieros—desde Henry Ford, Rockefeller y los Du Pont hasta Sosthenes Behn, de la I. T. & T., y Arthur V. Davis, de la *Alcoa*—, así como cinco personas vinculadas con actividades informativas: los magnates cinematográficos Harry M. Warner y Adolph Zukor y los reyes de la prensa William Randolph Hearst, Robert R. McCormick y Roy W. Howard. Hoy la lista sería distinta. Pero conforme se concentre la prensa, el poder de los principales órganos aumentará, y será más fácil su conexión con el mundo de los negocios. Hoy por hoy, la simple inserción de anuncios no sirve para orientar sistemáticamente y en todos los casos a los diarios. Es más fácil dirigir estas campañas —recuérdese la de 167 Compañías privadas contra la Tennessee Valley Authority—hacia los semanarios. La desconexión de las actividades comerciales en Nueva York explica que Gunther diga que, a pesar de vivir de la publicidad, al *New York Times* ha de considerársele "como órgano de determinados intereses en mucho menor grado que el *Daily Worker*". Pero el futuro parece—una vez pasada la actual crisis—orientarse hacia una más cerrada asociación. Porque no se puede olvidar un significativo párrafo de la obra de Raymond Cartier citada más arriba, en el que señala que hoy los judíos en Estados Unidos "poseen en exclusiva casi completa dos grandes industrias—el vestido y el cine—y tienen participación preponderante o muy importante en la radio, periódicos, todos los espectáculos, Banca, Seguros y comercio al detalle". Ni tampoco se puede dejar a un lado que los grandes capitalistas norteamericanos han financiado determinados periódicos con el fin de que efectuasen campañas de tipo político según sus particulares convicciones. Recuérdese a Henry Ford y sus pagos al *Independent*, de Dearborn.

Juan Velarde Fuertes.
Islas Filipinas, 23.
MADRID.



ARTE Y PENSAMIENTO

HISTORIA COMPARADA DE LAS LITERATURAS PORTUGUESA Y BRASILEÑA (*)

POR

JOSE OSORIO DE OLIVEIRA

Me propongo dar al lector una idea de dos Literaturas, la brasileña y la portuguesa, que, a lo que creo, sólo traducidas podrán comprender exactamente. Se puede hablar de paisajes, de ciudades, de monumentos, de la música y de las otras artes, de los usos y de las costumbres de países ignorados por los oyentes o por los lectores; de todo lo que en un pueblo es reducible a otras lenguas o mejor a un lenguaje universal. No se puede hablar de una literatura a quienes desconozcan la lengua en que está escrita. Bueno; hablar se puede hablar de todo, porque el hombre es un animal hablador (no otra cosa lo distingue de los demás seres que el don de la palabra). Por ese don de la Divinidad somos criaturas; pero hay que reconocer que sobre todo nosotros, los escritores, abusamos de la gracia de Dios. Y de Dios nos vino el castigo, que desde Babel nos aflige, de no podernos entender, y menos que nada en lo que más estrecha relación tiene con nuestra alma, que ésa es, principalmente, la parte reservada a la Literatura por el hombre en su vital necesidad de expresarse.

Incluso traducida, una Literatura queda siempre, en gran parte, inadmisible para un público extranjero, puesto que hay matices que se pierden una vez trasladadas las obras literarias a otro idioma. Eso es, ante todo, fatal en cuanto a la Poesía, que, más que la Prosa, está indisolublemente ligada al *genius idiomatico*. Y tanto la Literatura portuguesa como la brasileña son, más que nada, literaturas poéticas, específicamente líricas. ¿Cómo hacer comprender a mis lectores las bellezas más recónditas de la Lírica de los dos países de habla portuguesa si no puedo, sin riesgo de fastidiarlos inútilmente, leerles los poemas portugueses y brasileños en su idioma y si no soy yo mismo poeta para que me sea posible traducirlos?

Tengo, como veréis, perfecta noción de la dificultad de mi

(*) *Las ideas fundamentales de este trabajo fueron expuestas por el autor en un curso sobre Historia comparada de las literaturas de habla portuguesa, en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, de Madrid, en los meses de enero y febrero de 1952.*

tarea, y dudo, con toda sinceridad, del provecho que los que me lean puedan sacar de mi esfuerzo. La verdad es que escogí el camino más difícil, puesto que para hacer historia comparada de las Literaturas hay que escribir o hablar para quienes puedan, por el íntimo conocimiento de los idiomas (en este caso de uno solo, aunque con variaciones), distinguir los valores, muchas veces sutiles, que caracterizan cada una de las Literaturas enfocadas. Además, el estudio comparativo de las Literaturas portuguesa y brasileña no está hecho aún (¡como si no fueran dos Literaturas distintas y, al mismo tiempo, indisolublemente enlazadas por el origen común y, lo que es más, por mutuas influencias!). Yo mismo, aunque dedicado al estudio de las dos, he escrito la historia de una y de la otra por separado, y va a ser ésta la primera vez que intento hacer lo que debería hacerse, pero no se hace, en todas las cátedras de Literatura de las Universidades de Portugal y del Brasil, y principalmente cuando los portugueses y los brasileños van a enseñar en el extranjero su idioma, que es el mismo, y su cultura, que quizá se pueda decir que tiene dos rostros, pero que pertenece, sin duda, a una sola cabeza: la del eterno, en lo espiritual, Reino Unido de Portugal y Brasil.

¿Cómo hablar aisladamente a españoles y a hispanoamericanos del tronco europeo o de la ramificación americana de la Literatura de lengua portuguesa si es tan fuerte la conciencia que tienen unos y otros de la unidad del idioma castellano en los dos continentes? Entre portugueses, como lo he hecho algunas veces, hablando de la Literatura brasileña en Portugal, o entre brasileños, como lo hice también, hablando de la Literatura portuguesa en el Brasil, no sería necesario, o por lo menos imprescindible, reiterar lo que nos une, porque tanto los portugueses como los brasileños poseen la noción de que las dos Literaturas pertenecen al mismo árbol.

Hay, sin duda, portugueses que no comprenden el fenómeno literario brasileño, y condenan en los escritores del Brasil ciertas libertades de expresión y se recusan a aceptar la inevitable tendencia para la diferenciación lingüística. Hay, por otra parte, brasileños que, en una ya innecesaria afirmación de independencia, llaman a la lengua nacional "lengua brasileña", y consienten que los franceses, en las traducciones de sus obras, pongan *traduit du brésilien*. El portugués hablado en el Brasil no será exactamente, ni sería lógico que lo fuese, el portugués de Portugal; pero es, cuando mucho, portugués del Brasil (no idioma brasileño). No hay tampoco idioma argentino, chileno, colombiano o mejicano; lo que hay son términos o giros verbales propios de esos países, acaso nece-

sarios en literatura para la expresión de modales o características psicológicas de las respectivas poblaciones. La prueba de que no hay en toda la América Hispana otra lengua, por lo menos literaria, que el castellano está en que no habrá quien, conociendo el idioma de España, no comprenda un libro tan específicamente argentino como el *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes. Lo mismo pasará con quien conozca el portugués de Portugal al leer los *Cuentos gauchescos*, de Simões Lopes Neto, o la más regionalista de las novelas del nordeste del Brasil, incluso cuando el autor, como en el caso de *La bagacera*, de José Américo de Almeida, crea necesario añadirle un vocabulario para uso de los propios brasileños de otras regiones.

No vayan ustedes a imaginar por lo que queda dicho que hago la menor restricción al derecho que tienen los brasileños a una mayor independencia espiritual, una vez verificada esa necesidad. Mi *Historia breve de la Literatura brasileña*, aceptada por los profesores brasileños como buen guía para los estudiantes de su propio país, es, a bien decir, un ensayo sobre la evolución de esa Literatura desde su filiación lusitana hasta la conquista definitiva de un carácter nacional. Nadie fuera del Brasil, y muy pocos en ese país, habrá contribuído tanto como yo para que se reconozca la autonomía de la Literatura brasileña. Lo que no puedo aceptar, menos como portugués que como crítico de la Literatura, es que algunos brasileños piensen que su cultura puede prescindir de las raíces portuguesas, que han llevado hasta la fronda brasileña no solamente la cultura lusiada, sino la cultura peninsular, la cultura latina y la cultura europea. El espíritu no puede vivir del aire, como las lianas de la selva tropical.

El árbol de nuestra metáfora, el árbol que es la Literatura escrita en la lengua de Camões, y podría decir, sin forzar la identidad, en la lengua de Machado de Assís; ese árbol tiene sus raíces en el suelo de Portugal. Si con la colonización de la Tierra de Vera Cruz extendió su tronco hasta la otra orilla del Atlántico sin ramificarse, la verdad es que, con el desarrollo de la vida propia del Brasil y con la creación de una cultura social autóctona en el nuevo país, el tronco se divide. Ni así—y lo mismo pasa con las Literaturas de Hispanoamérica y con la Literatura yanqui—la Literatura brasileña se separa enteramente de su origen, porque es común el idioma en que se expresa y nada puede ya cambiarlo en su esencia y en su estructura.

No se puede decir con rigor que la diversificación de la Literatura brasileña corresponda a una diferenciación idiomática. El

pueblo brasileño no habla exactamente como el portugués, y la diferencia no consiste solamente en el vocabulario y en la pronunciación, sino en la sintaxis. Pero la Literatura es un fenómeno de la cultura intelectual, que depende más de las otras Literaturas que de la vida social de un país. Lo que puede acaecer es que el Brasil venga a ser en el porvenir un país bilingüe, en el que el pueblo emplee para su uso cotidiano un lenguaje distinto del que sirve a sus hombres cultivados para expresar no solamente las ideas, sino las emociones y los sentimientos, que entre las personas con un nivel superior de cultura son siempre, hasta cierto punto, el reflejo de antiguas y universales maneras de sentir. Pero ¿no serán todos los países de cierta manera bilingües, en el sentido de que nadie escribe literariamente, sea brasileño, portugués, español o francés, en una lengua igual al idioma comúnmente hablado? Y no me refiero solamente al habla del pueblo, sino al propio lenguaje doméstico de los mismos escritores.

El Brasil posee ya sus escritores clásicos, y para rechazar el pasado portugués de su Literatura tendría que rechazar también su propio y ya glorioso pasado literario. El hecho de que un país con ocho millones y medio de kilómetros cuadrados, que tiene ya más de cincuenta millones de habitantes, que sean cuales sean sus vicisitudes históricas será mañana una de las cinco o seis naciones cósmicas; el hecho, ya indestructible, de que un país como el inmenso Brasil, con tanta diversidad geográfica y tan distintas condiciones de vida, hable un solo idioma, constituye sin duda, a la par de Camões, la mayor gloria de Portugal. El mejicano Alfonso Reyes, en un curioso ensayo titulado *El Brasil en una castaña*, habló muy justamente del "caso singular de un enorme país cuya integridad parece defenderse sola por la mera cultura interior, y vuelto en ese orbe lingüístico, en esa verdadera telaraña que es el habla portuguesa, la cual a primera vista parecería tan permeable y tan vulnerable a las acometidas del orbe hispánico, que por todas partes, menos por el mar, la circunda". Al hablar así, ese hombre de Hispanoamérica ha definido mejor que nadie la originalidad de la América portuguesa, que reproduce, proyectado en el Nuevo Mundo, el caso de Portugal en la Península.

La lengua no es, sin duda, el único elemento caracterizador de una Literatura. Más importante quizá que la lengua es el espíritu, y éste, si bien es cierto que proviene en parte de la lengua, porque proviene de la educación y del medio familiar, debe mucho de su particularidad al paisaje, al clima y al estilo de vida social. Siendo el Brasil un país de los Trópicos, era inevitable que los brasileños

—incluso cuando fuesen descendientes sin mezcla de los portugueses—adquiriesen un espíritu distinto del de las gentes de Portugal, tan condicionadas a las formas europeas del vivir. He dicho "descendientes sin mezcla de los portugueses" pensando en la pureza de la ascendencia cultural, no en la pureza de la sangre, puesto que se puede ser por el espíritu y por el alma portugués puro siendo étnicamente lusohindú, como lo fué el mayor crítico literario portugués: Moniz Barreto. Negro, hijo de esclavos africanos, fué Cruz e Souza uno de los más grandes poetas brasileños y de los más fieles a la tradición de la lengua portuguesa. Mulatos o mestizos de indios fueron algunos de los mayores y más lusitanistas de los escritores del Brasil, y aun entre los hijos de emigrantes de otros países de Europa—italianos o alemanes—se encuentran no sólo auténticos brasileños, sino devotos del genio lusitano y defensores de la excelencia de la contribución portuguesa para la formación de la nación brasileña. El peligro para la unidad de la cultura lusiada viene, por lo que he podido observar en mis últimas visitas al Brasil, de los hijos de emigrantes no europeos—sirios, libaneses, eslavos, judíos orientales o japoneses—, que no tienen ligazón alguna con las raíces culturales del país en que han nacido y que serán muy buenos ciudadanos, pero no hijos espirituales.

La atracción ejercida por la cultura francesa ha contribuído a alejar a muchos escritores brasileños de la cultura que prefiero designar por cultura lusiada, por tener su máxima expresión en el cantor de *Los lusiadas,* y poder así ser reivindicada por portugueses y brasileños. Pero en ese capítulo no tenemos mucha autoridad, porque lo mismo hicimos nosotros, bien que en otro plan: volviendo las espaldas a la cultura de España, con la cual tenemos tantas afinidades, para seguir casi exclusivamente los modelos literarios y la orientación espiritual de Francia. Sin embargo, la influencia francesa, por ser la de una nación europea de las que más han contribuído para el esplendor de la cultura del Occidente, no me parece tan peligrosa como la nueva atracción que sufre hoy el Brasil, que es la de Norteamérica, con una mentalidad tan distinta de la nuestra, en la medida en que somos grecolatinos o católicos, y con un estilo de vida tan opuesto al de Europa.

Tiene el espíritu nacional, o la manera colectiva de sentir la Vida y de concebir el Mundo, tanta importancia en la creación literaria, que un poeta portugués de hoy, João de Castro Osorio, al traducir a los poetas de Portugal que han escrito en español, pudo decir que los restituía al idioma nacional, pues en su lengua habían sentido lo que expresaran en castellano. No creo que sin

abuso, quiero decir sin violentar el concepto nacional de la Literatura, sometiéndola a un criterio puramente idiomático, se pueda considerar francés un caso psicológico tan netamente suizo como el de *Amiel*, o una tan específica manifestación espiritual de la tierra de Flandes como el *Ulenspiegel*, de Charles de Coster.

Hay, sin duda, casos ejemplares de identificación con una lengua extranjera por parte de escritores que, llegando a la perfecta comunión con el espíritu de otro pueblo, no dejan de ser nacionales en sus demás obras. Es el caso de D'Annunzio, al escribir en francés *El martirio de San Sebastián*; el de Rilke, al escribir sus poemas franceses; el del portugués Fernando Pessoa, al componer poemas en inglés. Pero quizá no se encuentre otro ejemplo mejor que el del portugués don Francisco Manuel de Melo, que el maestro don Ramón Menéndez Pidal incluyó en su *Antología de prosistas españoles*, tan española en su *Historia de la guerra de Cataluña.*

Se preguntaba Unamuno, en un artículo del año 1935, titulado "Nueva vuelta a Portugal", hablando de "la dependencia cultural mutua de ambos pueblos, el castellano y el portugués": "¿Y hay clásico castellano ni más clásico ni más castizo que aquel Francisco Manuel de Melo, soldado portugués al servicio del rey Felipe IV de España y de Portugal contra los catalanes levantados en guerra? Clásico en castellano y clásico en portugués." Acrecentaba Unamuno: "Y habría que recordar a Gil Vicente, a Camões y al mismo padre Granada, O. P." Pues podría acrecentar aún el condestable don Pedro de Portugal, a quien el marqués de Santillana dirigió su famosa *Carta-proemio*, que fué el primer portugués cultor de la lengua castellana, es cierto que, como escribió, "más constreñido de la necesidad que de la voluntad"; pero que tan hispánico se sentía él, que era nieto del último conde de Urgel, que aceptó ser "rey de los catalanes".

Escribió Menéndez Pidal: "Aunque Melo era natural de Lisboa, su lenguaje es castizo y elegante castellano, modelo en la expresión feliz y acertada." Pero el hecho de que don Francisco Manuel de Melo haya nacido en Lisboa no es lo que más importa poner de relieve, porque, como dice Menéndez Pidal, y es casi verdad, "... multitud de portugueses de los siglos XV y XVI, miraban como suya propia a nuestra lengua". Sin quiebra del respeto debido a tan preclaro maestro de la historiografía literaria, debo decir que me parece una exageración el hablar de "multitud de portugueses". El bilingüismo de los siglos XV y XVI, de que don Francisco Manuel de Melo fué en el siglo XVII la última manifestación, constituyó un fenómeno cultural limitado a la flor de la so-

ciedad portuguesa de entonces. Lo determinó, por un lado, la influencia en la corte de las princesas españolas casadas con reyes portugueses cuando estaba en vigor en la Península la política de los matrimonios reales, y, por otro lado, lo que significa algo más para España: el prestigio alcanzado en toda Europa por el idioma castellano cuando el conocimiento de ésta representaba, como el conocimiento del latín y más tarde el del francés, una prueba de cultura y, más aún, una verdadera demostración de espíritu humanista.

Lo que más importa en el caso de don Francisco Manuel de Melo es que ese clásico de la lengua castellana fué al mismo tiempo no solamente uno de los más perfectos prosistas portugueses del siglo XVII, sino quizá la mayor figura literaria de Portugal en esa época y el que de cierta manera, a lo largo de los tiempos, merece llevar el título no de rey de nuestra alma, porque ése fué Camões, ni de "emperador de la lengua portuguesa", porque ése fué, como lo ha dicho Fernando Pessoa, el padre Antonio Vieira, sino, y eso es mucho, el de príncipe del espíritu, y de un espíritu que no era sólo europeo, pues tenía algo de específicamente portugués. Nadie como él después del rey don Duarte habló con tanta penetración de la Saudade, llegando a la comprensión del valor metafísico de ese sentimiento que creemos solamente nuestro. Eso quiere decir que el hecho de haber empleado la lengua castellana tan perfectamente como si fuese un español no impidió a don Francisco Manuel de Melo seguir siendo en el alma tan portugués como el más irreducible al prestigio de la lengua de Cervantes y de Quevedo, de Lope y de Calderón, y como el más desconfiado resistente lusitano a la atracción de España, país tan digno de la admiración del mundo y con tanto derecho a la particular admiración de los hombres de Portugal, más obligados que los hijos de otras partes de Europa a la comprensión del valor excepcional del genio de España.

Supongo que soy el primer escritor portugués que desde el siglo XVII, voluntariamente y no obligado por las circunstancias, viene a vivir por algún tiempo entre vosotros en su calidad misma de escritor, y a hablaros en vuestro idioma sin hacerse traducir. Decía Unamuno: "Un castellano puede recorrer Portugal hablando su lengua propia, seguro de que se le entenderá. La recíproca no es tan segura. El castellano entiende mal el portugués hablado (el escrito sí que lo entiende), debido a la fonética complicadísima." Hice una vez la experiencia de leer una conferencia en portugués a un público español, y el resultado ha sido negativo, puesto que

mientras yo hablaba los oyentes se fueron marchando. El caso me sorprendió, no porque me crea muy entretenido, sino porque tampoco tengo la costumbre de abusar de la paciencia ajena, y me pareció demasiado generalizado el aburrimiento de los que me escuchaban para que no tuviese una explicación especial. La encontré cuando supe que una de mis víctimas, o sea uno de los que se quedaron hasta el final, se había quejado de no haber oído más que *ão, ão, ão,* ese diptongo que ninguna otra lengua posee, y sin el cual no se pueden decir en portugués los dos vocablos esenciales: pan y corazón.

Habréis de perdonarme la defectuosa construcción de mis frases y la impropiedad de los términos, pensando en el esfuerzo que tengo que hacer para adaptarme al espíritu de vuestra lengua. Si cuando hablo en francés no tengo la pretensión de hacerlo como si fuese un hijo del país de Francia, ni siquiera como un afrancesado, sino solamente como un hombre que, siendo portugués, quiere ser por añadidura europeo, cuando hablo en español tengo la intención, además del propósito de hacerme comprender de los hombres de la otra nación de Iberia, de prestar un homenaje a la cultura con la cual la portuguesa tiene que dividir el honor de ser peninsular. Lo hago como hispanófilo, pero sin olvidar en absoluto la calidad de portugués, que ésa es mi condición humana en la medida en que pertenecemos a un país. En el hecho de que yo sea portugués y no quiera ser otra cosa reside el valor que pueda tener para vosotros este mi homenaje.

No quiero ser otra cosa, entiéndase, en el plan de las nacionalidades, y no porque piense que mi país vale más que otro cualquiera, sino porque la patria no se cambia, por la misma razón por la cual nadie puede cambiar de piel. En el plan de las culturas, sin embargo, desearía ser, además de hombre del mundo lusiada, tan perfecto peninsular como cualquier español, tan perfecto latino como un italiano, tan perfecto europeo como un francés, un belga o un alemán. Si he conseguido llegar a ser o no un peninsular, bien que imperfecto, ustedes lo dirán, porque ésta es la prueba definitiva de mi buena voluntad en el propósito de ser una voz sincera y desapasionada en el diálogo España-Portugal.

"NAVIDAD DE CARACAS" Y OTROS POEMAS

POR

LEOPOLDO PANERO

NAVIDAD DE CARACAS

A Manuel Felipe Rugeles.

Camino acompañado por el Avila,
fundiéndome con él en la penumbra
de su luz ladeada: de sus valles
como el silbo de un mirlo.
Voy abriendo
la ignorancia feliz de la montaña,
y el aire puro, el sorprendido roce
de la hierba y el agua.
Monte arriba,
empañado de aromas solitarios,
sueño que subo a la velada cumbre,
y hundo mi corazón en la espesura
diáfana de la noche: de esta noche,
santa, que guardo en mí, que dentro llevo,
que dentro me ilumina, aunque ande sola
mi alma en la soledad del monte oscuro,
lejos, ¿pero estoy lejos?, de los míos.

Las alas, los afectos de la vida,
la dulce libertad del alma toda,
llevan mi ser, como en süave vuelo,
como el olor de la retama el humo
de la hoguera, lo mismo que la música
del tendido pinar, en torno al recio
cinturón de montañas que rodea
esta noche a Caracas: esta noche
mandataria de Dios, allá nevada
entre yertas encinas, y aquí tibia,
sumida en la pisada, verdiárea,
límpidamente santa: rumorosa

de muchas navidades con las puertas
abiertas al sigilo de los Andes.

¡Rumorosa y silente, al mismo tiempo,
de muchas navidades que congregan
gentes de todo el mundo, con cantares
de todo el mundo, al pie de los pesebres
alucinados, respirados, tibios:
cálidos como el hueco que la oveja
deja de madrugada en el rastrojo!

Son gentes que han venido, que han doblado
la vida en dos, definitivamente,
como un papel sagrado que se guarda
en el bolsillo mucho tiempo, junto
al íntimo calor, pegado al suave
muro del corazón, y que, al sacarlo
un día de repente, ya está roto.

Tienen la fe del Avila en el Avila.
Dan el pecho a la vida como pueden
y buscan el cobijo de este monte
coronado de ráfagas de árboles,
por donde el agua virgen rumorea
el diálogo perpetuo con la sombra.
Ellos, fundidos a la nueva patria,
reunidos a las grietas de los Andes,
agarrados de ellas como ovejas
tenaces, reünidos a los pozos,
mezclados a los surcos recién hechos,
levantarán, Manuel Felipe, un día,
la tierra en esperanza que tú sueñas:
la tierra de Bolívar toda junta.

Pero esta noche nacedora y virgen,
al compás de su pecho, están cantando
comarcas invisibles de la tierra:
invisibles comarcas, lagos, pueblos
con abetos mojados o con ricos
olivos nobleañosos; y convocan
desde su corazón sitios y fechas
ahogados hace mucho.
Si te fijas,

llevan una medalla de impalpable
metal, que está royéndoles el pecho,
gastándoles la piel del alma viva,
fundiéndose con ellos desde niños,
igual que esas raíces que se meten
debajo de las tapias de los huertos.

Al volver la mirada a todas partes,
dentro del corazón: en la palabra,
en el vuelo interior de la palabra
que lleva a todas partes, pienso en ellos;
y en esta noche de bonanza fuerte
que sacude la tierra silenciosa
igual que una oleada subterránea,
pienso en su corazón absuelto en risa
por encima del Avila y del mundo.
... Sueño que subo a ver, que trepo el río
hasta la luz del manantial, que asciendo
llevado por mi anhelo, en esta noche.

La ciudad a mis plantas se derrama
como la muerta lumbre de una hoguera
movida por un viento no visible:
el ruido y el silencio son iguales
desde arriba, en el vaho de las cumbres.
Los hogares ascienden y descienden
por las frescas laderas que entrelazan
la callada ciudad.
Se oye un riachuelo,
que puede ser el Guaire o el de alguna
remota aldea de movidos álamos,
casi en León: el corazón no sabe.
No sabe, y yo estoy libre sobre el Avila,
presenciando el misterio sin techumbres
en esta santa noche de unión íntima.

Entre esa masa humana que se acuna
a sí misma cantando, tengo amigos
de aquí y de allá, y el monte les abraza,
les acuna también con son silente:
con apagada música de estrellas.

...Faustina, mi sirvienta de otros días,
con su risa leal, y que no sabe
que yo la estoy mirando, acompañándola,
oyéndola reír, porque era buena,
y la bondad es fiel y no se extingue.
Luego Justino con sus hijos juntos,
también al pie del Avila, recrece
(lección de surco arado es todo hombre)
su vivir en América.
Y Sotillo,
y Cedillo, poblando sus hogares
de intimidad radiante, y Duno, y Mario,
y Manolo Valdés, y Héctor Guillermo,
y Luis y Rosselló, bajo la indómita
majestad de estos picos celestiales,
sonríen sus palabras, sueñan, cantan.

A todos se les oye cómo cantan,
cómo acunan un niño, cómo cantan,
cómo cantan, Dios mío, cómo cantan,
al pie de esta montaña donde sólo
se escucha el resonar del agua rota
y el unido sigilo de los árboles.

Lección de surco arado es todo hombre:
Aparicio, Rossón, Gervasi y Lira,
y todos hacia adentro de ellos cantan,
pegados al botón de sus raíces,
como la alondra con su nido en tierra
esconde en el trigal su fiebre pura.

Y todos hacia adentro de ellos mismos,
cual túneles abiertos por la vida,
unidamente cantan, lloran, cantan,
sus cárceles deslíen mientras cantan,
y acompañado el corazón se siente
de aladas magnitudes, y mecido
por la sustancia universal que ríe
desde abajo hacia arriba, en esta noche
que es un vaso de agua aquí en la cumbre,
que es un niño cogido de la mano,
que es una misma voz, Manuel Felipe,

para todos los hombres.
Para todos
también es la palabra cuando canta
de verdad en el pecho, y les reúne,
a todos les reúne, les congrega,
como junta Caracas a las gentes
que vienen hacia ella desde el último
rincón de la pobreza, convirtiéndolas
en moradoras de una fe.
... Por eso,
fundada sobre huesos españoles,
gloriosamente abierta por Bolívar,
pero hecha sobre todo por el canto
de sus generaciones, día a día,
Caracas es su propio nacimiento,
su propia navidad, y desde el Avila,
como infantil pesebre de los Andes,
se la ve reflejada hacia el futuro
y acunada por él.
Allá en el fondo
de la extasiada cuenca montañosa,
bullidora en silencio desde arriba,
parpadeante, nítida, se tiende,
entre el gris y el verdor de los ribazos,
la respirada cuna.
¡Y cómo cantan,
cómo cantan en ella, sobre ella,
en esta noche nacedora y virgen,
los árboles del Avila, los árboles
resbalados del Avila, las cimas!

Como un sollozo despeñado, el Guaire
cae en mi corazón, y su agua sorda
arrastra mocedades de los siglos,
noticias de mil pájaros, y briznas
de tanta levedad como la mano
de un niño, o como el beso en duermevela
que su madre le da sobre la frente
al mirarle en la cuna.
En esta noche,
paseando el corazón, lavando el alma
sobre la faz del Avila desnudo,

Manuel Felipe, con mi hogar a cuestas,
me acogiste en el tuyo, como se abre
simplemente una mano; y vi tu infancia,
continuada en la niñez de otro,
reída, como un eco propagado
por cima de los montes, en la brisa
que roza las estrellas de las cumbres.

Medularmente viva, la madera
de nuestra dulce siempre primer cuna
ahora está en nuestros huesos, la llevamos,
chirría por las noches a menudo,
asoma a nuestros párpados de leche,
nos mece en soledad.
Como tú sabes,
como tú sabes bien, Manuel Felipe,
niñez continuada es sólo el hombre.
Todos los niños juntos de la tierra
un solo corazón forman ahora,
y cantan, se les oye, escucha, escucha.
Pueden más que los Andes: son más fuertes.

También mi corazón está cantando
como un niño perdido que se asoma
al umbral de una puerta espejeante,
de una infinita puerta espejeante,
de un infinito hogar espejeante
que pone en relación todas las cosas
y que ata dulcemente las distancias
igual que las campanas de los pueblos.

Ahora estará rozando espesamente
la nieve, el sobrehaz de la llanura,
contra adobe y adobe, surco y surco;
y también desde el Avila contemplo,
en pura vecindad con las estrellas,
las oscuras murallas invadidas,
y el humo de la hiedra entre unas tapias
que yo recuerdo bien. Parece casi
que voy a entrar allí, diciendo nombres
que yo recuerdo bien.
Manuel Felipe,

lo mismo que esas cosas de que hablo
por encima del Avila, y de otras
que imploran aún mudez y no palabra
dentro del corazón, césped reciente;
lo mismo, digo: en la unidad del beso,
en el húmedo sitio de la risa,
en el panal del tiempo, en el que junta
tristeza y alegría en una nota,
en una sola vibración viviente,
en un aroma indisoluble de alas
y de fechas oídas en los árboles;
lo mismo—te repito—que la música
de la indeleble hiedra cuando suena,
irá conmigo el Avila.
Conmigo,
lo llevaré conmigo confundiéndose,
fundiéndose a mis manos, de igual modo
que yo por sus caminos respiraba
el olor de las hojas, el susurro
del Guaire virginal, y el aleteo
de las piedras debajo de las aguas.

Sin esconder rincones, entregando
las sílabas veloces de la risa,
y el sordo, sordo llanto, en una sola,
en una vera navidad creyente,
la palabra del hombre es todo el hombre
y canta a puerta abierta cuando canta,
cuando sigue a los pájaros.
Conmigo,
lo llevaré conmigo en nacimiento
perpetuo de hermandad, donde el que debe
florece sus entrañas, y en fe viva,
en navidad perenne de fe viva,
se acompaña del mundo y no está solo.

NOCHEBUENA DEL AVILA

Con la sonrisa en la almohada
ellos estarán soñándome,
y yo soñando con ellos

en este Hotel de los Andes.
Los tres estarán ahora,
ilusos de navidades,
con la cabeza en la almohada
dormidos junto a su madre,
y al compás que hacen sus pechos
se entibia también mi sangre.
Juan Luis, Leopoldo María,
y José Moisés, y el aire
que ronda tras las ventanas
hará gemir los cristales,
por dentro turbios de vaho
y por fuera goteantes,
que oigo yo y ellos no oyen,
que yo sé y ellos no saben.

Con la mejilla en la almohada,
hundidos en tibio cauce,
metidos en su corriente
de agua, sobrenaturales,
me están dando aquí calor,
dando calor a mi carne
en este hogar viajero
de mi nochebuena errante.
Me están dando aquí penumbra
de amor, de casi besarles,
en el hueco de la almohada
donde mi noche se abre.
Frente a mí el Avila tiende
sus cumbres, bosques y valles,
que yo llevaré algún día
hechos visión entrañable
para ellos tres: para ellos
y que sus manos los palpen.
Les regalaré los picos
con niebla, y pondré a su alcance
las casitas de los cerros
y el sonido de los árboles.
Haremos un nacimiento
con el Avila, soñándole,
igual que yo sueño ahora
y escucho el soñar del Guaire.

¡Cuán limpias se oyen sus aguas,
que también van de viaje
como yo, rodando libres
bajo las estrellas, dándome
misteriosa compañía,
como de verso que nace!

¡Con la mejilla en la almohada,
cómo rueda, cómo late
mi corazón en silencio
y mi mano cómo arde!
Desde lejos esta noche
os sueña así vuestro padre,
Juan Luis, Leopoldo María,
y José Moisés (guardianes
de mi niñez en la tierra,
y a Dios, por niños, iguales),
en esta canción de cuna
que Él me pide que hoy le cante.

PALABRAS EN ACCIÓN DE GRACIAS

A Pedro Rosselló,
mi compañero de casi muerte.

Señor, yo te debía
esta canción bañada
de gratitud... Pudiste
—Tú siempre puedes, siempre—,
llevarme en una ráfaga
como se arranca un árbol
para quemarlo aun verde,
aun anhelante, aun húmedo
de tierra en las raíces.
No quisiste arrancarme.
Mas acaso quisiste
decirme, en amenaza
casi de profecía,
que siempre puedes, siempre,
llamar a tu presencia
repentina: talarme,

cortarme, hendirme ¿y dónde
levantarme de nuevo
para siempre? Tu aviso
de ceniza en mi carne,
dentro, Señor, me quema,
dentro, Señor. ¿Me escuchas?
Sé que me escuchas. Toma
mis palabras, y fuérzame
a cumplir la inocencia
que ahora mismo, cantando,
las abrasa y las une
en música y lenguaje
de gratitud eterna,
viviente, rediviva,
casi desde la muerte
rompiendo, casi húmedas
de tierra en las raíces.
Son tuyas, Señor: tómalas.

A LOS TRECE AÑOS

Para Isabel de Azcárate.

A los trece años
se llevan los ojos
bañados de risa,
la trenza en el hombro.
Fundidos al alma,
como agua de pozo,
pensativamente,
como el agua, locos,
los ojos que hoy tienes
mirarás en otros,
y verás en ellos
la vida hasta el fondo.
¡La luz de la vida!:
la luz con el poso
de la primavera
que va hacia el otoño,
con sus tallos verdes,
con su mies de oro.

Isabel de Azcárate:
¡la esperanza es todo!
A los trece años
se nace de pronto,
milagrosamente,
de nuevo a lo atónito:
al agua y la música
de un cielo recóndito;
al pálido anhelo,
y a estar ya más solos
con el pensamiento,
más dulces y hondos
con el pensamiento,
cual trémulo chopo
que busca en el agua
sendero y apoyo
por las tardes lentas
de abril rumoroso,
cuando el viento mueve
distancias de gozo
y juncos del río
con su largo soplo.

A la luz del Avila,
que es la luz que tomo
ahora en mis pupilas
como el vaso al chorro,
te miro y te veo
transida de asombro,
aún niña por dentro,
aún niña y arroyo,
con agua que ríe,
que salta en mil hoyos,
que cae de la cumbre
sonando hacia otro
lugar, no sé adónde;
no lo sé tampoco.
Andando la vida,
lo que luego somos,
primero lo fuimos
vestidos de corto:
guardada inocencia

que duerme en nosotros
cual tuétano amargo,
cual limpio depósito.
Isabel de Azcárate:
la esperanza es poco
a poco, en la vida,
su único tesoro.
A los trece años,
la luz en el rostro,
la espuma en las manos,
¡los ojos, los ojos!...

COMO NINGUNA COSA

Felicidad: tu nombre me acompaña
como ninguna cosa. En esta vida
el que no aprende a amar de sí se olvida,
y a sí propio se ignora hasta la entraña.

No se conoce bien quien no se baña
dentro de otra mirada: en ella hundida
el alma, como cárcel desleída,
como luz asomada de montaña.

Felicidad, Felicidad: ahora,
desde lejos de ti, qué en ti me veo,
cuánto en tu corazón descanso y ando;

tu nombre me acompaña, se me dora
tu cabeza en mi pecho, y casi creo
que no es sombra tu sombra, ¡oh nido blando!

COMPLETA JUVENTUD

Quiero una nueva juventud ahora,
una serena juventud radiante,
vivida no al minuto, no al instante,
sino andada, y paseada, y que se dora

(lejos ya para siempre de la aurora)
como el sol al caer en la distante
montaña: acompañando al caminante
con inmensa visión renunciadora.

Quiero una nueva juventud te digo
—la verdadera juventud acaso,
la que el alma hacia Dios rejuvenece—,

Felicidad, para volver contigo
a ser joven completo, paso a paso,
en la honda primavera que florece.

VISIÓN DE ASTORGA

Para morir despacio, desleído
el corazón, tras la tenaz batalla,
en el descanso entero que se halla,
después, Felicidad, de haber vivido;

para morir despacio, vuelto al nido
lejanamente fiel, y a la muralla
que entibia el sol de invierno y que detalla
el ramaje del campo aterecido;

para morir contigo cada día,
Felicidad, te quiero. ¡Oh insondable
pasión de la vejez en largo sueño!

Desligados del mundo en lejanía,
tus ojos en mis ojos, que nos hable
la palabra a los dos del solo dueño.

Leopoldo Panero.
Ibiza, 35.
MADRID.

BREVE CONSIDERACION SOBRE LOS METODOS ESTILISTICOS DE SPITZER

POR

ALFREDO SCHIAFFINI

Entre la reciente actividad filológica del profesor de la Universidad de Roma Alfredo Schiaffini se cuentan dos libros que presentan interés desde el punto de vista del estudio y sistematización de la Estilística, esta nueva ciencia en que confluyen la literatura y la lingüística para formar una tercera entidad, cuyos límites, cometidos y fines se hallan hoy en debatida discusión. El primero se titula Momenti di Storia della lingua italiana *(Editrice Studium, Roma, 1953), colección de estudios entre los que se encuentra el titulado* La stilistica letteraria, *que es una exposición metódicamente ordenada de esta materia. El segundo libro a que me refiero es la traducción de una colección de estudios de Leo Spitzer:* Critica Stilistica e Storia del linguaggio *(Laterza, Bari, 1954), cuya publicación cuidó Schiaffini, y para la cual escribió un notable prólogo como presentación del libro. Los trabajos seleccionados están divididos en dos series: una referente a la crítica estilística y otra a la historia del lenguaje. Contiene la parte primera los siguientes:* Stilistica e linguistica, L'interpretazione linguistica delle opere letterarie, Linguistica e storia letteraria, L'arte della "transizione" in La Fontaine, Il "récit de Théramène", L'"explication de texte" applicata a Voltaire. *Y la segunda:* Semantica storica *y* Storia della parola "razza".

Como dije, esta atinada selección va precedida de un prólogo, en que Schiaffini traza en pocas páginas una visión de la personalidad y métodos de estudios de Leo Spitzer. Nacido en Viena en 1887, discípulo de Meyer-Lübke, Spitzer fué profesor desde 1925 en las Universidades de Hamburgo y de Colonia hasta 1933, de donde pasó, a causa de los acontecimientos políticos de aque-

llos años, a la de Estambul; explica desde 1936 Filología románica en la Universidad Johns Hopkins, de Baltimore. Su actividad ha sido muy intensa en obras y artículos, y ha tratado a menudo de nuestras lengua y literatura según el método de sus consideraciones. Las páginas de Schiaffini son un buen resumen, realizado con un claro sentido pedagógico, de los principios que animan los trabajos estilísticos de tan infatigable investigador. Cuando la labor de un estudioso es tan dilatada y varia como la de Spitzer, son convenientes estos esbozos, naturalmente incompletos, sobre todo para información de los que, sintiendo curiosidad por este dominio impreciso de la Estilística, quieran encontrar en pocas páginas las líneas esenciales de uno de sus más asiduos y originales cultivadores. Por eso me animé a traducir esta presentación, que doy aquí sin las eruditas notas que justifican cada una de las citas que se hacen en el curso de estas páginas y que el lector curioso puede hallar en el libro original. Va, pues, el texto solo y sin interrupciones, si bien se entrecomillan estos trozos de las citas, todos los cuales, cualquiera que sea la lengua en que aparecen en el original, se ofrecen aquí vertidos al español.

La Estilística (nueva ciencia en curso de formación durante los últimos decenios, sin relación ni con la anticuada Estilística de carácter retóricohumanístico ni tampoco con las enseñanzas normativas que constituían la tercera sección de la Retórica clásica) nació cuando el lingüista Charles Bally, en contraste con el intelectualismo que dominaba la obra de su maestro Ferdinand de Saussure, abrió el dominio lingüístico de la expresión afectiva a la rigurosa investigación sistemática.

Saussure había señalado a fondo la distinción entre *lengua*, considerada como lengua común, hecho social, sistema lingüístico, y *habla* en el sentido de uso individual de la lengua; había distinguido precisamente entre "el tesoro de signos y de relaciones entre estos signos, en tanto que todos los individuos les atribuyen unos mismos valores" y "el uso de tales signos y de tales relaciones para la expresión del pensamiento individual", si bien había insistido en el primero de los aspectos, el común y social, del sistema.

Y Bally indicó como objeto de la nueva disciplina (a la que dió el viejo e inadecuado nombre de "Estilística") el estudio de la *lengua*, de la "lengua que es de todo el mundo" (de todas las gentes), pero que también "refleja no las ideas puras, sino las emociones, los sentimientos, las voluntades, los impulsos"; estudió, en conclusión, "la lengua "de todo el mundo" como medio de expresión y de acción". Excluía, de este modo, el examen del *habla*, del estilo individual, del carácter personal de la lengua literaria, puesto de manifiesto en la obra poética; y el aspecto intelectual o normal del lenguaje, el que sirve sencillamente para la comunicación, lo dejaba como dominio de la Gramática. Bally formuló su teoría en el estudio *Précis de Stylistique française* (1905), y sobre todo en el *Traité de Stylistique française* (1909); junto a ambos conviene recordar el vasto ensayo de tanto empeño, titulado *Stylistique et linguistique générale* (1912).

El estilo individual, y de modo señalado el de los escritores, se estudia en la Estilística llamada en conjunto literaria (acaso sería mejor denominarla "estética"), integrada (a veces con un sentido polémico de oposición o superación) en la Estilística lingüística o Estilística sin estilo de Bally. Tal Estilística literaria tuvo como creador y maestro a Karl Vossler, quien había derivado de la *Estetica* (1902), de Benedetto Croce, con los adecuados corolarios, la identificación de la teoría del lenguaje con la teoría de la poesía y del arte.

Ya en la *Scienza Nuova* (1725), de Giambattista Vico, obra durante tanto tiempo incomprendida, se leía una exhortación sobre la conveniencia de buscar "los verdaderos orígenes de las lenguas" en "los principios de la poesía". Si el lenguaje, por tanto, en su esencia genuina es creación poética—fantástica e individual—, y la propia naturaleza del lenguaje no la altera ni la perturba, la expresión y la conversación cotidianas no se caracterizarán sólo por la afectividad (que sería como un fermento del lenguaje, "una especie de picante o de perfume"), sino que dejarán ver "cómo siempre, en su curso vivaz, se innovan y se inventan las palabras con la actividad de la imaginación y florece una poesía de los más variados tonos, severa y sublime, tierna, graciosa y sonriente". No obstante, los lingüistas y críticos de la escuela de Croce se han visto en el inevitable trance de examinar sobre todo obras aisladas de poesía, precisamente aquellas en las que "el proceso de creación lingüística" se manifiesta en su forma más genuina. De ahí proceden los copiosos y meritorios análisis estéticos del lenguaje de los poetas y de otros escritores, debidos, sobre todo al principio, a

filólogos alemanes, desde Vossler hasta sus discípulos. Ellos, insistiendo siempre, y cuanto más mejor, como afirmaba Croce, en los ejemplos que iluminan una cuestión, venían a demostrar que, no siendo poesía y lenguaje dos hechos diferentes, sino uno solo, "el estudio de la poesía no puede hacerse si se prescinde del lenguaje del poeta, que de modo expreso o sobrentendido está siempre presente; ni tampoco puede dejarse de lado la poesía en el estudio del lenguaje; ni menos se puede separar el estudio de la poesía en dos partes, una de orden general y otra particular, referente la una al motivo lírico de la poesía y la otra al lenguaje que le da expresión concreta, o en otra dualidad semejante. Cualquier referencia que se haga o se haya hecho a la poesía atañe también a su lenguaje; no puede el lenguaje hallarse junto "con" la poesía, sino que él es poesía, de la cual no puede separarse, como tampoco ésta puede añadirse a él". De este modo no hay diferencia entre el análisis lingüístico y el literario, entre Estilística y Crítica. Dámaso Alonso (por citar entre todos un insigne investigador del estilo) enuncia de esta manera tal declaración de principios: "Estilo es todo lo que individualiza a un ente literario: a una obra, a una época, a una literatura." El estilo es el único objeto de la investigación científica de lo literario. El estilo es la única realidad literia. El "estilo" es la "obra" literaria... Por eso hemos llegado a esta conclusión: "La Estilística es la única posible ciencia de la Literatura."

Croce, por su parte, recomendó de una manera insistente, tenaz y apasionada, vivir y pensar la obra de arte en su unidad de expresión (o de forma, en el sentido que le da De Sanctis; o de estilo, en el de Vossler), mediante una continua traducción en "valores de sentimiento y de fantasía"; y considerar en los casos concretos las modalidades estilísticas aisladas del conjunto, y realzadas con el fin de ganar en precisión o para poder ilustrar la cuestión con ejemplos. Las respectivas proporciones, en fin, que se hayan de señalar "a la consideración del motivo lírico y a la de la expresión de cada caso en la exposición destinada a la enseñanza y en la polémica varían según las ocasiones y las cuestiones que traten de resolverse, y no pueden ser determinadas mediante normas generales, sino que han de confiarse al sentido del acierto, discreción, buen gusto y agudeza del crítico".

* * *

Estas páginas no son adecuadas para trazar el desarrollo, crecimiento e incluso renovación, por otra parte bien conocidos, del pensamiento de Vossler, desde los dos libritos: *Positivismus und idealismus in der Sprachwissenschaft* (1904) y *Sprache als Schöpfung und Entwicklung* (1905), hasta la obra de investigación histórica, una historia de la lengua francesa: *Frankreichs Kultur im Spiegel seiner Sprachentwicklung* (1913) (1), y hasta las dos colecciones de trabajos, tituladas *Gesammelte Aufsätze zur Sprachphilosophie* (1923) y *Geist und Kultur in der Sprache* (1925). Es bien conocida la fuerte atracción ejercida por la actividad de Vossler sobre los lingüistas y los filólogos alemanes y no alemanes, de manera que ha podido hablarse de una escuela estilística de Munich (la ciudad en que Vossler enseñaba) y de las escuelas de Zurich, España y América. Algunos, como nosotros, se han acercado a la lingüística y a la crítica de Croce no directamente, sino por medio de la gran difusión de sus ideas realizada por Vossler. Italia tiene un combativo grupo de investigadores del estilo, inspirados sobre todo por Croce o bien bajo el influjo de Bally, pero sin que ninguno deje de sentir el efecto del pensamiento de Vossler o del más eminente entre los cultivadores actuales de la estilística literaria: Leo Spitzer.

Es conveniente, pues, que se precise ahora el lugar que ocupa Spitzer en relación con sus predecesores. Los historiadores de la lingüística, de la estilística en particular, suelen estar de acuerdo al establecer (como yo hice) no una sucesión o continuidad histórica, temporal y sucesiva, sino más bien una filiación Croce-Vossler-Spitzer. Pero en una amabilísima carta de 9 de junio de 1953, a propósito de mi ensayo sobre *La stilistica letteraria*, Spitzer me escribía: "Es curioso señalar cuánta lógica hay en la filiación Croce-Vossler-Spitzer. Lógica histórica; ésta, innegable. Pero, con todo, ¿podría usted creer que la filiación, en un cierto sentido, no fué ésta, al menos en lo que yo he podido apreciar? En 1911, cuando escribía sobre los neologismos de Rabelais, no sabía nada de Vossler y aún menos de Croce; cuando yo era discípulo de Meyer-Lübke, Vossler era el autor de algunos trabajos sobre los trovadores y sobre el *dolce stil nuovo*, pero no se citaba el *Positivismo e idealismo*, y pensar en estos términos hubiese sido una herejía. No conozco a mis *verdaderos* padres espirituales, aquellos que hayan influído sobre mí al buscar las raíces de los neologismos en el alma de Rabelais. Naturalmente que más tarde he conocido y usado ca-

(1) Hay una segunda edición del año 1929, con el título más breve de *Frankreichs Kultur und Sprache*, traducida al italiano y al francés.

tegorías procedentes de Vossler y de Croce (y, en efecto, la distinción entre el estudio que denomina *Stilsprachen* (2) y el que llama *Sprachstile* (3) es de Vossler); pero me aparté de los dos maestros en un cierto punto: no admito el origen *estético* de todas las evoluciones generales de la lengua, y creo que hay algo de bueno en la definición de Schleiermacher (lógica + música, con tal que se amplíe el concepto de música). No he podido pensar nunca que las categorías gramaticales no fuesen de origen lógico, y en este sentido me animan los trabajos de la señorita Hatcher, que usted conoce. Es tan sólo mi gusto o mis preferencias personales lo que me guía hacia los fenómenos estéticos (ya en los escritores o ya en la lengua común). Croce fué muy generoso conmigo; y generosísimo su pensamiento de la hierbecilla plantada por él "crecida por obra de los cultivadores..."; generoso porque no era propio de su índole de gran filósofo el bajar a los pormenores y extraer de ellas una esencia. ¡El la intuía por sí mismo!... Pero, naturalmente, estoy de acuerdo con Croce cuando polemiza con los que dividen "el significado, del significante; la forma, del contenido; la intuición, de la expresión", y enuncié ideas semejantes en el artículo sobre los métodos "existencialistas" de Georges Poulet" (4).

De cualquier modo que sea, Spitzer se encontró trabajando (y así ha seguido) en la línea de Croce y de Vossler. Y a través de reflexiones y de un cúmulo de experiencias varias (incluso alguna freudiana) con acuerdos y desacuerdos, de una manera inconsciente o voluntaria, acabó Spitzer por apropiarse y enriquecer la teoría de los dos maestros, y halló además la manera de demostrar esta teoría en una serie de estudios consagrados a la forma lingüística de la obra literaria.

* * *

En un ensayo acerca de esta cuestión: *Wortkunst und Sprachwissenschaft*, al repasar sus trabajos, desde aquel sobre Rabelais (1911) hasta los otros confluyentes en las dos modalidades de sus *Stilstudien* (1928), Spitzer describe su propio camino, que es el del lingüista que persigue el aspecto individual, creador, poético de la lengua, en el momento estilístico. Entre la disertación sobre Rabe-

---

(2) Literalmente, estilo de la lengua, referente a las palabras y expresiones aisladas en su historia estilística a través de su uso en escritores sucesivos.
(3) Lengua de estilo, o sea el estudio de escritores aislados, y la huella que dejan en el conjunto de una lengua perteneciente a un determinado tiempo.
(4) L. Spitzer: *A propos de la "Vie de Marianne" (Lettre à M. Georges Poulet)*, en *The Romanic Review*, XLIV, 1953, págs. 102 y sigs.

lais y los *Stilstudien* se sitúan los fundamentales *Aufsätze zur romanischen Syntax und Stilistik* (1918). La actividad que representan los *Stilstudien* está integrada en los *Romanische Stil- und Literaturstudien* (1931), que terminan una época y abren otra nueva, en la cual las vicisitudes políticas y personales ensanchan el ya vasto horizonte de Spitzer y hacen más profundo y sensible su carácter humano, de hombre y de maestro. Como lemas de su investigación estilística, Spitzer podía ostentar estas dos sentencias latinas: *individuum non est ineffabile* (esto es, el estilo lingüístico individual puede ser objeto de descripción, precisamente a través de métodos lingüísticos) y *oratio vultus animi* (que vale como decir que el estilo lingüístico es la expresión biológicamente necesaria del alma individual). No menos claro que estos lemas era el postulado sobre el cual se basaba todo su trabajo, en el que (son palabras del mismo Spitzer) quedaba "prácticamente aplicado el pensamiento de Vossler", si bien con una pericia, rigor y doctrina excepcionales: "A una emoción que nos aparte de nuestro estado de ánimo normal corresponde en el lenguaje una desviación en nuestra habitual manera de expresarnos; y, al revés, de una modalidad lingüística que se aparte del uso normal se deduce un estado síquico desacostumbrado; en suma: una peculiar expresión lingüística refleja cierta peculiar condición del espíritu... Hay toda una serie gradual de cambios lingüísticos, psicológicamente condicionados, desde las más pequeñas alteraciones, apenas perceptibles, del acento y de la pronunciación, hasta la creación de una nueva forma, de un neologismo... Nuestros sentimientos hacen germinar y florecer la forma del lenguaje, como la linfa vital llena de yemas y de flores los árboles en la primavera. Para llegar a este jugo activo y germinador del espíritu es preciso observar las yemas y las flores lingüísticas. En ellas podremos descubrir una sustancia espiritual." La lectura resulta esencial para el método de semejante análisis lingüístico, y sobre esto ha insistido Spitzer más de una vez: "Intento establecer el estilo lingüístico de un escritor valiéndome tan sólo de la lectura de su obra, y las leyes del estilo las busco solamente en el escritor mismo. La lectura, una honda lectura, es, por así decirlo, mi único instrumento de trabajo." Y añade: "El medio más seguro para llegar a los centros emotivos de los escritores y de los poetas (no olvidemos que ellos, antes de escribir, *hablan* interiormente) es el de leer y releer sus textos con una vigilante atención hacia las peculiaridades de su lenguaje que más nos sorprendan. Si se reúnen algunas de estas observaciones lingüísticas, resultará posible, ciertamente, reducirlas a un común de-

nominador y establecer con ellas entonces las relaciones con el estado de ánimo del autor estudiado. Además, se podrán situar en una conveniente relación con la estructura de la obra, con su proceso de elaboración y, por fin, con la visión del mundo que la obra posee por sí misma." Insistiendo en este último punto de su programa, y concluyendo con ello, Spitzer escribía: "El modo de enfrentarme con los textos literarios podría quedar sintetizado en el lema *Wort und Werk*, "palabra y obra". Las observaciones establecidas sobre la palabra son susceptibles de extenderse a la obra entera; se deduce de ello que entre la expresión verbal y la obra en su conjunto debe existir en el ánimo del escritor una armonía preestablecida, una misteriosa correspondencia entre la voluntad creadora y la forma verbal. La técnica de nuestra investigación reposa en este axioma."

Pero poco después (véanse los *Romanische Stil- und Literaturstudien)*, los estudios de carácter lingüístico han cedido el paso a la crítica literaria, donde son siempre más explícitamente observados los medios y los fines. Así, tendiendo el puente de la Estilística, Leo Spitzer acabará por acercar la Lingüística a la Historia literaria hasta reducirlas a la unidad; las dos disciplinas tienen sustancialmente idénticos métodos y grado de certeza, y ambas atraviesan hoy la misma crisis, que, por lo demás, es la de todas las ciencias humanísticas o del espíritu.

Las soluciones últimas a que Spitzer ha llegado a través de años de desvelada reflexión sobre los problemas de la lingüística y de la crítica literaria son tramos coherentes en grado máximo, y se hallan formuladas con claridad y de manera definitiva en las páginas teóricas, y en parte autobiográficas, que sirven de introducción a los *Essays in Stylistics,* que tienen el título general de *Linguistics and Literary History* (1948).

En la aplicación de su técnica, Spitzer (5) se diferencia de Bally por dirigir sus preferencias hacia el "gran hombre de letras" más bien que hacia el hombre que hable sencillamente para entenderse con los demás; pero, separándose de lo que habitualmente sostienen otros investigadores, no caracteriza el estilo literario desde el único punto de vista de la lengua. En realidad, "la lengua es tan sólo una cristalización externa de la forma interior", y lo que muestra el estudio de la lengua ha de quedar confirmado por el estudio de la literatura, pues "si queremos usar otra metáfora, la sangre vital de la creación poética circula idéntica por todas

(5) Como observará el lector, en esta exposición será inevitable, si bien no inútil, repetirse.

partes", ya nos refiramos a la lengua, al estilo, a la idea o contenido, al argumento o a la composición.

Naturalmente que Spitzer, lingüista, se inclina por el estilo, cuyo examen constituye su *hortus deliciarum*. Sabe que "cuanto existe de trillado y de fósil en la lengua nunca basta para las necesidades expresivas de una personalidad original", y que, en consecuencia, "aquel que haya pensado intensamente e intensamente haya sentido, ha innovado en su lengua", y ha determinado, por decirlo de algún modo, una desviación estilística individual respecto de la norma común. Y en la desviación (o conjunto de ellas), que constituye en suma los rasgos de más acusada personalidad (constantes y no casuales), se encuentra el estilo y, en consecuencia, el objeto del estudio de Spitzer. Pero cualquiera que sea el punto de partida, y sentando bien claro y repitiendo que todos los aspectos particulares (ideas, argumentos, composiciones) tienen el mismo valor, lo que importa y lo que concierne al lingüista, no menos que al crítico, es remontarse al *étimo* (origen último) espiritual, al común denominador, a la raíz psicológica, al centro vital que está detrás de todas las particularidades llamadas literarias y estilísticas.

Al *étimo* no se consigue llegar en un segundo tiempo o segundo período de la investigación, que siga a la observación de los casos particulares. El espíritu recoge y liga a la vez, con rápido impulso, el sentido general e íntimo de la obra entera con el significado particular, que no es sino un reflejo de la totalidad. Y por ello, más que de un procedimiento inductivo, convendría hablar, y el mismo Spitzer así lo prefiere, de intuición o de adivinación. Y una tal intuición de la verdad o descubrimiento es, si cabe así decirlo, el don o la gracia con que el talento (no desprovisto de imaginación) recompensa la experiencia y la fe, y sólo ilumina al investigador que se encuentre después en condiciones de demostrar la intuída o descubierta verdad. Bien que se trate, en efecto, de una capacidad de demostrar lo que no puede "ser entendido matemáticamente", pero que puede deducirse de aquel "sentido íntimo de la evidencia", que es, además, "el fruto de la observación combinada con la experiencia, de la precisión ayudada por la imaginación". De la misma manera tampoco cabe demostrar de un modo matemático la "verdad" establecida por vez primera por F. Díez, básica para los romanistas, de que las lenguas románicas forman una unidad que se remonta al llamado latín vulgar, un tipo inasible pero fundamental, puesto de manifiesto en el origen de todas las dichas lenguas.

Lo que verdaderamente constituye el segundo tiempo o parte segunda de la investigación consiste en confirmar por el procedimiento de la deducción los datos ya adquiridos, inducidos o, mejor aún, intuídos; se trata de confirmar que el presunto *étimo* (u origen último) concuerda con todos los elementos de naturaleza distinta a la lingüística que se hayan advertido; en comprobar que la "forma interior" que se ha obtenido inductivamente, como un núcleo aislado, después de varias tentativas, está acorde con los otros grupos de observaciones. Se trata, dicho en pocas palabras, de retornar del principio creador al caso particular, y estas deducciones pueden ser, o son, múltiples.

Resulta superfluo advertir que los momentos del proceso de la técnica estilística aquí descrita son casi siempre coexistentes, como señala Spitzer, y que sólo para ser claros en la enseñanza pueden colocarse en sucesión lineal o temporal. "El don esencial consiste en ver a la vez y en todo momento la parte y el todo." En suma, estamos ante una técnica inductivodeductiva, ante un método que establece un movimiento de vaivén, de ida y vuelta, un *to and fro movement*. Establecer este "círculo filológico" (6) es la operación fundamental, necesaria y legítima de las disciplinas humanísticas (especialmente en las investigaciones etimológicas), y, en general, es propia de cualquier hombre de ciencia; y podemos considerarla como una extensión del uso habitual de la lectura, que es a un tiempo vivir la poesía y ejercitar el pensamiento crítico. La definiremos como *Zirkel im Verstehen*, o círculo de la comprensión, tal como Dilthey ha llamado al descubrimiento de Schleiermacher, según el cual en filología el conocimiento se consigue no sólo yendo por grados de un caso particular a otro, sino anticipando, intuyendo o adivinando el conjunto, porque la comprensión del caso particular y la del conjunto se presuponen una a la otra. Y sobre esto advierte: "Pasar de algunos rasgos externos del lenguaje, por ejemplo de Charles Louis Philippe o de Rabelais al alma o centro mental de uno o de otro artista y volver de nuevo al resto de los rasgos externos de la obra de arte de Philippe o de Rabelais, es un *modus operandi* análogo al que usa quien, desde unos aspectos de las lenguas románicas, pasa a un prototipo latín vulgar o a aquel que, en sentido contrario, explica los aspectos del caso por medio del supuesto prototipo; es un *modus operandi* análogo también al de aquel que de cuanto deduce observando algunas apariencias externas, fonéticas y semánticas, por ejemplo de la palabra inglesa

---

(6) Así llamamos a este ir de la superficie al centro de la obra de arte, y en sentido inverso del centro interno a la serie de datos particulares externos.

conundrum, pasa a considerar su alma francesa medieval [su etimología francesa *calembredaine*], y para comprobar la relación vuelve luego a sus rasgos fonéticos y semánticos." Puede decirse, para mayor claridad, que la técnica del "círculo de la comprensión" no es otra que un ampliar nuestro habitual modo de formar juicios: "Por ejemplo, un muchacho entra en mi despacho. Lo primero que advierto es un aspecto secundario de su persona: una corbata llamativa. ¿Qué hacemos en la vida cotidiana cuando conocemos a una persona por vez primera? Nada más que aislar un aspecto de su conjunto, un rasgo particular que salta a la vista de su personalidad total. Después de ello se procede a una hipótesis provisional: pienso que el muchacho tiende a afirmar su personalidad aun a costa del buen gusto. El paso siguiente consiste en comprobar si la misma característica se extiende a otras partes de la persona; si la hipótesis primera es correcta, será confirmada por la observación de otros aspectos particulares."

Crítica la de Leo Spitzer "inmanente a la obra", en cuanto considera "el objeto (en este caso el hecho literario) cara a cara, en vez de andarse con rodeos, como suelen hacer los autores de estudios biográficos, los investigadores de las fuentes, los historiadores de las ideas, de la cultura o, dicho brevemente, la escuela histórica"; crítica que elimina, pues, "los *allotria* [lo que es ajeno y no viene a cuento] que odiaba Croce"; describe la "cosa" antes de interesarse por la "causa"; prefiere el estudio de una obra determinada de un escritor (por ejemplo, Marivaux) al estudio del sentimiento de la existencia que informa todos los escritos de este autor, o sea que rehuye la práctica de imponer desde fuera categorías filosóficas generales, por el riesgo que se corre de "deformar precisamente lo "concreto literario", que es el dominio propio, y a que tiende por afición el crítico filosófico de obras literarias. Crítica, en pocas palabras, que impone en el caso, por ejemplo, de la *Vie de Marianne,* de Marivaux, de "*parler* Marivaux", no en torno de Marivaux".

Pero la individualidad que se descubre en una obra de arte o en una palabra ha de volver a considerarse inmersa en las corrientes espirituales que desde tiempos antiguos llegan hasta la época de dicha individualidad y se continúan posteriormente: "Me pregunto si al estudiar el frondoso árbol de la personalidad humana es de ley cortar las raíces profundas que lo enlazan con la tradición del pasado. Un pasado del que no se haya renegado es un presente, una parte esencial de nuestro ser." Spitzer insiste en la convicción de que los orígenes de nuestra civilización se encuen-

tran en el fondo grecorromanohebreo, que constituye la *civilitas romana* del Medievo. De feliz imaginación, que usa con frecuencia y a su gusto, Spitzer "se representa la vida ideal de la literatura como una cosmografía y una cosmogonía". El espíritu de un autor es un sistema solar que atrae a su órbita satélites, que son la lengua, los motivos culturales, los argumentos, las estructuras. Y este sistema puede formar parte de otro más vasto, que abarque otros sistemas particulares... Líneas históricas, líneas de ideas, paralelas o cruzadas, atraviesan cada sistema en puntos diferentes; lo que en uno es central, en otro será periférico. Su intersección determina el clima particular en que maduran las grandes obras literarias o el sistema de una lengua. En este punto de la evolución, un espíritu individual es un reflejo del espíritu de su tiempo; puede presumir y anticipar las necesidades espirituales y lingüísticas de su nación y de su época. Como dice en verdad Spitzer, aunque fuese aventurado confrontar el conjunto de una literatura nacional con el conjunto de una lengua nacional (como prematuramente intentó hacer Karl Vossler), es cierto que "la desviación estilística individual de la norma común debe revelar un cambio en el alma de una época, del cual el escritor se dió conscientemente cuenta, y que ha querido traducirlo en una forma lingüística que es por necesidad nueva". Así, pues, del lenguaje o estilo de un escritor nos remontamos a su alma, y en el curso de esta ascensión ha habido coyuntura de echar una ojeada a la evolución histórica del alma del pueblo y del tiempo a los que el escritor pertenece.

* * *

Frente a la colección *Essays in Stylistics* ha situado Spitzer la de *Essays in Historical Semantics*, precedida de un prólogo teórico sobre la Semántica. En la primera colección, los protagonistas son escritores cuya personalidad literaria ha sido estudiada en sus respectivos estilos; se trata, pues, de los estudios denominados, como dijimos antes, *Sprachstile*. En la segunda, los protagonistas son las palabras como entidades supraindividuales en sí mismas, cómo ellas han sido usadas por escritores de diversos períodos y qué significados han asumido merced al impulso del estilo de determinada forma de cultura: se trata, por tanto, de lo que mencionamos como *Stilsprachen*, y también (considérese esto con atención) las varias formas de cultura dan sustancia y color a la personalidad de los individuos, los cuales, a su vez, ofrecen expresión en su cultura a ideas y sentimientos difusos en ella.

Los protagonistas de esta "historia de palabras", escogidas entre

un material literario muy vario y denso, y considerados, por tanto, en forma supraindividual, son palabras y modismos que ingresaron en la esfera cultural y que son comunes a las principales lenguas del Occidente de Europa; el estudio se realiza con un método específicamente comparativo (que fué practicado más bien en la fonética y en la morfología), y se repudian las tendencias naturalistas que conducían a considerar en las palabras más bien el problema dialectológico, o el del paralelismo que liga la "palabra" a la "cosa" significada. Es patente que una expresión europea como *lingua materna* no puede estudiarse separadamente en cada una de las varias lenguas de los pueblos cristianos en que se encuentra usada (los romanos decían *patrius sermo)*, ni tampoco puede omitirse dar el adecuado relieve a la cultura cristiana, en la que la expresión ha sido forjada según el propio estilo; en este caso debemos reconocer la relación establecida por el Cristianismo entre lenguaje y *charitas.* Es asimismo evidente que un neologismo románico que expresa un concepto intelectual, como *trovare* (o sea provenzal *trobar*, francés *trouver*, italiano *trovare*, español *trovar)*, no se podrá comprender a través de los modismos utilitarios usados por los pescadores, como intentó esclarecer Hugo Schuchardt, que propuso (1899) la etimología *turbare* [*aquam*]. El neologismo intelectual *trovare* no exigirá, ni mucho menos, que se examine la masa enorme de materiales extraída de la napoleónica "estrategia de masas", que, en contraste frente a la táctica lineal de su adversario Antoine Thomas, suscitó la más viva admiración. Sólo en la lengua de los círculos cultos se puede encontrar el origen de palabras que revisten el carácter y la importancia conceptual de *trovare.* Así, propiamente "en este léxico culto debemos buscar la explicación de la mayor parte de nuestra terminología intelectual europea". No, pues, "pescadores"; no gente inmersa en una técnica o especialidad determinadas, sino precisamente hombres de la Iglesia, de vastos y profundos saberes, fueron los creadores del léxico culto del Medievo; en el caso de *trovare*, Spitzer cree que la etimología justa se encuentra en *contropare, attropare*, verbos que se encuentran en Casiodoro y Arnobio y reflejan el uso medieval de poner de acuerdo y armonizar los textos bíblicos. En pocas palabras, e indicando con ello una gran perspectiva de hechos, el núcleo de nuestro léxico conceptual "ha de situarse principalmente en el período de formación del Cristianismo, en los primeros siglos de nuestra Era, que podemos llamar "Antigüedad cristiana", y que ha absorbido las enseñanzas de la Antigüedad pagana y del Hebraísmo".

Cierto que no exagera Spitzer cuando afirma que "hasta ahora no se ha relacionado la historia lingüística con la historia de las ideas en un grado tan internacional como él mismo ha llevado a cabo" en sus páginas teóricas y (podemos añadir nosotros) con el ejemplo de ensayos admirables por tantos motivos, y también por la técnica excepcional con que maneja un número extraordinario de datos de todo orden—en las manos de Spitzer, la semántica se convierte en historia de Europa—. Entre las investigaciones más conformes con sus propias directrices, Spitzer señala la monografía de Erich Auerbach y las investigaciones sobre los *topoi*, de E. R. Curtius (en Italia juzgadas con muy opuestos juicios). No me hubiera olvidado de citar en este caso las investigaciones de Eugen Lerch, así como el *Französischen etymologisches Wörterbuch*, de W. von Wartburg, sobre el que habría de darse un juicio que mostrase claramente sus auténticos y altísimos méritos. Con todo, en los trabajos de Auerbach, Spitzer, ateniéndose a su propia práctica y experiencia, desearía un ensanchamiento del cuadro internacional: "En primer lugar intento proceder, a través de la elaboración verbal de un concepto dado, desde sus raíces históricas hasta las ramificaciones más modernas (en esto puede ocurrir que un recorte de periódico venga a colocarse en una serie que comprenda fragmentos presocráticos) ; en segundo lugar, he trabajado persuadido de que la filosofía inglesa y la alemana, al igual que la de los países románicos han de considerarse otra vez como unidad y retornar al redil de la *civilitas romana* del Medievo." "Sin la filología clásica como centro (y naturalmente en el ámbito de la filología clásica hay que contar el estudio de la antigüedad cristiana), toda la filología moderna está condenada al fracaso, tanto en el campo de la semántica como en el de la historia de las ideas... Los filólogos, a veces sin darse cuenta de ello, son más nacionalistas que lo que permiten los hechos históricos: el *Deutsches Worterbuch* considerará sólo la historia alemana de *stimmung;* el *New English Dictionary*, la inglesa de *tune;* el *Dictionnaire* de Littré sólo la francesa de *accord*, mientras que la verdadera "historia de *armonía*" es una historia grecolatina, que alcanzó madurez en el período que va de Platón a San Agustín."

La mejor manera como Leo Spitzer podría expresar su firme convicción de humanista y de filólogo sería haciendo suyo el título de Novalis *Christenheit oder Europa* [*Cristiandad o Europa*].

Introducción y versión de Francisco López Estrada.
Montevideo, 28.
SEVILLA (España).

CREACIÓN

POR

JUAN VALENCIA

I

A veces me sacude un poderoso espíritu;
yo creo que es la tierra quien, frenética, asciende
en golpes a mi cuerpo,
a mi carne temblante y desgajada,
llenándome las manos, los oídos
de hondas resonancias, tal la cueva o el mar.
Una virgen mañana, sonriente a mi tacto,
una fruta olorosa,
un árbol, mecedor incansable de su frondoso ensueño,
un largo río sin nombre;
toda la creación suspensa en un instante
de mí mismo, oidor que me oigo
y repetidor que me repito
por miedo a descubrir mi propio engaño.
Y es que se me ha hecho la palabra en mi boca.

II

Yo soy mi pensamiento.
Soy como el mar
que canta, golpeándose,
en un ir y venir de sí mismo a sí mismo sin tregua.
Como el mar llego, llego,
pero al final, gimiente rompeolas,
me vuelvo atrás,
atrás, hasta mi oscuro nacimiento.
Me nazco y me destruyo en cada hora,
¡oh amargo mar!,
sin encontrarme nunca.

CREACIÓN (II)

I

Con mi poder te hago
crujir, noche cerrada,
para que abriendo impenetrables nubes
vuelques sobre mi mano
tus estrellas totales,
oh, vuelques sobre mi mano
en riada de plata ya, fragante,
tu firmamento entero, deslumbrado.

II

Oh pensamiento mío, noche mía
que, más sellada que la noche, cierras
a mi luz tus fronteras,
que te niegas, negándome,
una almena de luz en tus fronteras,
ábrete, oh todo, en viva flor, así
como la noche entre mis manos,
blanca, estrellada, se abre, porque ponga
mi luz sobre ella, palpitante, y sea
su temblor hondo, eterno con mi espíritu.

III

Ábrete, oh sí, mi pensamiento, noche
mía insondable, ábrete todo
en viva flor, en música, en estrellas
sobre mí, en mi palabra, porque sea
eterna con tu luz y brille eterna
como la noche a través de mi espíritu.

EN TI, NATURALEZA, VIDA MÍA...

I

En ti, naturaleza, vida mía,
en ti, profunda, creo: en tu hermosura
derribado caí, rodé en tu seno
besándote la entraña y aires, aguas,
tierra y tierra aparte, besé, oh tristeza,
tierra y tierra, buscándote, apartaba.
Desconsolado, te amé más; un pájaro
en la luz me rindió y desde entonces...

II

Oh desde entonces, así como una flor
en la llanura, solitaria, siente
su desamparo bajo el cielo, así
naturaleza mía, el desamparo
de tu belleza siento y busco errante,
a través de tu cuerpo, la hora oculta
de mi quietud total para mecerte
ya pronto entre mis brazos, para oírte,
ya pronto, en nuestras noches, vida mía,
tu concierto lejano y estrellado.

III

Ceñido de tu luz, de tu tristeza,
desde mi vida vengo a reclinarme
en tus montes de olvido, sobre el sueño
de tus caídas sombras inmortales.
Oh, qué deslumbramiento de hermosura
si echado junto al agua miro el cielo
rojo mecerse y ondular la brisa
sobre el frondor que, arriba, me enamora.
¡Oh frondor, brisa pura, tarde eterna,
sobre ti, quiero ser, naturaleza!

IV

Oh estrellas, aires, cielos, montes, mares,
oh vasto mar, totalidad fragante
de lo azul y continuo, en tu belleza
arrebátame el alma y que tus olas
desnuden mi vivir, ¡oh soplo puro
del mar!, y lo hagan eco
destellado de ti, mar inmutable.
Sí, que tus aguas noche y día rompan
en mis oídos, en mi alma, toda
su vastedad de Dios, para que pleno
de tu vida, ya ola, sea yo sólo,
en nuestra noche eterna, sea yo sólo
arrebato de espuma hasta los astros.

V

Centro de mi vivir, entraña toda
en que escucho la muerte, derribado
encima de tus montes, ciego, al aire
de la noche, entre la ráfaga
de la mar y el estremecimiento
de los cielos oscuros, sacudidos,
¡oh estrellas sacudidas
sobre las aguas lóbregas!, estoy
besándote en la entraña, estoy besándote,
naturaleza mía, muerte mía,
porque amarte es mi vida sólo, amarte,
amarte, eterno y más, hasta la honda
desolación de todas tus estrellas.

PÁJAROS EN LA TARDE...

En la frondosidad, bajo el delirio
de lo azul y lo plácido que cruje
estallado en la luz y boga puro
por el fresco del agua, sobre el oro

manante que la brisa
con las nubes empuja
hacia la eternidad... a la belleza,
en la frondosidad, allí, Dios mío,
recogidos están, callad... cantando.

Oh hermosura mortal, ¿por qué entristeces
con lo eterno mi oído, si tan sólo
un instante lo meces en la brisa,
en lo terso feliz, sólo un instante?
... ¡Oh instante, ya totalidad de cielo!
Por el espacio trémulo,
fresco río de pájaros, luz—canto—,
lo eterno va y a su contagio puro
suena la onda, estremecido el orbe.

... Pero todo calló..., lo hermoso cede...
en el frondor... el roce de la brisa.
¡Haz de desolación! ¿Lo eterno es sólo
una ráfaga bella? ¿Es el instante
todo el tiempo quizá? ¿La tarde misma,
que hacia lo blando cae, acaso es todo?

Oh pájaros felices, que en lo fresco,
en lo más hondo y fresco estáis callados,
¿en qué verde muriente, en qué rocío
planeó vuestra dulce voz la dicha?
¿Por qué otra vez entre las ramas trémulas
no cantáis para mí, mecéis lo eterno?

... Y aguas, montes, espacios...,
delirio de la luz que tristemente
hacia otros mundos vas, nube que me echas
la sombra de la tarde, oh, escuchadme:
¡quiero lo eterno para mí, las frondas
de brisa permanente, el suave Día,
lo Inmutable, tan terso, para siempre!

RÍO...

I

Si me acerco en el día a ti, si bebo
agua bella de ti, si toco toda
tu verdad cristalina, si hasta el fondo
de tu alma te rozo..., beso, eterno,
a lo eterno rendido en ti: los cielos
plácidos que derivan... una nube
que ondula... el viento hermoso.
Echado así en tu luz, en tu ribera
mecida en sombra suave, casi sueño
tu silencioso fluir, pálpito apenas
de tu onda continua en que acaricio...
... que me acaricia el alma, agua de cielo.

II

Si me acerco en la noche a ti, si bebo
con mis manos de ti, líquida plata
fundida con mi beso, ondulación
de brisa plateada—plata arriba,
abajo de la onda—bebo, oh agua
en lo profundo de la noche, bebo
la eternidad en ti, la luna toda
mecida sobre ti y hasta el trasfondo
de su verde temblor, en ti, a los astros...

LA NOVELA Y LA EMANCIPACION LITERARIA DE AMERICA

POR

JOSE ANGEL VALENTE

La novela hispanoamericana podría ser calificada, haciendo uso aquí de una etiqueta acuñada para determinadas manifestaciones del espíritu creador peninsular, como un *fruto tardío.* Aparecida cuando otros géneros, como la poesía o la historia o la crítica, habían dado ya rendimiento notable, la novela se constituye pronto en la expresión más viva y más rica de la cultura de la América española. No se trata sólo del hecho obvio de que haya en ella, por la naturaleza misma del género, más capacidad para convertirse en testimonio y documento, sino de que una vez descubierta y experimentada esa capacidad, el escritor americano ha tratado con especial ahinco de explotarla hasta dar en la novela los frutos más vigorosos y peculiares de la expresión del alma continental.

Generalmente se suele señalar *El Periquillo Sarniento,* del mejicano Fernández Lizardi (aparte el rastreo más o menos feliz de elementos novelescos en obras de otro carácter), como la primera novela hispanoamericana. Es casi simbólico que la paternidad del género y el primer eslabón de una tradición que, andando el tiempo, va a dar frutos tan inconfundiblemente americanos se asigne a un escritor en cuya biografía puede formar capítulo esencial la liquidación de toda una etapa de la historia de América: la época colonial. Como en las tierras de América, también en el alma de Lizardi (que se estrena literariamente en 1808 con su *Polaca en honor de Nuestro Católico Monarca el señor don Fernando Séptimo*", y que en 1822 es excomulgado por su *Defensa de los francmasones)* agonizaba la colonia y nacía la independencia. Pero desde 1816, en que aparece, editado en la ciudad de Méjico, *El Periquillo,* transcurre mucho tiempo sin que la novela dé señales evidentes de lo que va a convertirse en su rápido florecimiento contemporáneo. Hay que avanzar a grandes saltos por el siglo XIX para encontrar los primeros pilares de esta novelística, que tan rica aventura nos ofrece ahora: de 1816 a 1851, en que aparece la *Amalia,* de Mármol, a 1862, en que se edita el *Martín Rivas,* de Blest Gana, o a 1867, en que sale a luz la *María,* de Isaacs. Porque la novela

americana es cosa que empieza a cumplirse, con caracteres verdaderamente definitorios, andando el siglo xx. Sólo ahora, es decir, desde hace escaso tiempo, si se piensa en lo lentamente que llega a formarse con rasgos propios una tradición literaria, estamos asistiendo al nacimiento de una verdadera novela americana. Ya Henríquez Ureña, conocedor como nadie de la realidad literaria de su continente, escribió: "Cuando se recorre la historia literaria de la América española se advierte en seguida que la novela tiene escaso florecimiento y que su aparición es tardía... El año 1926 hace pensar que se inicia una nueva era para la literatura de imaginación en América, con el éxito fulminante y simultáneo de unos cuantos libros en Buenos Aires: a la cabeza, el poderoso *Don Segundo Sombra*, de Güiraldes, y el *Zogoibi*, de Larreta" (1).

La época colonial carece de novela. Durante tres siglos América, sobreabundante sin embargo de motivaciones novelescas, guarda inédita su novela. ¿Es posible que este hecho venga determinado tan sólo por la prohibición legal de que circulasen allí, entre españoles o indios, "libros de romances e historias fingidas"? Henríquez Ureña ha hecho uso demasiado exclusivo de esta razón para explicar la inexistencia de una novela colonial. A pesar de las disposiciones de 1532 y 1543, no abolidas hasta la Constitución de Cádiz, el tráfico de libros de imaginación durante la colonia es bastante intenso, y probablemente debió de realizarse en condiciones sólo de *relativa clandestinidad.* Investigaciones recientes han iluminado con detalle el tráfico librero entre América y la metrópoli durante esta época. *La Celestina, El Lazarillo, Amadises, Belianises* y *Orlandos,* amén del *Quijote,* pasaron con abundancia a las tierras virreinales. La imaginación criolla estaba, pues, alimentada por obras de ficción. Sin embargo, no se produce este tipo de creación, mientras abundan los versos y la historia. Indudablemente debieron de pesar en este hecho las razones prácticas que señala Henríquez Ureña; pero, seguramente, habrían sido desbordadas de no existir razones más profundas en la estructura misma del ánimo de los hombres de la colonia. Hacia estas razones se ha arriesgado a apuntar otro crítico americano, Luis Alberto Sánchez. La imaginación del conquistador y del colonizador, viene a decir en suma, se consumó en la acción, una acción que sobrepujaba en mucho toda posible *recreación literaria.* "No se requerían invenciones—escribe Sánchez—; ellas quedaban por cuenta de la vida cotidiana. Las épocas de descubrimientos y revelaciones son

(1) "Apuntaciones sobre la novela en América", en *Ensayos en busca de nuestra expresión,* págs. 60 y sigs. Buenos Aires, 1952.

así: conviven con el prodigio, poseen esa ventaja intransferible e irrenunciable, les bastan sus propios elementos naturales; nuestra colonia fué así" (2). La historia de la conquista y de la colonia quedó palpitante en la prosa de los cronistas, enjuta o dispendiosa, es igual, y no pasó de ahí. Es inútil buscar elementos novelescos en la crónica indiana; naturalmente, los hay, pero su existencia no demuestra nada en el orden de cosas que nos ocupa. Tal vez podrían ser tenidos en cuenta como anticipo novelesco si en esos momentos no estuviese ya configurada como género aparte la prosa de ficción, y tan configurada como para dar en el mismo siglo de la conquista la obra de Cervantes. Los cronistas de Indias no tienen la menor voluntad de producir obras de imaginación, y por muy acendrada que sea su prosa o por muy propensos que nos parezcan en algunos casos a los escapes imaginativos, pertenecen enteramente, por intención y frutos, a la órbita de la Historia.

Sólo después de la independencia la novela empieza a crecer lentamente, aunque tampoco pueda hablarse en bloque de una novelística americana en el siglo XIX. Hay un lento proceso de formación, desigual y entorpecido en sus resultados por una serie de razones; entre otras, graves dificultades de tipo editorial, como explica Henríquez Ureña. La fecha que éste señala como comienzo de una nueva etapa novelística, que se anuncia verdaderamente importante, es bien tardía. Lo curioso es que, apenas la tradición novelística americana empieza a configurarse de modo real y con caracteres visiblemente propios, América se entrega totalmente a la novela. Hoy es en ella donde hay que buscar lo más revelador del espíritu creador continental. "La novela es, indiscutiblemente—escribe Torres Ríoseco—, la expresión literaria más importante de la América del siglo XX, y los novelistas hispanoamericanos modernos ocupan (por su vigor, su originalidad y su maestría estilística) un lugar junto a sus más distinguidos colegas del mundo moderno. Y esta novela es fundamentalmente interesante no por su mérito intrínseco, que es grande, sino como reflejo de la cultura de todo un continente" (3).

En efecto, parece que la pasión creadora de América se haya concentrado para dar lo más peculiar, lo más auténtico de sí misma en la novela, género en que ha comenzado a apuntar con caracteres ya absolutamente inconfundibles una tradición literaria pro-

(2) *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, página 81. Madrid, 1953.
(3) "La novela hispanoamericana", en *La gran literatura iberoamericana*, página 195. Buenos Aires, 1945.

pia. Puede negarse seguramente que la novelística de la América de habla española haya dado sus obras definitivas o afirmar que esté lejos aún de agotar la rica cantera de materiales que América misma, repleta de incitaciones, le brinda. Pero lo cierto es que ofrece, ya ahora, un considerable panorama en el que sobresalen unas cuantas obras, en las que reconocemos a la vez su universal valor y una entrañable significación americana. No pongo en duda que el lector avezado, como afirma Henríquez Ureña, pueda discernir con facilidad la procedencia nacional de un poeta hispanoamericano, a pesar de que las razones que el eminente crítico da resulten, vistas con ojos exclusivamente científicos, un poco vagas. Ahora bien: lo que nadie podría confundir, por superficiales que fuesen sus lecturas, serían los vigorosos cuadros de Azuela, o el inagotable pulso de Gallegos, la prosa de Larreta y los relatos de Quiroga o de Icaza. El brote de notas distintivas en la literatura de cada país hispanoamericano ha encontrado un propicio campo de desarrollo en la novela. Creo que ésta es una de las razones más poderosas de la multiplicación del género en la América contemporánea. Se podría afirmar desde este punto de vista que la novela es el género de la emancipación literaria de América. Por eso me parecía casi simbólico que fuesen los últimos estertores de la colonia el momento de gestación de la primera novela hispanoamericana: *El Periquillo Sarniento,* de Lizardi.

De hecho, el desarrollo del género novelesco ha ido extrañamente ligado al nacimiento de las literaturas nacionales en Hispanoamérica. Creo, además, que sólo desde este momento puede hablarse en rigor de una literatura hispanoamericana. Todo lo anterior debería ser englobado en uno o dos capítulos de carácter *exclusivamente preliminar,* que recogiesen los elementos preparatorios que hay en la colonia y también los indígenas, en atención a las importantes derivaciones indigenistas de la literatura moderna. No creo que Alarcón o sor Juana Inés de la Cruz pertenezcan, desde ningún punto de vista, a la literatura mejicana. Son grandes figuras que América da a la literatura española, y nada más. Como *La Araucana,* es un tema que las nuevas tierras dan a nuestra literatura, un tema que, además, y por razones que no resultan fáciles de esclarecer, no progresa, no encuentra eco proporcionado a su importancia real en las letras del Siglo de Oro.

La literatura hispanoamericana es una literatura que comienza en el romanticismo. Comienza cuando, contagiada de la emancipación política, nace una voluntad de originalidad literaria expresamente formulada. Esta originalidad no se consigue entonces,

naturalmente, pero se dispone su fermento. El siglo XIX es en América el siglo de las ardorosas declaraciones de autonomía intelectual y, a la vez, del paradójico arrastre de las influencias más diversas. Es necesario que vaya entrado el novecientos para que los países de ultramar den figuras definitivas, en las que reconocemos ya cuánto hay de cuajado, de espléndidamente cumplido, en esa lucha de América por el hallazgo de su propia expresión.

Nosotros, acostumbrados por una didáctica absurda a considerar sólo la media docena de grandes figuras hispanoamericanas que necesariamente han de ser englobadas en un estudio de la literatura castellana, olvidamos con frecuencia que del otro lado del océano se ha producido una literatura de lengua española con acusados rasgos distintivos, que cada vez se configuran más y dan frutos más prometedores. En un estudio de la literatura hispanoamericana sería necesario partir taxativamente—al menos para una didáctica española de la materia—del momento en que se formulan los principios segregadores, desde los cuales empieza a formarse lentamente una tradición literaria esencialmente distinta de la nuestra.

Olvidamos la violencia, siquiera teórica, con que esos principios hicieron su aparición en el ámbito intelectual de las extintas colonias. Sobre su suelo nacional recientemente ganado se levanta en todas partes la bandera de la autonomía literaria.

Esteban Echeverría, el protorromántico argentino, insiste repetidamente en que el arte es el reflejo de la tónica nacional de un pueblo, en que el espíritu del siglo lleva a la independencia no sólo política, sino filosófica y literaria. Y Juan María Gutiérrez, a quien Menéndez Pelayo consideró como "el más completo hombre de letras" que hasta su momento había dado el continente, hispanófobo por reacción extrema, teoriza infatigable y desaforadamente sobre el americanismo de la literatura.

El romanticismo lleva a América, con la independencia, una teoría de las literaturas nacionales. El afán diferenciador había estallado ya en la polémica de 1942 entre Bello y Sarmiento. En realidad, ambos prohombres representaban lo mismo. Sosegadamente, Bello; Sarmiento, con desgarrado ademán. Desde las páginas del *Mercurio*, de Valparaíso, abiertas al proscrito argentino, a las del *Semanario Literario*, de Santiago, "bellista" y dirigido por José Victorino Lastarría, se cruzan con bastante acritud los argumentos de ambos contendientes. La impronta de la originalidad termina a toda costa por atraer a la juventud a las filas de Sar-

miento (4). El propio Lastarría se adhiere a la postura extremista de los proscritos (5). Tanto Lastarría en el cuento, como Blest Gana —también virulentamente hispanófobo—con su abigarrada producción novelística, tratan de forjar una literatura chilena, presentada expresamente como desarrollo de caracteres nacionales. He ahí cómo el comienzo de la novela chilena va marcado por la voluntad de independencia literaria. Pero no se trata sólo de Chile o de Argentina. En el Ecuador, Juan León Mera, el primer novelista que se acerca a lo indígena en una obra de consideración, lo hace así premeditadamente, declarando, en polémica con don Juan Valera, que ésta es la fórmula según la cual América puede producir una literatura original (6).

El siglo XIX deja planteada la cuestión. Los escritores hispanoamericanos tratan de expresar su peculiaridad, atados por las mallas del idioma a una tradición difícil de abandonar. La novela, teñida desde el comienzo de realismo, incluso en obras de corte tan idealista como *María*, empieza lentamente a ser cauce de una expresión de lo nacional y de lo americano. Y ésta es, a mi modo de ver, la razón cordial de su fecundidad contemporánea.

---

(4) Sarmiento sabe reconocer, tiempo después, la autoridad y el magisterio de Bello. Puede verse a este propósito: "Andrés Bello, Sarmiento y la generación de 1842", por E. Anderson Imbert en *La Nación*, de Buenos Aires, 6 de diciembre de 1942. Es muy interesante, entre otras cosas por el acopio de textos, *Sarmiento en el destierro*, Armando Donoso. Buenos Aires, 1927.

(5) Una interpretación histórica y política de lo que Lastarria entiende por la "emancipación del espíritu" puede encontrarse en los dos amazacotados volúmenes de *La América*, reeditada en Madrid por Blanco Fombona, en Editorial América.

(6) Mera había planteado ya el tema en sus trabajos sobre la producción poética del Ecuador. "No hay semilla más fecunda—escribe—que la del pensamiento cuando ha brotado de la naturaleza y la verdad: el pensamiento de establecer una literatura nacional en América está sembrado en nuestra sociedad, y tendremos esa literatura." (*Ojeada históricocrítica sobre la poesía ecuatoriana*, 2.ª edición, pág. 429. Barcelona, 1893.

PASADO MAÑANA

POR

ALONSO ZAMORA VICENTE

Sonia no cabía en sí de puro contenta. Martes ya, y pasado mañana la boda. Locamente, en desbaratada caricia, se le iba la mano a la cabeza para arreglarse el velito. De cuando en cuando, en una esquina, desde un portal oscuro, un olor de azahares la envolvía dulcísimo, y Sonia apretaba el paso, llena de súbita vergüenza. "Pasado mañana, la boda—se repetía—, y cómo será; si el cura estará pesado; y hay que ver las amigas, qué preguntonas; y luego, cuando nos vayamos; total, ya falta poco." Sonia ha salido de casa con tiempo. Va despacito camino de la estación, entre la lluvia cobarde, parándose en los escaparates, en todos los anuncios. "Muebles: qué sala más bonita; pondremos la nuestra así; y la tienda de cuadros, con esas reproducciones de Chagall que no le gustan a Claudio. ¡Este Claudio tiene a veces unos gustos...!" Y piensa en Claudio, que vuelve de su pueblo: su último regreso de soltero. "El tren llega a las ocho; por dónde vendrá ahora; si estará mirando por la ventanilla; cuando pase por el puente aquel grande se acordará de mí, de cuando hicimos aquel fin de semana juntos. ¡Qué buena mujer era su madre; hace ya un año que se murió; cómo pasa el tiempo!" Y Sonia aprieta el paso bajo la amenaza de su dicha, que se le agolpa como una pena tibia entre el gritar de los vendedores, los timbres de los tranvías, las sirenas de los autos. Cruce tras cruce, Sonia se distraía en ver los cambios de luz en las señales, y atravesaba despacito. "Ya estará el tren más cerca; seguramente se verá ya aquella torre espigadita, de ladrillo, y quizá Claudio...—bueno, no podía nombrar a Claudio sin un alboroto en la garganta—se habrá venido al restaurante, porque a veces sube tanta gente en ese empalme que hay a la salida de su pueblo... ¡Claudio, Claudio, Clau... dio, Clau... dio...! ¡Un..., dos...!", y apretaba el paso, sonriendo.

La estación refulgía dentro del crepúsculo. Timbres, altavoces. "¡Un cuarto de hora todavía!" Detrás de la marquesina se iba acabando la tarde. Una luz incierta, desvanecida, algo de amanecer entre los hierros. Sonia hizo vagamente el gesto de arroparse los hombros en la cama, y presintió con el frío primero la ventura de

un cuarto caliente y pequeñito. "Como el que tendremos, y con una camillita clara y brasero eléctrico." Sonia paseando; los piropos del hombre del carromato de equipajes. "¡Si será majadero!"; y la pareja de guardias que la miran las pantorrillas con descaro, par de memos. "Si Claudio estuviese aquí, no se atreverían", y aún diez minutos; Visitez l'Espagne; *el cartel del retraso de trenes. "¡Qué bien, llega a su hora!"; y Sonia se siente azorada, intranquila; la vía va hundiéndose en la noche; zigzagueo de luces rojas y azules en los discos; el altavoz; el tren, y el corazón, bobo, dale que dale y corriendo. "Pasado mañana, pasado mañana. El último regreso de soltero."*

Se fué parando el tren. Olor de humos, grasas, de paisajes abortados en el tracatrá de las agujas. Sonia miró la locomotora, agradeciéndole su esfuerzo, con el corazón apresurado. En seguida se vió envuelta en el gentío: cazadores; mujeres de los pueblos cercanos hablando a gritos; recomendaciones; desconfianzas; muchos "¡Perdón!", y más empujones; la sirenita del tren de vagonetas que recoge el correo; el altavoz aconsejando "¡Cada viajero, su billete!"; Sonia alargando la cabeza; el vagón restaurante, y Claudio, por fin, allí, sonriente, la mano en alto y la boina caída. "¡Este Claudio, siempre tan descuidadillo en el vestir! Ya no hace falta decirse "¡Amor mío!", y le puedo besar tranquilamente ante la gente; total, ya pasado mañana." Claudio y Sonia, apretujados entre los viajeros, buscan la salida. Son las ocho y pico.

—Aún llegamos a un cine de continua. Nuestra última tarde de novios.

—Nos queda mañana, Claudio.

—Pero mañana, preparativos y confesar. Vamos a buscar un taxi.

—Vamos al Metro. Hay tiempo.

—No; mejor a un taxi.

—¡Ay, vamos a donde quieras! Ya me da igual.

Y la felicidad le golpeaba. Insensible ya a los empujones de los que llevan prisa, retroceso inesperado, tropiezos con maletas grandes que se atraviesan, un crío que llora perdido, pitos de trenes, el altavoz amonestando, el hombre del fielato y la calle. Llueve. Una alegría sosegada y profunda, como si todo estuviese ya hecho y a gusto, terminado. Claudio gritando: "¡Taxi! ¡Taxi!" Y no paran; todos vienen llenos. "¡Claro, con este tiempo!" Por fin, uno llega a lo lejos, la lucecita verde del alquila bien visible. Claudio echa a correr de pronto; Sonia llamándole; el griterío de la estación a esas horas; las sirenas de los autos; el piso resbaladizo; Claudio. "¡Claudio, ese camión!" Y Claudio no le vió venir, tan

grande como era: "Cementos y piedra artificial" en el larguísimo costado. Sonia siente que el chirrido de los frenos le taladra la frente; está lloviendo, y la mancha de sangre y barro crece, solamente callada, entre las exclamaciones de la gente, que pisa y vuelve a pisar. Sonia no llora; es que está lloviendo, y el agua le resbala por los carrillos, por la barbilla y por el pecho; se nota como zambullida y ahogándose. "¡Este Claudio; yo prefería el Metro!"; y le duele la sonrisa que Claudio tenía al bajar del coche restaurante, la boina caída, siempre tan descuidadillo, ya sin pasado mañana en el calendario.

* * *

Ya hace años que Sonia baja a la estación casi todas las tardes. Ni el frío ni la nieve de enero, ni los calores de agosto han evitado que ella baje, cruce tras cruce, a la estación. Muchas gentes del personal del ferrocarril ya la conocen; como los vendedores del camino y la mujer de los periódicos; algunas veces compra La Noche *y busca el programa de los cines de continua; y el cojo de la esquina de los muebles, que vende flores y cerillas y postales, ya la saluda: "¡Buenas tardes, señorita; buenas noches, señorita!", según el tiempo. Porque en lo alto del mes de julio aún es de día cuando pasa por allí, a las ocho menos cuarto, y es noche cerrada cuando pasa en diciembre. Una vez llovía intensamente—¿abril?, ¿tormenta de septiembre?—y se refugió en el tenderete, y entonces hablaron: "¡Lo caro que está todo! Una lástima cuando se le murió la pobre Juana, su mujer; y las chicas, que tienen que trabajar; y la contribución, Dios mío, cada año más alta." Y Sonia no dice nada; camino de la estación, segura de que Claudio va a venir, expreso de las veinte horas, andén 3.º, vía 8.ª, esa vía donde Sonia ha ido viendo cambiar las cosas en estos años; unas plantas, los cables de la tracción eléctrica, los pasos subterráneos nuevos, y los mármoles del bar, y las bombillas azules de Wagons Lits Cook, S. A. Una tarde, y otra, y otra, el expreso de las veinte llega; Sonia envuelta en el gentío; empujones; el tren de vagonetas que busca el correo; los números inexpresivos de los trenes: ascendente 1.151 ("¿Dónde irá?"), mensajerías 560, un sudexpreso, un buen tren, y los carteles del turismo:* "Visitez l'Espagne: *El Escorial, XXII Salón de Otoño", y los anuncios: "Peregrinación a Roma. Informes e inscripciones..." Y ¡qué bien un viaje de novios a Roma! Utiles eléctricos para el hogar; campaña de Navidad; silbidos; una gitana que pide unos céntimos (siempre esa tristeza pisoteada por los*

andenes) en el puestecillo ambulante de los caramelos y las pastillas de café con leche, y en la cara de la mujer que guarda los urinarios; y Sonia que se vuelve a casa; vaga sonrisa, y nunca sale por esa puerta, por aquella *puerta; el asfalto está resbaladizo, y hay camiones cargados de cemento. De ángulo a ángulo de la marquesina, cada viajero entrega su billete; ruidos de la calle; un chirriar de frenos zumbando, súbitos, por la sien; aquí, Sonia hace como si se fuese a arreglar el velito, el velito de tul de novia; un pelo blanco y punzante naciéndole cada vez que lleva la mano a la frente; Sonia, triste y sonriendo; Sonia, despacito; los periódicos de la noche; novios que entran en los cines; un silbido de locomotora perdido por el aire, lejos; será un tren que sale ahora por el disco; el ratito ante la tienda de cuadros, que no le gustan a Claudio. "¡Este Claudio, con unos gustos...! ¡Qué le vamos a hacer!" Y el anhelo de comprarle a Claudio una corbata de esas a rayas, tan de moda. "No son muy caras; quizá en los Almacenes Harrod's la encuentre inarrugable. ¡Este Claudio, tan descuidado en el vestir! Pero ¡qué boba, no haberlo pensado antes! Es mejor una bufanda; eso es, una bufanda, es octubre ya." Y en la última esquina, antes de entrar en su casa, Sonia se levanta el cuello del abrigo al percibir el viento mojado del Sur.*

* * *

Todo fué bueno y normal en este día. Ya hace cinco años. Sonia ha tenido hoy poco trabajo en la oficina; en casa la esperaban unas cartas amables, y hace un día tibio, de nubes largas y veloces. A la tardecita, como de costumbre, va a la estación. Extrañamente contenta está esta tarde; de cuando en cuando se le escapa una sonrisa leve, contestación apenas esbozada. "A veces, esta cabeza, una piensa que la están llamando; vaya usted a saber." No compra hoy el periódico; teme llegar tarde al expreso; se hunde en el Metro. Empujones, silbidos, palabras malhumoradas. Sonia no piensa en nada, sino sólo en que puede llegar tarde al tren. Hoy precisamente. Corre escaleras arriba. Ha llegado antes que la escalera mecánica. Faltan diez minutos. No trae retraso. Pasa al andén, como siempre. Las caras de otras tardes: algunos mozos, el maquinista de las vagonetas, la chica de la tiendecita de recuerdos y fotografías, el empleado que alquila almohadas y vende cenas de viaje. Muchos ya la conocen; pero hoy Sonia no repara en nada, en nadie. Unas monjas le preguntan a coro, tímidas, ceceando, un revuelo de papalinas, por ese expreso de las ocho. "Por aquí, por esta vía."

Sonia, contenta y erudita; ya está al llegar. Sonia ve crecerle como una marea un extraño gozo. Pasado mañana. De un grupo de gente joven que espera a su lado, una voz se desprende: "Vendrá en el restaurante." Como Claudio. "A Claudio también le gusta venir en el restaurante. Es más cómodo. ¡Sube tanto palurdo en el empalme, le gusta tanto la comodidad! Tendré que acostumbrarle a ponerse bien la gorra y a llevar corbata, porque este Claudio..." Y algo le escarabajea en la garganta. El altavoz habla, anunciando la entrada del tren. Sonia busca el altavoz entre los hierros de la marquesina, y, de camino, sus ojos leen, una vez más, los carteles del turismo y los anuncios: "Gran Feria de Muestras", "Costa del Sol", "V Congreso Internacional de Filatelia", "Quesos y mantecas La Mahonesa", "Compre sus ropas en...". El tren. Sonia se pone en puntillas, alarga el cuello y... un empujón; alguien que lleva prisa. Pero ya había visto a Claudio en el estribo del vagón restaurante; hasta la había sonreído; trae el abrigo gris ese que se compró hecho, y sombrero, que le sienta tan bien; y Sonia se empina, y le parece que viene hacia ella corriendo; algo más envejecido está; y ya empieza a abrir los brazos, y... "¡Claudio!", pero el trenecillo de los equipajes se interpone, y el gentío, mujeres de los pueblos con pollos, cestas, cajas de frutas, muchas recomendaciones, cuidado con los rateros, loco dar direcciones a última hora, cazadores, una peregrinación de señoritas que canta desagradablemente, y Sonia que busca a Claudio alocada, clamando: "¡Claudio! ¡Claudio!", andén hacia atrás. "Allí está. Claro, como no traigo el sombrero de siempre; ya me parecía a mí que este traje hechura sastre no le iba a gustar, y, además, no me lo ha visto nunca puesto." Y "¡Claudio! ¡Claudio!" Lleve cada viajero su billete. Perdón, señorita, y el agolparse a la salida, aquella *salida. "¡Claudio!", más alto; Sonia queriendo ir al Metro, tropezando con las maletas. "¡Nunca se ha tardado tanto en salir! ¿Por qué no traerán preparados los billetes? ¡Qué pelmas! Se me va a escapar; pensará que hoy no he venido a la estación. Porque era él; yo creo que me vió; trae el abrigo gris y me ha reconocido. Ya, ya le veo. ¡Ay el maletín! ¡Si es el maletín que yo le regalé! No me había dado cuenta." Y Sonia, corriendo detrás de un abrigo gris, repasa la mañana aquella en que fué a comprar el maletín para Claudio; un maletín precioso, casi tanto como el que se trajo el jefe de París; un pobrecillo el dependiente, que la piropeaba con descaro; hasta le cogió los dedos al pagar, si sería estúpido. Y Claudio que se lanza a la calle gritando: "¡Taxi! ¡Taxi!" Sonia enloquecida. "¡No! ¡No! Ese camión; acuérdate del camión: "Cemento y piedra artificial" en el larguí-*

simo costado." Está lloviendo. Sonia no quiere que llueva; el asfalto se pone resbaladizo y con sangre; es mejor el Metro. "¡Claudio! ¡Claudio!" Y Sonia, ya en el suelo, vió volver la cabeza al hombre del abrigo gris, quien, dejando caer de golpe el maletín, abrió los brazos y corrió hacia ella: una caliente ternura. "Por fin me ha visto; está algo más viejo; será el sombrero." La gente gritando horrorizada; el chirriar de los frenos en la sien, dolientes y punzando. Y pasado mañana, pesado mañana, pasad... o...

Cuando Sonia recuperó el sentido estaba recostada en un banco de la estación, y gentes solícitas le preguntaban cómo se encontraba, si quería algo, un vaso de agua, y qué susto. Bebió, temblando. ¿Dónde poner la voz y la mirada ahora? Allí estaba el hombre del abrigo gris, que la levantó del suelo después del tropiezo con el guardabarros.

—Animo, señorita. Se ha librado usted del camión por un milagro.

No era Claudio. Pero todo había estado tan cerca, tan justamente cerca... Pasado mañana. Le dió las gracias. Tomó un taxi. No valía la pena recordarlo.





BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL MES DIPLOMATICO: EL ENGAÑO DEL DESARME

Desde hace varias semanas, la Conferencia de desarme reúne en Londres a los representantes de las principales grandes potencias, incluso la Unión Soviética. Si la prensa ha hablado poco de ello, es que por vez primera, desde la terminación de la segunda guerra mundial, el diálogo internacional tiene lugar completamente a puerta cerrada. Pues, como se ha declarado, se quiere intentar trabajar y no hacer demagogia.

Esta observación en sí contiene una de las críticas más acerbas a nuestro acercamiento diplomático contemporáneo. Es sin duda fácil y popular repetir el *slogan* lanzado por el Presidente Wilson, diciendo que en la era democrática hay que terminar con la diplomacia secreta. Es cierto que esta práctica conduce a un constante callejón sin salida en las discusiones internacionales.

Se hubiera podido, en rigor, imaginar a la diplomacia en la plaza pública en los tiempos de los regímenes absolutos. Obrando más o menos independientemente de la opinión pública, éstos habrían podido resistir a la presión referente a la publicidad. Pero en la hora actual, en que muchos Gobiernos viven de una elección a la otra, la diplomacia a golpes de comunicados de prensa es una verdadera calamidad. Quien dice diplomacia dice negociación. Quien dice negociación dice compromiso o, por lo menos, esfuerzos para llegar a una solución aceptable por mutuas concesiones. Esta necesidad, desgraciadamente, no puede ser comprendida más que por una minoría. Las grandes masas, que, preocupadas de la busca ansiosa del pan de cada día, carecen de tiempo para estudiar una situación internacional, cada vez más compleja aun para el observador profesional, no ven las relaciones mundiales más que en el sentido de una extrema simplificación. Necesitan *slogans* en blanco y negro. Un lado será por necesidad completamente malo; el otro, la perfección misma.

Sin embargo, una tal visión excluye las posibilidades de negociaciones. En cuanto se describe al adversario o al contrincante como el símbolo del mal, la población se sublevará instintivamente ante la perspectiva de un compromiso. Es el temor de una reacción de esta clase el que nos llevó al absurdo de la "Rendición sin condiciones" durante la segunda guerra mundial. Fué también esto una de las causas determinantes de los fracasos sucesivos de todas las Conferencias internacionales.

La Unión Soviética, por otra parte, ha sabido utilizar admi-

rablemente esta debilidad del mundo libre. Insistiendo continuamente sobre negociaciones públicas, es relativamente fácil para los dirigentes de Moscú arrastrar los debates a callejones sin salida sin llevar ante las masas la completa responsabilidad.

En efecto, Rusia no desea de ninguna manera llegar a acuerdos que pudieran establecer una paz duradera. País cuyo ideal es y sigue siendo la revolución mundial, es decir, la conquista y la unificación del globo bajo la autoridad exclusiva del Kremlin, no puede más que aprovecharse de un mundo desorganizado y en desorden. Si la misión de Harry Hopkins en Moscú, en 1941, dió carta blanca a Stalin por la duración de la guerra, la aceptación por el Occidente de la táctica más favorable a la U. R. S. S. en las negociaciones que debían seguir permitió a los rusos consolidar y acrecer sus ganancias.

Ha sido en este año cuando los occidentales se dieron cuenta, finalmente, de todos los inconvenientes que representaba para ellos la negociación pública. Comprendieron, por fin, que Rusia, con su prensa amordazada, puede omitir lo que no le agrada. Al mismo tiempo, la prensa libre del Occidente se transforma en plataforma de propaganda comunista, puesto que da una amplia publicidad a todo lo que se dice en todas las Conferencias internacionales.

Estas razones llevaron, pues, a las potencias atlánticas a insistir sobre el secreto de los debates en la Conferencia del desarme. Y los rusos, que querían la publicidad de esta negociación para llegar, si fuera posible, a retrasar la ratificación de los Acuerdos de París, aceptaron finalmente este deseo de los occidentales.

Ha sido, pues, a puerta cerrada como se reunieron los diplomáticos. Y si de cuando en cuando algunas indiscreciones nos proporcionan indicaciones sobre la marcha de los debates, éstas no han dado lugar hasta ahora a ninguna sorpresa importante, pues el callejón sin salida era fácilmente previsible, por razones múltiples.

En efecto, empezar una Conferencia de desarme en plena crisis política es adelantarse a los acontecimientos. El sentido común indica que no se desarma nadie en la hora del peligro. Si hay bandidos en el país, los ciudadanos no pensarán en abandonar sus medios de defensa. Y es sabido que tan sólo en las regiones tranquilas y sin crímenes pueden estar las casas sin cerrojos. Es, pues, poco lógico querer hablar de desarme antes de resolver por lo menos algunos de los problemas internacionales. Verdaderamente raros fueron los momentos de la historia en los que la atmósfera fuera menos propicia a tales debates que en los principios de 1955.

Pero, además de estas condiciones psicológicas, el balance mismo

de los armamentos no favorece mucho unos acercamientos generosos.

En efecto, el bloque comunista goza de una superioridad incontestable en número de soldados y en todos los medios de guerra clásica, tales como armas de infantería y de artillería y probablemente también de artefactos blindados. Por el contrario, los occidentales dominan los mares y son los más fuertes en el aire. Finalmente, en el terreno, tan importante, de las armas nucleares, las potencias de la N. A. T. O. tienen un considerable adelanto. Este, sin embargo, no es tan decisivo como en las flotas marítimas y aéreas. También Rusia ha hecho progresos espectaculares y parece continuar sus esfuerzos sobrehumanos para alcanzar a sus rivales. Si en la hora actual parece muy distanciada, es también cierto que en este terreno tan nuevo se pueden siempre concebir sorpresas debidas a un golpe de genio. Y como los hombres de ciencia del bloque soviético no son inferiores a sus colegas del mundo libre, Rusia puede siempre tener una esperanza.

Esta situación explica la actitud de las potencias. Puesto que la tensión política persiste, no se puede aceptar un desarme más que si éste lleva a la debilitación del adversario. Como no puede existir una verdadera voluntad de desarme, cualquier discusión sobre la reducción de los efectivos de guerra no conducirá más que a determinados intentos para reducir la potencia militar del rival, allí donde posea una superioridad importante, y conservar intacta la suya propia.

Así, si hacemos caso a las indiscreciones de ciertos diplomáticos en Londres, el plan soviético sometido a la Conferencia intenta mantener el nivel actual y consolidar la actual situación en las armas clásicas. Intenta también anular el efecto de los Acuerdos de París, puesto que un *statu quo* impediría armarse a la Alemania Occidental, manteniendo en cambio las fuerzas de la Alemania del Este, que Rusia ha puesto en pie desde 1950. Se trata, pues, de una tentativa para asegurar el predominio soviético actual de una manera permanente.

Por el contrario, los occidentales intentan reducir los efectivos de los ejércitos de tierra. Según el plan americano, las fuerzas de Rusia, de los Estados Unidos y de la China comunista estarían limitadas cada una a 1.500.000 hombres, mientras que Gran Bretaña y Francia tendrían cada una 750.000 soldados. Esto establecería un equilibrio de los ejércitos de tierra, y significaría de hecho una importante reducción del margen de superioridad soviético.

Sin embargo, prácticamente, sólo se trata de escaramuzas y de combates de vanguardia. Hablando de los ejércitos de tierra o mar,

cada cual piensa en realidad, ante todo, en las armas nucleares y termonucleares. Es sólo esta cuestión la que juega en todo el desarme, y es ahí, por otra parte, donde se demuestra lo ilusorio de las negociaciones actuales.

En efecto, en la cuestión atómica nos encontramos de lleno en un callejón sin salida, Sin duda, la prensa nos habla siempre de las llamadas "concesiones" que el difunto Vichinsky hizo en el otoño último, cuando las discusiones en las Naciones Unidas. No se dice nunca, por otra parte, lo que son estas "concesiones". Sin embargo, quien lea los discursos pronunciados por el representante ruso sabrá que no se trata en realidad de nada. Antiguamente, la U. R. S. S. había tomado la posición de no participar en discusiones atómicas, si éstas no estaban precedidas de una prohibición general e incondicional de las armas nucleares y termonucleares. Vichinsky renunció a esta condición previa, arbitraria. Nada más. La "concesión" se reduce, pues, simplemente, al hecho de que la U. R. S. S. estuviera dispuesta a discutir. En cuanto al fondo del asunto, nada, absolutamente nada, ha cambiado.

Las posiciones siguen siendo las mismas. El plan atómico ruso prevé la destrucción inmediata de todas las superarmas y la prohibición absoluta de fabricar nuevas armas. Hasta aquí todo es loable. Pero después de esta declaración de principio, Rusia se opone terminantemente a cualquier inspección internacional sobre su territorio. Quiere, pues, controlar por sí misma su propio desarme atómico. Los americanos, por otra parte, están preparados para aceptar la prohibición de todas las armas de destrucción en masa y para renunciar a su fabricación, a condición, sin embargo, de que todas las partes interesadas acepten una inspección internacional de este desarme, según las modalidades contenidas en el plan Barruch. Este prevé que el control se haga bajo la autoridad de las Naciones Unidas, y que, en este caso especial, el derecho de veto no pueda tener lugar. En otros términos, la inspección deberá ser universal, absoluta, y nadie podrá sustraerse a ella.

El hecho de que los soviets rehusen aceptar el plan Barruch prueba sus ulteriores intenciones. Pues bajo el plan soviético, si América, país libre y pacífico, se desarmara, Rusia podría fácilmente escapar gracias al control rígido que se ejerce en todos los movimientos de personas y de noticias. Así, Rusia podría continuar armándose tranquilamente hasta el día elegido por ella para entrar en acción. Esta cuestión del desarme atómico, considerada objetivamente, contradice a los que, a imitación de los rusos, hablan sin cesar de la "diplomacia atómica" de los Estados Unidos.

El observador imparcial, estudiando las dos actitudes, llegará por sí mismo a la conclusión que se impone.

Esta diferencia fundamental y hasta insuperable nos demuestra que sobre esta cuestión vital para todos nosotros las probabilidades de éxito están reducidas al mínimo, es decir, lo serían ya bajo condiciones políticas favorables. Lo son todavía más en la hora actual, cuando las tensiones internacionales dan muy poca esperanza para un acuerdo de las potencias.

No hay que sorprenderse, pues, si la Conferencia de Londres no conduce a nada. Sin duda, se puede prever que las potencias acabarán en un aplazamiento y no en una ruptura. Pero es todo lo que se puede esperar. En esto mismo, aun los comunicados optimistas no pueden engañarnos. Por lo menos no hay que dar a las cosas más tinte de tragedia que el que tienen en realidad. Pues si la Conferencia no es un éxito, su fin no significará tampoco un empeoramiento de la situación; no será más que la comprobación de un estado de hecho, desde ahora innegable. Este callejón sin salida indica, por otra parte, a las naciones libres el camino que deben seguir. Puesto que la U. R. S. S. no quiere un desarme honrado, demuestra con ello sus intenciones de conquista militar. Contra este peligro no hay más que un remedio: ser más poderoso que el agresor eventual, y, además, combinar esta fuerza con paciencia y sangre fría. Una diplomacia apoyada por medios efectivos, pero determinada a asegurar la paz dentro de un verdadero sistema de seguridad, es el único remedio eficaz para hacer frente al peligro que representa una potencia totalitaria que quiere imponer su filosofía atea al mundo.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

ARTE Y PREHISTORIA

Las convenciones de la vida intelectual conspiran muchas veces a encasillar temas científicos y tareas humanas con criterios de una mísera comodidad. Nada más falazmente obvio, por ejemplo, que considerar la Prehistoria como un coto ajeno a los intereses de un estudioso con prestigio en otras disciplinas intelectuales, sobre todo en provincias como las del arte moderno y modernísimo. Y es que se tiende, acaso inconscientemente, a convertir al creador científi-

co en prisionero de su obra ya hecha, como si no fuera ante todo su autor.

La reciente gran obra de Camón Aznar sobre *Las artes y los pueblos de España primitiva* (Edit. Espasa-Calpe, Madrid, 1954) contiene en sí misma gran número de novedades que habrán de nutrir largamente la reflexión sobre el arte y la vida prehistórica en el marco peninsular ibérico. Ya esto es un notable mérito: suscitar cuestiones, revisar criterios, replantear problemas y aventurar nuevas soluciones—tal hace Camón a lo largo de las casi mil páginas del libro—. no es lo menos valioso que se puede traer a una ciencia, sobre todo a ciencias tan *in fieri* como la Prehistoria, y tan poco merecedoras, por ello, de una excesiva escolastización.

Pero no es sólo que este libro ofrezca novedades capaces de fertilizar los estudios prehistóricos: es que él mismo es ya insólita novedad en el sentido antes apuntado, por representar la incursión científica de un gran estudioso del arte moderno en el arte antiquísimo.

Por esta vez, sin embargo, las vestales de la especialización no deberán escandalizarse: ante todo porque Camón Aznar, veterano profesor de arqueología, muestra moverse por sus dominios con el más consciente desembarazo. Mas también por otra razón previa, que quizá pueda parecer sutil, pero que en nuestra opinión es fundamental: la simple razón de que en el fondo lo más parecido al arte prehistórico es el arte contemporáneo, cuya exégesis y estudio cuenta a Camón entre sus más agudos y militantes intérpretes. Lo más representativo del arte actual, desde el expresionismo hasta la abstración, tiene en la prehistoria ibérica el más asombroso paralelo tipológico con pinturas como las levantinas y las esquemáticas, o con las insculturas y decoraciones cerámicas; y tampoco por azar un grupo artístico refinadamente moderno se cobija y autodefine bajo el nombre de Escuela de Altamira.

Pues bien: acaecía que todo aquel arte español, cronológicamente remoto, pero espiritualmente modernísimo, apenas había recibido la visita intelectual de estudiosos con experiencias de la sensibilidad artística moderna; esto es, de una sensibilidad que empalma, por encima de los milenios, con las expresiones instintivas del artista prehistórico. Camón Aznar ha sido entre nosotros ese primer visitante. Hay que leer en este libro suyo la exégesis de aquellos arcaicos y actuales monumentos de humanidad artística para apreciar cuánto añade a la visión arqueológica un mirar saturado de humanismo, de anímica sintonía y de familiaridad estética con el arte de aquellos hombres y épocas en tensión. Y uno

piensa si para captar ciertos mensajes de la más profunda antigüedad no será condición indispensable levantar las antenas hacia las costas de la más alta modernidad.

Pero este libro de Camón aspira a algo más que a comentar el arte prehistórico. Significa una reconstrucción personalísima y casi total de los esquemas habituales, desde los cronológicos hasta los clasificatorios. Especial fuerza convincente tiene, a nuestro parecer, su consideración del Paleolítico inferior como la etapa más quieta e inalterada del quehacer humano, sumida en una persistencia—como dice Camón—casi biológica, impertérrita a la sucesión temporal: una etapa a la que habría acaso que llamar, siguiendo la pauta de otras novedosas rotulaciones del autor, Anhistoria más bien que Prehistoria.

Por lo demás, llamará la atención en esta reconstrucción de la vida paleolítica la negativa a aceptar que la talla de la piedra sea lo que defina las época. A Camón no se le oculta que prescindiendo de ese criterio arroja un poco por la borda el asidero más amado por los arqueólogos, el más tradicionalmente sólido y, tantas veces, el único positivo. Pero es que una íntima prevención frente a todo positivismo orienta la tarea de Camón. Con una reacción bastante deliberada y extrema, él ha enarbolado en las vastas regiones de la Prehistoria una bandera idealista. Este es, a nuestro entender, uno de los rasgos que define su actitud, y este gesto suyo inerva las muchas posturas originales de Camón ante cuestiones históricas, cuya mera enumeración podría ocupar varias páginas en una recensión con pretensiones de exhaustiva.

Más concretamente, este idealismo tiende a erigir muchas veces en hilo conductor del acontecer prehistórico (sobre todo a partir del período que él llama Calpense, iniciado hacia el 140.000) el mundo de ideas, sobre todo de tipo religioso, que hubieron de presidir la vida prehistórica. En este sentido la interpretación de la pintura franco-cantábrica, como debida a la magia de propiciación (exégesis plenamente satisfactoria), es prolongada por Camón a diversos momentos de dicho arte, cuya perfección realista resultaría graduada precisamente desde una voluntad de perfección mágica.

Y en esta tendencia a centrar los diversos momentos culturales en otras tantas actitudes ideales—magia en las etapas ibero-aquitana y altamirense, religión de lo espectral y funerario en la pintura levantina, culto a los muertos en las esquemáticas, etc.—, tendencia justificada muchas veces por el carácter de los monumentos, no deja de bordear Camón otras veces los riesgos de la hipótesis

audaz. Riesgos asumidos por él con una intrépida conciencia de que la función del quehacer histórico es buscar a todo trance íntimas coherencias, por muy incoherentes y saltuarios que sean sus vestigios. Con tal de aclarar hasta el máximo los numerosos enigmas humanos de la Prehistoria, Camón Aznar ha preferido, pues, renunciar a una infalibilidad asequible a fuerza de inhibiciones de juicio y de elusiones cautas.

Una gran cosecha de novedades y de perspectivas inéditas aporta así el autor a la investigación, que de ahora en adelante se verá obligada a acudir a la cita polémica planteada por Camón en múltiples terrenos. Hay ciertos momentos de la ciencia en los que se echa de menos a un animador. Camón lo es con este libro en el ámbito de la Prehistoria española. Después de él va a ser menos fácil seguir aferrándose a no pocas nociones, criterios e interpretaciones, que a fuerza de transmitirse endémicamente de libro en libro habían logrado una subrepticia autoridad. Será difícil, por citar sólo un ejemplo, seguir creyendo en la desmesurada duración del arte del Paleolítico superior como un arte que durase cuarenta mil años: desde las leyes de la creación artística, Camón arguye, con plena razón, que no hay tensión creadora capaz de mantenerse imperturbable durante tan dilatado cauce temporal.

En resumen, cabe decir que esta obra vertebra con denuedo el movedizo panorama centimilenario de la Prehistoria ibérica, cuyos *disiecta membra* son de por sí tan rebeldes a una organización coherente. Si, como es obvio, tal organización no resultaba exenta de un alto coeficiente de riesgo, hay que decir también que muchos de los frutos obtenidos evidencian como fecunda la ardua empresa renovadora. No es el menor de ellos el de haber proporcionado al lector estudioso una visión armónica y total del pasado peninsular hasta la época romana, elaborada con una amplitud de miras e incluso de extensión muy superior a la de los libros semejantes.

Tampoco es olvidable, en este libro indefectiblemente sugeridor, la fascinación de esa prosa tan peculiar de Camón, henchida por el soplo de no sé qué anfibias musas del saber científico y del encanto verbal. Sutiles musas, tan propicias a Camón Aznar como ausentes de los folios arqueológicos. Hay páginas en este libro que cabría elegir sin vacilación para confeccionar una antología de la inspiración historiográfica: el lector que quiera verificar este juicio abra el libro por capítulos como los que analizan, por ejemplo, el sentido plástico de los pintores altamirenses, o el trémulo impresionismo de los cazadores levantinos, o la religiosidad que llamea en esas oferente de los bronces ibéricos.

Más de ochocientas ilustraciones hacen de este volumen un Corpus antológico del arte español anterior a lo romano. Raras son hoy en Europa las editoriales, privadas u oficiales, capaces de estampar libros de tanta prestancia como este de la Espasa-Calpe. Todo sumado, a esta obra de José Camón Aznar le está reservado un destino que sólo alcanzan los libros de talla nada común y de trascendencia singular.

ÁNGEL ÁLVAREZ DE MIRANDA

LA NOVELA DE 1954: *A FABLE* (UNA LEYENDA), DE WILLIAM FAULKNER

A Fable, la obra de Faulkner que hemos visto aparecer en 1954, después de una elaboración de nueve años, quedará probablemente a la vez como un fracaso y como uno de los hitos capitales de la novelística de este siglo. Para empezar considerando el libro dentro de la producción de William Faulkner, es evidente que *A Fable* marca un cambio en el designio creativo, aunque no en los medios inmediatos y estilísticos; Faulkner aquí ha querido hacer la novela grande, por extensión y por tema, con alcance simbólico y profundidad total, representativa de algo que importa para toda la Humanidad. No lo ha logrado más que a medias, pero su intención hará época: el mejor novelista de nuestros años ha prescindido de la seguridad de un tema limitado y realista, una *tranche de vie* para lanzarse a la invención de una gran fábula poética, con todos los peligros que para él suponía y en los que a veces parece que se ha complacido malignamente en ahondar y exagerar. Tal vez Faulkner no podrá hacer nunca esa "obra mayor" que ahora ha dejado entrever: su don poético e hipnótico está contrapesado por una irrefrenable desmesura arbitraria, que le tienta a romper siempre por algún lado la coherencia interna de sus relatos (incluso contra el punto de vista alucinado en que nos sitúa desde el arranque). Pero es significativo que Faulkner haya querido superar un evidente desequilibrio que solía haber en sus obras entre el tema de la narración y la riqueza sugestiva con que se desarrollaban momento por momento: en algunos casos teníamos una verdadera sensación de desperdicio ante la maestría poética con que se nos imponían ciertas escenas de una acción total relativamente baladí, pequeña

al lado de la atmósfera de genuino *pathos* trágico que podía bañar un libro entero sin llegar a transfigurar el argumento. No sólo sirve de ejemplo para esta afirmación el célebre *Santuario*, sino incluso alguna novela de construcción más "clásica" del relato, como *Intruso en el polvo*, donde, aun tratándose de uno de los más visibles logros faulknerianos, se tiene la sensación de una distancia y un alejamiento entre la enérgica inmediatez del relato y la línea general de la peripecia. Se podría decir, paradójicamente, que Faulkner, a pesar de la radical novedad de su narrativa, seguía siendo, por lo que toca a su mundo y sus argumentos, un novelista análogo a un Balzac o a un Galdós: un novelista de costumbres locales, regionales, cuyos relatos se benefician del plus de interés general que les confiere el aparecer como muestra y representaciones de todo un mundillo preciso. (Es sabido que Faulkner ha dibujado un mapa del imaginario condado de Yoknapatahwa, escenario de gran parte de sus libros, indicando los respectivos lugares donde se deben situar.)

Esto ha terminado con *A Fable*. El tema elegido para tal cambio probablemente condenaba a Faulkner a inevitable fracaso: se trata de una curiosa actualización de la Pasión de Jesucristo en el ambiente de la guerra europea de 1914-18. Pero esto es así y no es así: ni por un momento se haga ilusiones el pío lector de que se trata simplemente de volver a contar la narración evangélica con trajes de hoy; esta clave sirve para poco porque queda desplazada y sumergida por otros significados, simbolismos y contenidos narrativos, sin que al final podamos estar seguros de nada. Esto y las ya habituales dificultades faulknerianas de falta de explicaciones, la total sumersión en la imagen de cada instante y, en oleadas intermitentes, su curiosa verborrea personal, desatada, ebria, salpicada de metáforas y conceptos totalmente literarios, hacen que *A Fable* bata quizá el *record* de la dificultad de lectura. Confieso que las 437 páginas de este libro me han costado mucho más tiempo—y muchísimo más fósforo, por supuesto—que los dos millares de páginas de *Guerra y paz*, de Tolstoi, aunque también he de decir que mi imposibilidad de abandonar definitivamente su lectura era tan imperiosa como en el delicioso clásico ruso. Hasta ahora el *Ulises* de Joyce solía valer como término de comparación en la dificultad; pero después de *A Fable* resulta de una claridad casi banal. Habrá que tomar desde ahora *Finnegan's Wake* como "punto de ebullición" en nuestra escala.

En *A Fable*, para seguir con la materia argumental, hay, en primer lugar, que descartar algunas intercalaciones que no tienen

absolutamente nada que ver con el libro: sobre todo, la historia del ladrón de caballos—desde la página 151 hasta la 189—, que, en efecto, se había publicado antes en revista como unidad independiente. Después hay personajes—como el predicador negro—que permanecen siempre misteriosos, inútiles. Y, por fin, el núcleo central de la historia sufre en las últimas páginas una banalización alegórica que no habríamos creído posible entre las varias sorpresas que Faulkner siempre depara.

El punto de arranque de la peripecia es el específico amotinamiento de un regimiento francés que se niega a continuar la guerra. El cabecilla del plante resulta ser un misterioso cabo, de procedencia geográfica de algún país mediterráneo-oriental, ayudado por un pelotón de doce hombres. Un rayo de luz parece delinear el simbolismo: el cabo hará de Crucificado y su pelotón de grupo de apóstoles, aunque el único contenido espiritual visible de su asociación sea un genérico pacifismo y aunque el silencioso cabo no realice más que un curioso sistema financiero de préstamos a los soldados del regimiento, con caracteres de lotería por las probabilidades que tienen todos de morir y con ello saldar su deuda. El amotinamiento da lugar a una inesperada pausa en toda la actividad bélica del frente, y un general alemán se reúne con sus colegas enemigos para hablar... Pero no sigamos en el intento de dar el "argumento" de *A Fable*: desde fuera, tendría caracteres de manicomio si le quitásemos su íntima justificación dada—cuando está dada—por el vigor mismo de la narración.

De cuando en cuando hay alguna circunstancia que refuerza la línea de simbolismo, casi en forma deliberada y artificiosa: aparecerán las "tres Marías", aunque, para dar un solo rasgo de la lejanía a todo alegorismo literal, diremos que una de ellas aparece como mujer del cabo y ex prostituta de Marsella. Habrá—alterando la línea evangélica de sucesión—tentación en el monte (el tentador es el general en jefe, que resulta ser padre natural del cabo) y—siempre dentro de la sucesión de los días de la semana, que sirven de divisoria a los capítulos del libro—el cabo será condenado a muerte entre dos ladrones y fusilado el "viernes". Su cuerpo, recogido por los familiares, será enterrado en un huerto y luego desenterrado por los obuses, para ir a parar azarosamente—en una de las mejores escenas del libro—al ataúd de otro soldado recogido entre las víctimas de un fuerte. Finalmente resulta—y aquí la innecesaria trivialización a que aludíamos antes—que este cadáver estaba destinado a quedar como "soldado desconocido" bajo el Arco de la Estrella de París, donde termina el libro con una escena de

honores militares, turbada por un mutilado que protesta contra la guerra. En contrapunto con esta línea de peripecia, el lector debe contar con varias líneas más de acción personal llevadas por otros personajes, principalmente por dos soldados: el "enlace" y el joven piloto, cuya especial sugestión tiene probablemente una base autobiográfica. Y, naturalmente, cien mil imprevistos surgen para desconcertar, emocinar u oscurecer al paciente lector. La primera idea de un simbolismo cristiano, después de poner en marcha la fantasía de Faulkner, ha quedado casi desplazada, y a veces contradicha por la tendencia característica del escritor a sumergirse ciegamente en la entrega a la realidad de los meandros de la acción. En otro lugar (1) hemos analizado lo típico del efecto de Faulkner sobre el lector como una hipnótica entrega a los hechos y objetos, con sólo ocasionales ráfagas de pensamiento que no explica nada, sino que sólo glosan y lirifican la presencia ciega de esas realidades. Esta tendencia es difícil de armonizar con un proyecto de narración construída en forma de "fábula", de "leyenda"; es decir, de manera que rebase el carácter individual e inmediato de la novela habitual, para adquirir un cierto modo de universalidad casi simbólica, como el de algunas parábolas. Y la dificultad se centuplica por radicar ese carácter de "leyenda" nada menos que en la historia evangélica de la Crucifixión: una falsilla demasiado poderosa para admitir traslaciones y reencarnaciones literarias. El libro de Faulkner, cuya realización tipográfica posee ese pulcro virtuosismo de proporciones a que nos van acostumbrando los *graphic architects* americanos, está todo él decorado con pequeñas cruces, solas o de tres en tres, marcando las divisiones del texto. Pero la cruz es cosa peligrosa, casi imposible para un novelista, sobre todo si no es para acercarse a ella directamente, al hilo de los Evangelios.

Se comprende, aun sólo por lo dicho, que *A Fable* no podía evitar ser un fracaso. Y Faulkner mismo lo sabría, pero ello no ha detenido su olímpica y genial indiferencia: le interesaría más este hermoso fracaso que las relativas conciliaciones de sus obras anteriores, donde los desequilibrios se contrapesan por la emoción de la lectura. (Sólo hay "redondez" formal en alguna novela corta faulkneriana, como el inolvidable *Old Man* de la inundación del Missisippí.)

Al confesar, por nuestra parte, que los trozos logrados en *A Fable* son precisamente los trozos de "viejo estilo", parecemos dar una sombría previsión para el futuro de la labor de Faulkner; pero

(1) "La nueva objetividad del arte (en Rilke, Faulkner, Picasso, Le Corbusier y L. Armstrong)", en *Arbor*. Noviembre, 1954.

preferiríamos en todo caso nuevos fallos a un regreso a los modos ya realizados (también tocados, como decíamos, de otra peculiar inestabilidad). Es más, la confianza en que Faulkner no volverá atrás y, mal o bien, seguirá adentrándose en caminos de renovación, nos mantiene ilusionados e intrigados, dispuestos a precipitarnos a la librería ante la noticia de un nuevo libro suyo.

Nuestro interés crece si consideramos *A Fable* en el horizonte actual de la literatura en el mundo, donde ya era hora que alguien diera un paso decidido al frente, aunque fuera errando, para la conquista de otros filones novelísticos. Al lado del éxito que, sobre todo en 1954, ha ensalzado a un novelista limitado, aunque auténtico, como Hemingway, la empresa faulkneriana acentúa su carácter de exploración y sacrificio. Ahora, con *A Fable*, vemos mejor que nunca el cierre de todo un período novelístico y la exigencia de otro nuevo: el propio Faulkner, hasta ahora, había utilizado restos y formas del ciclo anterior como pretextos argumentales para muchas de sus novelas. Ahora, en cambio, se enfrenta en soledad con lo desconocido. No sabemos exactamente cómo puede ser la novela que ha de venir. Hace poco, José María Castellet señalaba en *Correo Literario* la tendencia hacia una síntesis de realismo e idealismo en la novela, y, en efecto, esta idea puede servir de base para un diagnóstico y pronóstico. Es evidente que no se van a abandonar las conquistas del "realismo", sobre todo del realismo en la forma poética que hoy es de curso legal; la cuestión estaría en ver el sentido del "idealismo". Un camino de idealización—señalado también por Castellet—sería la novela de evasión de Truman Capote, pero a mí me parece que se trata de una falsa evasión infantilizadora, de carácter sofisticado y narcisista. Por otra parte, estas evasiones novelísticas hacia la infancia suelen tener un carácter de obra única (pienso, como ejemplos inolvidables, en *Fermina Márquez*, de Valéry-Larbaud, o en *Le grand Meaulnes;* mejor dicho, en la primera mitad de la obra mágica de Fournier). El camino auténtico, a mi juicio, lo señalaría confusamente Faulkner con *A Fable*, el único camino de ilusión y sorpresa que nos queda a los tristes y pacientes aficionados a la novela. Lo demás, son mundos cerrados y consabidos, susceptibles aún de completamientos o de nuevas variaciones sobre viejos temas, pero sin capacidad de impacientarnos por la compra de un nuevo título; ni las pequeñas obscenidades de Moravia, ni las jovialidades, a la larga tan cansadas, de Joyce Cary, ni el venerable mundo de la novela francesa, desapareciendo suavemente en una confortable jubilación, pueden acelerar nuestro pulso ante un escaparate. Graham Greene, el "catedrá-

tico de la asignatura" en la máxima cátedra, la inglesa, pasa años de difícil silencio, rotos por una lamentable novelita corta, *Gana el que pierde.*

Lo que querríamos todos es que empezasen a salir novelas que, sin perder la riqueza de realidad que se ha aprendido a conquistar, tuviesen también un mayor sentido inventivo y fabulador, casi diríamos simbólico, sin caer en la alegoría, que vigorizara el interés de la peripecia y que permitiese a los personajes "hacer" y "sufrir", además de ser; una novela más poética, pero no en el sentido usual de sensibilidad lírica, sino de creación total de leyendas (y quizá el título de la obra de Faulkner, *A Fable,* "una fábula" o "una leyenda" revele ya su intensión—y su parte de fracaso—: no se debería emplear como título lo que debería valer como subtítulo, como clasificación). Querríamos todos, en una palabra, no haber perdido completamente la novelística de *La isla del tesoro* si hemos de vivir en las consecuencias de Joyce y de Proust. Pero tampoco basta con una mezcla de ambas instancias, como hasta cierto punto es el caso de Greene: tendría que nacer una novela que valiera como otra creación, no como síntesis. ¿Nacerá tras esta enmarañada profecía faulkneriana? Las cosas no brotan cuando les llega el turno histórico, sino cuando Dios quiere.

JOSÉ MARÍA VALVERDE

EL IDEAL CONSERVADOR

Un síntoma consolador en estos tiempos de disolución general y de creciente amenaza materialista lo constituye sin duda la reacción conservadora que se está produciendo en los EE. UU., donde actualmente el término "conservador" es sinónimo de orden, rectitud y sano patriotismo, mientras que, por el otro lado, la denominación de "liberal" es equivalente a izquierdista rusófilo y contrario a las genuinas tradiciones del pueblo americano.

Dada la evolución de los tiempos y las grandes conmociones producidas por la guerra y sus consecuencias, a estas alturas en los EE. UU. los términos "conservador" o "liberal" no tienen exactamente la misma significación política que representaban a principios del siglo pasado, sino que expresan algo más profundo y serio. Como ya no se trata de clasificaciones políticas ni de parti-

dismos, de ahí que actualmente los elementos llamados "conservadores" en los EE. UU. se encuentran entre los fieles de todas las religiones (católicos, protestantes y judíos), así como entre los miembros de los dos partidos tradicionales.

No obstante que culturalmente todavía en los EE. UU. siguen predominando en las Universidades y centros académicos las tendencias racionalistas y positivistas, sin embargo, gracias a la labor de las Universidades católicas y la creciente publicación de libros de filosofía católica, debidos a los principales intelectuales católicos europeos, como Belloc, Dawson, Maritain, Gilson, Pieper, Riesman, Röpke, Von Mises, etc., etc., gradualmente se va produciendo un cambio en la antigua mentalidad liberal racionalista del siglo pasado.

Mientras que del lado católico las enseñanzas pontificias, las instrucciones pastorales de los obispos, la labor de los periodistas católicos y las publicaciones de autores cristianos han contribuído enormemente al cambio que se está operando en los EE. UU., por otra parte también autores protestantes han venido a confirmar por distintos caminos lo que ya desde finales del siglo XVIII autores católicos, como el conde José de Maistre, Luis de Bonald y el padre Ramière, S. J., previeron en los fatales principios de la Revolución.

Entre las publicaciones del año que acaba de terminar, la mayor parte de los críticos bibliográficos han estado de acuerdo en señalar como el "libro del año" a la importante obra del profesor de Historia en la Universidad de Michigan, Russell Kirk, sobre el *Programa conservador*, que es una continuación del mismo tema desarrollado en su obra anterior: *El pensamiento conservador*, que también obtuvo gran resonancia bibliográfica.

Completamente al margen de las disputas políticas de carácter partidista, las dos obras de Russell Kirk más bien constituyen un profundo estudio sobre la crisis del mundo moderno. Mientras que en el primer tomo—*The conservative mind*—sigue más o menos la trayectoria del gran estadista irlandés Edmundo Burke, que salvó a Inglaterra de la nefasta influencia de la Revolución Francesa, en esta segunda obra sobre el *Programa conservador (A program for conservatives)*, Russell Kirk estudia el desarrollo de las ideas y filosofía racionalistas, con sus funestísimas consecuencias en todos los órdenes de la vida.

Leyendo detenidamente esta obra de Russell Kirk, que procede de unos emigrantes puritanos venidos de Irlanda y establecidos en Massachusetts, resulta extraordinariamente interesante comprobar cómo todas las consecuencias que examina nuestro autor y la crí-

tica certera que hace de la concepción racionalista del mundo vienen a coincidir plenamente con todo lo manifestado por los principales autores de la escuela tradicionalista, principalmente española, como Donoso Cortés, Aparisi y Guijarro, Balmes, Menéndez y Pelayo, Vázquez de Mella, Pradera, Pemán, etc.

Sin que Russell Kirk conozca a ninguno de estos autores españoles, estamos completamente seguros que aprobaría en más de un 90 por 100 las tesis de los referidos autores.

Todo cuanto un servidor ha venido sosteniendo contra viento y marea en mis artículos periodísticos en el ambiente izquierdista y heterodoxo de la República de El Salvador, donde nadie del lado católico ha tenido el valor de combatir enérgicamente a las fuerzas triunfantes de la revolución atea, lo he encontrado plenamente confirmado en la interesantísima obra de Russell Kirk. Ya sea que Kirk analice la funesta filosofía pragmatista de John Dewey, el patriarca de la educación positivista yanqui; o se refiera a la anarquía espiritual de importantes sectores de la juventud yanqui, a la falta de sentido jerárquico y aristocrático producido por el igualitarismo democrático; o bien estudie las tendencias radicales y socialistas en el campo social y económico; o, por último, se refiera también al valor de la tradición y su menosprecio por los "liberales", que prepararon el camino y siguen siendo los cómplices de la infiltración comunista; en cualquiera de estos aspectos, el referido autor está plenamente de acuerdo con todo lo que los Romanos Pontífices vienen proclamando desde hace más de un siglo. Desgraciadamente, el mundo moderno, enloquecido por las falacias del liberalismo, ciego por el desarrollo inaudito e irrefrenado de todos los apetitos y concupiscencias, se ha dejado arrastrar fatalmente por todas las demagogias y tendencias anticristianas; pero esta carrera loca ha conducido al mundo al caos de nuestros días, donde no se vislumbra otra solución que la tercera guerra mundial, con bombas atómicas, de hidrógeno y cobalto, cuyo poder destructivo sobrepasa toda idea.

Si en el orden internacional tenemos la perspectiva espantosa de la tercera guerra mundial, en el orden interior de las principales naciones de Europa y América lo que vemos es la insustancialidad, la frivolidad y el culto pagano al dinero y a la sensualidad más sobreexcitante.

El olvido de la tradición, el menosprecio de la Historia, la despreocupación religiosa, la falta de sentido serio de la vida con su estricto sentido de responsabilidad moral; todo esto es lo que engendra el comunismo, que no podrá jamás ser vencido a base de

la conocida fórmula liberal de "cocina y despensa" o de "pan y circo". El problema del comunismo no es un problema estrictamente económico como piensan los liberales yanquis, quienes creen que con dólares y maquinaria para los pueblos "subdesarrollados" está todo resuelto. Russell Kirk, al referirse a esta política desarrollada por el Presidente Truman, conocida bajo el "Plan Marshall" y el "Punto cuarto", se manifiesta sumamente indignado por esta desconsideración de la dignidad humana, que sólo ve el problema estomacal.

Criticando el concepto materialista y frívolo del llamado *American way of life*, Kirk protesta enérgicamente contra la política opresora del espíritu realizada por las autoridades yanquis en Alemania y Japón, donde so pretexto de "reeducación" y "desnazificación" se quiso imponer el concepto americano de la vida a esos países que tienen una tradición cultural y espiritual valiosa, que no necesitaban la "ayuda" de los pedagogos yanquis de formación deweyista... Lo cuerdo, lo prudente, hubiera sido—dice Kirk—estimular a los sectores sanos de esos países, para que ellos mismos se encargaran de rectificar los errores pasados y dejarlos seguir su tradicional camino de vida.

Este mismo error o manía racionalista de querer imponer a todo el mundo el *American way of life* es el mismo que cometió Wilson cuando metió a los EE. UU. en la primera guerra mundial para "establecer la democracia en el mundo".

Los resultados de estas pretensiones no han podido ser más fatales para los mismos EE. UU., y con ello se han echado más adiosidades que ganado amistades, dice también Kirk.

Censurando siempre la temática del racionalismo liberal, Kirk ataca también ese engendro monstruoso de las Naciones Unidas, lleno de falsedades, contradicciones e hipocresías. De seguir prevaleciendo esa tendencia hacia el "Gobierno mundial" por las Naciones Unidas, la Constitución de los EE. UU. y su *Bill of rights* están gravemente amenazados.

Como todos estos aspectos no son sino consecuencias de una misma raíz, Kirk, a través de todo su libro, insiste en señalar que la causa del mal es de orden espiritual y no económico.

Si la causa del mal es espiritual, Kirk, siguiendo a Burke, dice que es necesario volver al concepto tradicional y aristocrático de la sociedad. La práctica de "la gracia no comprada" no podrá sobrevivir si este principio es suprimido; por ello, este principio tiene que ser alimentado en cada generación por los hombres y mujeres que tienen riqueza, poder y eminencia. En cuanto este sentimiento

complejo de la tradición que llamamos "la gracia no comprada de la vida" mantenga su atracción para los dirigentes de la sociedad, "estaremos salvos juntamente", como decía Burke al duque de Bedford.

Pero si estas ideas de deber, honor, rectitud y belleza son consideradas como "ridículas, absurdas y anticuadas" por hombres que hacen nuestras leyes y establecen nuestros programas escolares, entonces el cemento de la sociedad empieza a crujir, y todo soporte de existencia está amenazado.

"Cuando la Naturaleza es desobedecida y surge la rebelión contra el mundo de la razón, del orden, de la paz, de la virtud y de la penitencia fructuosa—dice Burke—, se desemboca en el antagonismo del mundo del mal con la discordia, el vicio, la confusión y pena inconsolables...

"Entre las causas del desorden que ha sobrevenido en el mundo moderno, yo creo—prosigue Kirk—que el general desprecio por la completa idea de la gracia no comprada de la vida ha sido una de las principales. El espíritu moderno ha despreciado todas estas distinciones entre hombre y hombre que implica el concepto de "ORDEN", y así se ha privado a sí mismo de la dirección social inspirada en la sensibilidad de este principio y puesto sobre sí mismo la astucia o la fuerza. El espíritu moderno ha olvidado que existe una gracia no comprada más valiosa que cualquier grado de engrandecimiento material, y así ha negado también las exigencias de la verdadera cultura y se ha condenado a sí mismo a la ignorancia, y esta ignorancia o barbarie amenaza destruir la imaginación especulativa que inspira toda alta civilización. El espíritu moderno ha puesto todo su empeño en dejar a un lado a aquellas clases y educación que conocían el sentido de la justicia, y así está amenazado por un poder de fraude y violencia que no puede ser detenido por una política de fuerza. El espíritu moderno ha hecho de la utilidad la base de su política, y así ha quedado indefenso contra el interés propio del fiero egoísmo y del duro peso de los intereses creados. El espíritu moderno no ha querido comprender la admonición de Burke, que, para amar a nuestra patria, la patria merece ser amada; y así nos ha sometido a la más odiosa ola de deformación arquitectónica y de desquiciamiento artístico que jamás civilización alguna haya visto. El espíritu moderno ha concebido al hombre como una mosca de verano, y así le ha privado de la sabiduría de nuestros antepasados y dejado huérfana la porción de nuestra posteridad."

Muchísimos otros aspectos sobre el grave desquiciamiento moral

de nuestro tiempo son señalados por este autor con magistral patetismo, sin dejar de mencionar el triste espectáculo de la actual juventud yanqui, desorientada por los malos ejemplos de los hogares rotos, la pésima orientación cultural positivista y materialista predominante en la mayoría de las Universidades y colegios laicos, cuyos frutos los tenemos en el auge de la delincuencia juvenil de ambos sexos, y que día a día va tomando caracteres alarmantes.

Finalmente, no quiero terminar sin recordar otro aspecto muy importante en la crisis de nuestro tiempo. Kirk condena con severidad y energía la tendencia desenfrenada hacia la riqueza, el dinero y el lujo. El liberalismo—dice Kirk—ha fomentado la idea de un exagerado bienestar material y ha despreciado las virtudes evangélicas de la pobreza y el desprendimiento. Este espíritu moderno de buscar desenfrenadamente la abundancia de bienes materiales y rechazar la pobreza es el que ha engendrado la rebelión de las masas proletarias, que amenazan sumergirnos en una vasta esclavitud.

RICARDO FUENTES CASTELLANOS

UN LIBRO SOBRE PINTURA MODERNA

La *Historia de la pintura moderna*, de Sheldon Cheney, viene a llenar entre nosotros un vacío que se hacía notar de un modo insistente, al ofrecernos una historia viva de las corrientes de la pintura moderna.

En un momento en que la nueva estética ha llegado por multitud de caminos a una perfecta madurez expresiva, existen todavía obstinados que no quieren reconocerla. Para todos éstos, la *Historia de la pintura moderna*, de Sheldon Cheney, será una luminosa revelación. Y para quienes aman el arte moderno, el esfuerzo de Cheney representa la serena comprobación de una de las más apasionantes aventuras que a la Humanidad le ha tocado vivir: la aventura del arte de nuestro tiempo, avanzando a pesar de críticas y de obstinaciones hacia las cumbres de individualizada expresividad que el nuevo arte nos ofrece.

Nadie mejor que Sheldon Cheney podía ofrecernos esta visión exhaustiva y rigurosa que él nos ofrece, ya que este autor cuenta entre quienes han estado más preocupados en todo momento por el

arte de nuestros días, siendo uno de los mejores conocedores que nos ofrece Norteamérica.

En dos anteriores libros suyos había estudiado, desde un punto de vista estrictamente teórico, los elementos del arte moderno. Tanto en el primero de ellos—*A Primer of Modern Art*—como en el siguiente—*Expressionism in Art*—se enfrentaba Cheney con la raíz interior de la moderna obra de arte, buscaba la esencia de su creación. En la *Historia de la pintura moderna* se detiene Cheney, en cambio, en la consideración de la vida y obra de los nuevos creadores. Cheney, en el prólogo a su obra, expresa que con esta visión histórica ha querido lograr el respeto de los futuros lectores hacia los creadores del arte hodierno, poniendo al alcance de todos el esfuerzo gigantesco de quienes han luchado por formas inéditas de expresión y pensando especialmente en quienes se resisten a admitir la autenticidad de nuevos caminos en el arte: "La única manera de establecer contacto con estas personas (las ciegas a la forma) me pareció ser el volver atrás y hacerles ver cómo los artistas que crearon el arte moderno llegaron a abandonar el arte antiguo; referir biográfica y cronológicamente la historia del arte moderno, llevando al lector, por así decirlo, a lo largo de la vida de cada uno de los grandes revolucionarios, hasta llegar, finalmente, con cada uno de ellos al descubrimiento de los valores que existen más allá de los realistas, sentimentales y literarios. El lector aferrado al realismo podría quizá seguir rechazando las llameantes telas de Van Gogh por exageradas y anarquistas; pero después de leer la historia que Van Gogh hizo de todos los demás bienes de la vida en aras de la calidad formal, se vería obligado a admitir que en arte existe una propiedad que rebasa a las previamente conocidas por él. De ese modo se abre el camino al reconocimiento de toda la serie de componentes formales y místicos aportados por los artistas modernos."

La eficacia práctica que Cheney alcanza en su obra nos da la medida del amor con que fué escrita. De este modo puede ofrecernos, a través de un itinerario constantemente vivo, una perfecta vía de accesión a los principios estéticos del arte nuevo, porque de la consideración aislada de la pintura como forma de expresión podemos sacar principios válidos para la historia del arte en general. Es revelador que el título de la edición norteamericana de este libro fuese *A Story of Modern Art*, traducido entre nosotros, con el consentimiento del autor, como *Historia de la pintura moderna*, ya que él reconoce haberse limitado al estudio de la pintura por verla como avanzadilla del arte y centinela de los modos modernos

de expresión: "Al descubrir, cuando intenté incluir en mi plan lo relativo a la escultura moderna, que en ella las ideas y las innovaciones ocurrían invariablemente después que hubieron surgido las correspondientes en el orden de la pintura; al descubrir, en una palabra, que la historia de la pintura es la originaria historia creadora, decidí limitar mi exposición, redactándola únicamente en función de las vidas y obras de los pintores."

Se ha atendido en la obra de Cheney a una clasificación que no fuese puramente cronológica, sino, como ve el traductor J. Petit, estética, lo que le permite una máxima área de estudio, dentro de la cual caben, al lado de los maestros rigurosamente actuales, quienes, como Goya y David, fueron los iniciadores de un movimiento de liberación de formas caducas, entrando, por tanto, por derecho propio en la actitud renovadora de la nueva estética. Apunta también Petit la máxima posibilidad de objetivación presente en un autor que ha podido asistir al transcurso del arte europeo con la perspectiva de su permanencia en Norteamérica. Su condición nos presta, además, una lúcida visión del arte americano en el capítulo que el autor titula "Vida nueva en las Américas". En él se estudia conscientemente el movimiento pictórico mejicano, tan rico en sus manifestaciones contemporáneas, y se centra en Portinari el esfuerzo de los países sudamericanos, así como se emprende una completa visión del arte estadounidense con su pléyade de interesantes artistas, poco conocidos entre nosotros, que alcanza su mayoría de edad de la mano de un revolucionario programa de ayuda a los artistas, que Estados Unidos emprende en el año 1935.

Pero Cheney estudia con la misma detención todo el arte europeo, aunque se detiene de manera especial en todo lo referente a Francia, país en el que, "como resultado del cruce de las influencias inglesa, francesa y española, había de nacer la pintura contemporánea" (pág. 44).

El esfuerzo editorial de Seix y Barral al ofrecernos una historia de la pintura moderna se ha de agradecer tanto más cuanto que la profusión documental incluída en la obra de Cheney facilita extraordinariamente la lección que podemos entresacar del trabajo del crítico norteamericano. La traducción de J. Petit es cuidada y bella, permitiéndonos conocer una de las obras más representativas de quien cuenta entre los mejores críticos de arte y de teatro en Norteamérica.

J. F.

PANAMA, 1955

Más de una vez nos hemos ocupado en estos comentarios del renglón de sucesos, realidades y problemas que suscita la extendida geografía de los seis países centroamericanos, llamada por algunos los "Balcanes de América". El paralelo con la turbulenta península del sureste europeo se trata de justificar con la inestabilidad política, que hizo en tiempos no lejanos cavilar preocupadamente a los dirigentes de la política europea.

Aceptamos la frase en cuanto el origen y los efectos. Los efectos son bien conocidos, y ahí están últimamente los nombres de Guatemala, Costa Rica, Panamá, Nicaragua o Belice, con los que tanto las postrimetrías de 1954 como la iniciación del presente año han ocupado ediciones y telegramas convulsos, con noticia de conflictos armados, conspiraciones, atentados, revoluciones más o menos manifiestas e incluso un magnicidio.

Terminó 1954 con el triste legado de una estéril Conferencia Económica de los países de América, celebrada en Río de Janeiro, y cuyas conclusiones expresan, corregidas y aumentadas, las desesperanzadoras perspectivas que preveíamos en anterior artículo, dedicado precisamente al estudio de dicha Conferencia. Y apenas pasadas unas horas de 1955, las agencias informativas divulgaban la nueva asombrosa de que el Presidente de la República de Panamá, don José Antonio Remón, había sido asesinado precisamente al cumplirse el XXIV aniversario de la revolución del 2 de enero de 1931.

Los corresponsales enviaban sendas biografías del "hombre fuerte" de la joven República centroamericana, con el documento de que tanto el país como el Presidente coincidían aproximadamente en edad (Panamá, cincuenta y un años; Remón, cuarenta y seis). Nuevamente volvíamos a evocar la figura de este hombre público asombroso nacido hace cuarenta y seis años en la capital panameña en el seno de una familia honorable y de escasos recursos. Cuando el ministro de Méjico en la ciudad del Canal se interesaba por el joven Remón y le enviaba con una beca a cursar estudios militares en la capital azteca, poco podía pensar en que daba el primer paso para la creación de la máxima figura del Panamá de nuestros días. Hay una anécdota que refleja claramente la psicología agradecida y generosa del Presidente desaparecido. Cuando pasados muchos años, ya prohombre político, llega a Méjico en

visita oficial, busca a la dueña de la pensión en donde vivió sus días de estudios y de estrechez económica; la encuentra pobre y desamparada, y le reinstala su antiguo negocio, correspondiendo liberalmente a la ayuda recibida en otro tiempo.

Al volver de Méjico, terminados sus estudios de oficial, ingresa en la Policía, única fuerza armada del país, y por sus maravillosas dotes de mando, por su energía, por el don innato de los auténticos hombres de gobierno, alcanza en poco tiempo el terrible y espinoso puesto de clave política de su país. Cuatro Presidentes llegan y se retiran del Poder sucesivamente bajo la supervisión de José Antonio Remón: Daniel Chanis, Roberto F. Chiari, Arnulfo Arias y Alcibíades Arosemena, el actual embajador de Panamá en Madrid. Por último, en el año 1952, ante la crítica situación interior y la imperiosa necesidad de llegar a una revisión de los viejos acuerdos de explotación del Canal de Panamá, se presenta como candidato a la Presidencia. El triunfo electoral es arrollador.

Hasta este momento, la prensa de todo el continente le ha aludido siempre con notoria simpatía. Los recursos extraordinarios que hubo de utilizar para derribar al ex Presidente Arnulfo Arias, defensor acérrimo de la bandera nacionalista frente a Estados Unidos, ponen un interrogante en los labios de muchos. Es fácil imaginarse que, en vez de una figura auténticamente panameña, pueda temerse la aparición de un instrumento al servicio de intereses extranacionales. Sin embargo, escasos meses de actuación decidida y vigorosa realizan el difícil milagro de que Panamá se encuentre definido en sus necesidades internas, en sus relaciones exteriores, por el Presidente, José Antonio Remón.

Pone fuera de la ley al partido comunista. Realiza los contactos previos con Wáshington para llegar a la revisión del oneroso Tratado de utilización del Canal de Panamá. Sienta las premisas necesarias para una elevación del nivel social de su pueblo. Y cuando llega en visita oficial a los Estados Unidos, los dirigentes de la política yanqui se encuentran con el milagro desconocido: ha nacido una gran figura política en Centroamérica.

En esta visita le acompaña su bella esposa, doña Cecilia Pinell, la ilustre dama que sabe encarnar durante la Reunión Interamericana de Caracas las esencias más puras del folklore de su país, para después, desde su escaño en la Comisión panameña asistente a dicha Conferencia, realizar una eficaz labor política y social. Cuando su esposo cae bajo las balas de Rubén Miró, ella se encuentra en Florida. Momento dramático al llegar el avión a Panamá y encontrarse, esperándola, al nuevo Presidente, José Ramón Guizado,

quien le expresa su condolencia, pocas horas antes que la Policía le acuse como cómplice en el magnicidio.

No nos detendremos en el triste episodio de la muerte del Presidente panameño. Es bien conocida en todas sus etapas: estupefacción de los primeros momentos, acusaciones contra Arnulfo Arias, imputación al extremismo y al capitalismo exterior. Pero tanto el representante panameño en las Naciones Unidas como el ex Presidente Arosemena acertaban desde el primer momento al ver en el asesinato una acción privada. Pertenece al mejor reportaje amarillo el descubrimiento del complot tramado por Rubén Miró, Rodolfo Saint Malo y Tomás Nieves, y en el que, según las informaciones, participa el propio Guizado, quien promete la cartera de Justicia a Rubén Miró; así como la procedencia del arma utilizada, que iba a suministrar el dato descubridor.

Después de morir, el Presidente Remón ha ganado su mayor batalla. Como los mejores generales. La revisión y firma de un nuevo Tratado con Estados Unidos para la utilización del Canal de Panamá. Es bien conocida la historia que hace nacer este servicio. La sustitución del ferrocarril inicial por la vía marítima traslada la contribución de aquel ferrocarril en concepto de canon por la utilización de la nueva vía de tránsito. En 1903, al separarse Panamá de Colombia, se firma el Tratado Hay-Bunau-Varilla, con garantía de independencia de Panamá, suscrita por Estados Unidos, y que se modifica en 1936 por el Tratado Hull-Alfaro, ratificado en 1939, con el que se elimina la cláusula aludida y se fija una renta de 430.000 dólares anuales por la utilización del Canal de Panamá.

En el nuevo Tratado de 1955, que entrará en vigor al ser ratificado por las dos naciones, el canon a pagar por Estados Unidos se eleva a 1.930.000 dólares como principal cláusula económica. Pero es de gran interés enunciar sus puntos sustantivos, que expresan bien claramente la preocupación nacional y social sustentada por el Presidente asesinado:

Panamá realiza importantes concesiones en favor de Estados Unidos, otorgando el uso durante quince años de una zona en la provincia de Coclé destinada a maniobras militares, zona situada a unos cien kilómetros de la capital panameña y que anteriormente había sido solicitada sin resultado por Wáshington para crear una base aérea; se reducen notablemente las tarifas sobre licores destinados a la zona del Canal, abonándose en lo sucesivo veinticinco centavos; también establece un contrato de larga duración para el uso de propiedades inmediatas a la Embajada yanqui, res-

tringiéndose el tráfico en una proyectada carretera militar, que atravesaría los 200 kilómetros que separan la base militar de Coclé (río Hato) de Aguadulce.

Estados Unidos, por su parte, además de casi quintuplicar la cuota anual, aceptan que Panamá grave con impuestos a los empleados de la zona del Canal, con excepción exclusiva de los súbditos yanquis que residan en este país; se devuelven a Panamá tierras valoradas en cerca de 30.000.000 de dólares, adquiridas por Wáshington para canalizarlas, y en las que existen las importantes instalaciones de Punta Paitilla, varios talleres de reparación de ferrocarriles y el fuerte de Lesseps; los empleados residentes fuera de la zona del Canal pierden, a partir del 31 de diciembre de 1956, el derecho de libre importación, con todos los privilegios de comprar en el Comisariado de la zona (es curioso notar que esta decisión ha sido adoptada en favor de los comerciantes panameños); se anula el Tratado que concedía monopolio a Estados Unidos para la construcción de comunicaciones a través del Istmo; se anula la diferencia de trato económico entre empleados yanquis y panameños, estableciéndose una sola escala de retribuciones y derechos de jubilación, etc. Otras importantes cláusulas limitan notablemente, en fin, los privilegios de Estados Unidos en cuanto a oportunidades de trabajo, compra de productos "americanos", construcción de un puente colgante y aprovisionamiento de buques, así como en lo relativo a la venta de productos y mercancías importadas.

Esta es la herencia que recibe Panamá del Presidente desaparecido, José Antonio Remón.

EUGENIO GARZO

EL DOCTOR

Si hacemos un interrogatorio entre los estudiantes alemanes o franceses para saber cuál es la figura humana que, aparte de aquellas dentro del campo de sus especialidades, les interesa a todos por igual, nos responderán, sin dudarlo, que *el Doctor. El Doctor* es Albert Schweitzer, premio Nobel de la Paz hace tres años. Ante esta respuesta no cabe la conformidad, sino una nueva pregunta: "¿Por qué?" La vida de Schweitzer, perfecta en un mundo donde se habla del "fracaso que es a la larga toda existencia humana",

consecuente en medio de una filosofía del absurdo, práctica entre teorías deshumanizadas, teórica y artística entre prácticas sin ideal que las justifique, ofrece suficientes incitaciones a la juventud. A pesar de todo no es por esto por lo que se habla de su persona, se comentan y se leen sus libros. La vida asombrosa *del Doctor,* que por muchas razones excelentes Europa admira, ha caído en manos de un instrumento de ésta: la propaganda, que se ha encargado de perfilar los rasgos de hombre superior, hasta hacer de él una especie de mito, de santón universal. Precisamente desde este rincón de la propaganda lo miran también los jóvenes; si hay algo más alejado de la mentalidad juvenil de hoy, si hay algo que le choca y apenas comprende, son esas figuras mitificadas, llámense Napoleón, Goethe, Wagner.

Nuestra juventud es una juventud crítica, con un sentido exagerado de la medida, que ama lo "infinitamente pequeño" y que le cuesta trabajo creer en sí misma. Schweitzer representa para ella quizá la última etapa de esta vieja época de mitos, en este caso nobilísimos, que admira por este ámbito de irrealidad resplandeciente, pero que a estas alturas le sería ya imposible imitar. Los jóvenes alemanes, por ejemplo, saben muy bien que la misma propaganda que jalea a los premios Nobel de la Paz prepara las guerras.

Pero sin duda que la simpática figura *del Doctor* merece que digamos algo de ella. El 14 de enero ha cumplido Albert Schweitzer ochenta años. Los escaparates de las librerías aparecen llenos de sus obras, presididas por su retrato, bajo el que se lee: "A Albert Schweitzer en sus ochenta años."

Los libros de Schweitzer son tan diversos como la misma historia de su vida. Después, varios volúmenes de escritos autobiográficos, donde nos narra sus años en Africa como fundador y director de un hospital, hasta los tomos de *Filosofía de la cultura;* al lado de éstos, libros como la *Mística del Apóstol San Pablo,* o ese otro extraordinario sobre *Juan Sebastián Bach.* La historia de sus libros es, pues, eco de la de su vida. Doctor en Filosofía, en Teología; conocido desde muy joven como gran organista, comienza a los treinta años, siendo ya profesor en la Universidad de Estrasburgo, los estudios de Medicina. "Cuando me presenté como estudiante al profesor Fehling, entonces decano de la Facultad de Medicina, me hubiera enviado de buena gana a su colega de Psiquiatría", nos cuenta en *Aus meinem Leben und Denken.* Siete años de Medicina, y, al concluir, su viaje a Lambarene, en el Africa ecuatorial. Allí ha permanecido más de veinticinco años, interrumpidos por algunos viajes a Europa como prisionero de guerra en la del 14,

o como concertista para adquirir fondos con los que costear su obra. Allí, por primera vez, en un viejo armónium, ha escuchado la selva atónita un preludio de Bach. "Yo había pensado—nos cuenta—que mi actividad en Africa significaría el fin de mi carrera artística... Una tarde, tocando a duras penas una fuga, se me ocurrió que precisamente podía aprovechar mis ratos libres para perfeccionar, profundizar y aprender de memoria composiciones de Bach, Widor, Frank, Max Reger."

Sus amistades aun antes de ser *el Doctor* estaban repartidas por todo el mundo; también en España las tuvo. En el año 1905 toca en Barcelona con el Orfeón Catalán. "Desde el primer encuentro con Luis Millet—nos dice—quedé cautivado por la profunda humanidad de este gran artista. A través de él conocí al famoso arquitecto Gaudí, que entonces estaba ocupado en la construcción de la iglesia de la Sagrada Familia. No podré jamás olvidar un día en que hablando con él, en el alpende al lado de la iglesia, del espíritu de su compatriota Raimundo Lulio, me dijo: *Esto no se puede explicar en alemán, en francés o en inglés; por eso te lo digo en catalán, y lo entenderás mejor aunque no comprendas el idioma.*"

Pero contar la vida de Schweitzer, tensa como la de un aventurero, sería demasiado largo. El seguirla a lo largo de su biografía produce el estupor de lo irreal, que brota de esta especie de superhombre paternal, que nos recuerda el de Nietzsche sólo en sus enorbes bigotes lacios.

EMILIO LLEDÓ

PROYECCION DE LA POLITICA ECONOMICA DEL BRASIL

Los cambios operados en el entramado gubernamental brasileño, tras la desaparición de Getulio Vargas, en agosto de 1954, se reflejaban en el nombramiento de un nuevo titular del Departamento de Hacienda, recaído en la persona de Eugenio Gudin, destacado economista, y en la formulación de una nueva política económica.

Y he aquí que el citado Gudin declaraba que los dos errores fundamentales del Gobierno anterior eran: el decreto sobre salario mínimo y el establecimiento de precios mínimos para el café; consignando que su política sería de desinflación por medio de la

restricción del crédito y la reducción de los gastos públicos. Y este Ministerio perfilaba su política económica y financiera en un discurso pronunciado a finales de agosto. El primer punto resaltado es una repudiación de cualquier pretensión a embarcar al Gobierno en nuevos planes. Por el contrario, el desequilibrio económico que sufre el país deriva de un exceso de programas en casi todos los campos, unido a un exceso de demandas en artículos y servicios, sostenido con un flujo de moneda suministrada por las "prensas", cuyo ritmo necesariamente ha de reducirse...

Pues bien: los proyectos del Gobierno han ido encaminados a limitar sus inversiones propias en las esferas del transporte (principalmente, los ferrocarriles) y la electricidad y a no dar su sostén a aquellos proyectos, aun los de naturaleza productiva, que requieran la expansión del crédito o medidas inflacionarias de cualquier especie. A la política monetaria se le da un carácter desinflacionario, pero sin que afecte a la producción adversamente.

Ahora bien: el profesor Gudin desenvolvía posteriormente sus directrices económico-financieras a un corresponsal del *New York Times.* Un ingrediente de ellas se concreta en el deseo del nuevo Gobierno brasileño de estimular las inversiones extranjeras y reducir en lo posible las "regulaciones" referentes a las finanzas y al comercio, considerándose que la entrada de capital foráneo reviste una importancia vital para la dilatación de la economía brasileña. Por más que, según se ha advertido, la reducción de las restricciones al comercio depende de la circunstancia de que sea detenido el proceso inflacionista.

Observemos también que el *Diario de Noticias* incluyó un plan de desinflación; si bien el periódico admite que es difícil llevar a cabo un programa de este tipo; con otra particularidad: reconocíase aquí que se requiere mucha disciplina y que se precisa mucho sacrificio por parte del pueblo para conseguir el coronamiento feliz de tal esfuerzo.

Parejamente, el 7 de septiembre, el Brasil celebró el 132 aniversario de su independencia. Y en esta fecha, en un discurso radiado a la nación, el Presidente apeló a la calma, a la unidad y a la continuidad de los esfuerzos del país. Siendo conveniente percatarse de que el Presidente brasileño advirtió cómo la excesiva expansión del crédito había sido una de las causas principales de la inflación, ya que no había sido acompañada por un incremento apropiado en la producción, haciendo hincapié en la reafirmación de una política de austeridad económica y de firme probidad en la administración de los fondos públicos.

Y la política económica del nuevo Gobierno se traducía en los asertos del doctor Clemente Mariani—profesor de Derecho en la Universidad de Bahía, presidente del Banco de Bahía, etc.—, presidente del Banco del Brasil desde el 7 de septiembre; en las medidas contra la inflación adoptadas por el Banco, y en los anuncios hechos por Gudin antes de partir el 19 de septiembre para Wáshington, a fin de acudir a la reunión anual del Fondo Monetario Internacional. (De pasada, señalaremos que Mariani comunicó en una entrevista con la prensa que el Banco del Brasil estaba suspendiendo todas las operaciones no justificadas por necesidades crediticias, legítimas, comerciales, industriales o agrícolas.) En la capital estadounidense, Gudin conversó con funcionarios del Departamento yanqui del Tesoro y del Departamento de Estado, con representantes del Federal Reserve Bank, del Banco Internacional para la Reconstrucción y del Fondo Monetario Internacional. Y en una conferencia de prensa, el ministro de Hacienda del Brasil consignó que la *política económica de su país consistía*, en el presente, en un ataque contra la inflación por todos los medios posibles, incluyendo la reducción del déficit presupuestario y de la extensión crediticia y la eliminación de la presión de la balanza de pagos. Idénticamente, sostuvo que serán suprimidos los obstáculos a la libre entrada del capital extranjero. Y sépase comprender lo que encierra también este hecho: su discurso ante el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Fondo Monetario Internacional, reunidos conjuntamente, fué un análisis de las inversiones de capital privado en los países subdesarrollados; en él se reconocía que tales países han de crear una atmósfera apropiada para las inversiones del exterior, combatiendo la inflación y el extremado nacionalismo... A principios de octubre reiteraba en Nueva York la existencia de las dos mayores enfermedades del Brasil: inflación y excesivo nacionalismo, declarando que era necesario eliminar el expediente burocrático, con el fin de facilitar las inversiones exteriores en Brasil, reducir los créditos para la industria de la edificación, cancelar las inversiones interiores inflacionarias y equilibrar el presupuesto.

Y la acción emprendida se lleva hasta el límite: la Presidencia del Brasil ha emitido una *directriz* para todos los Ministerios, prescribiendo normas a ser observadas en el futuro en el planeamiento y en la ejecución de las obras públicas. De manera que los proyectos han de ser pospuestos, excepto cuando la suspensión de los trabajos implique pérdidas reales o potenciales, excediendo al ahorro estimado. Y claramente se tiende a poner freno a la expansión del crédito bancario.

A fin de cuentas, la evidencia palpable es que el Presidente Café ha resaltado recientemente que, a pesar de todos los esfuerzos hechos para detener la inflación, no ha sido posible conseguir tal meta. (Obsérvese que el valor de los billetes en circulación a finales de octubre pasado era de 54.541 millones de *cruzeiros*, y en el 31 de diciembre de 1953, 47.002.)

Y para la reducción del déficit del presupuesto—unos 10.000 millones de *cruzeiros*—se acude, aparte de medidas de menor cuantía (como elevación de la eficiencia de las industrias nacionalizadas), al incremento de los impuestos. Y aunque en el impuesto de consumo—por ejemplo—los artículos de lujo han de sufrir los mayores gravámenes, no se anuncian aumentos para los artículos de primera necesidad, como los productos farmacéuticos y alimenticios.

No obstante, en opinión de algunos expertos de las finanzas públicas, para aumentar los ingresos federales no se requiere ir a la elevación de las cargas fiscales existentes o a la creación de nuevos impuestos; basta, a su juicio, con un mejoramiento de los métodos de recaudación. Habiéndose calculado que la Hacienda federal pierde, a causa de evasiones fiscales de distinto carácter, unos 8.000 millones de *cruzeiros* anuales. El fraude a las Aduanas ocupa singular significado. estimándose que unos 950.000 relojes suizos entraron de contrabando en el país en el curso de 1953, así como plumas estilográficas, "refrigeradores", radios, etc., derivación de las dificultades originadas por las extensas fronteras marítimas y terrestres y la inadecuada organización financiera. Desde luego, es dable registrar un aumento notorio en la recaudación de impuestos. Si seguimos la información aportada por la *Revista Bancaria*, los impuestos federales recaudados en 1953 se elevaron a 37.057 millones de *cruzeiros* (en 1944, 7.366 millones), lo que representa un incremento del 876 por 100 con relación a las cifras de 1939. Ahora bien: percíbase que tal auge se atribuye a tres factores: la expansión económica (acompañada de inflación), el sistema recaudatorio más eficiente y los impuestos más altos, proporcionalmente.

Ciertamente, ha de reconocerse lo que representan fallos como la llamada "crisis del café". Mas, por encima de todo, consignemos que, según las cifras publicadas por *Comércio Internacional*, revista mensual del Banco de Brasil, el valor de las importaciones en la primera mitad de 1954 se ha elevado a 14.095 millones de *cruzeiros*, contra 11.714 millones en el período correspondiente del año 1953. Por otro lado, las exportaciones en ese mismo tiempo se valoraban en 13.407 y 11.458 millones de *cruzeiros*. De manera que en el primer semestre de 1954 se ha dado una balanza adversa de

688 millones de *cruzeiros*, frente a una balanza adversa de 256 millones en los seis primeros meses de 1953. (En todo caso, mencionemos que, durante la estancia de Gudin en Norteamérica, Brasil obtenía un préstamo de 80 millones de dólares del Federal Reserve Bank, de Nueva York.)

El lector acertará a ver lo que implica este cúmulo de circunstancias. Por más que ha de conocerse, parejamente, que Brasil, *país del futuro*, no sólo se encara actualmente con problemas económicos de tipo material. Véase, como un testimonio, la certeza manifiesta de que la vida media del país no pasa de los cuarenta años, frente a otras naciones—así, Estados Unidos—en donde la expectativa vital llega muy bien a los sesenta y cinco años...

LEANDRO RUBIO GARCÍA

EXTRAÑO HOMENAJE

La proximidad de un aniversario proporciona, generalmente, ocasión fácil a muchos colaboradores "espontáneos" o habituales de la prensa para escribir su "artículo" sobre la vida de X o la obra de Z. En España, de un tiempo a esta parte, se prodigan, con generosidad desusada, los homenajes en sus más diversas formas: banquetes, premios en metálico, flores y condecoraciones. Como es lógico, en la mayoría de los casos la idea ha partido de un grupo incondicional de admiradores, más o menos interesado en la celebración del acto y con propósitos de muy varia especie. Proliferan los adjetivos laudatorios y, así, por un proceso normal, de tiempo en tiempo, se producen "corridas" en ese escalafón y quedan jubilados algunos de los que hasta unos días antes habían circulado sin dificultades. Hoy "bueno", por ejemplo, suena a poco.

El aniversario—máxime si el personaje ha muerto—suele traducirse en X pesetas repartidas entre una nómina de escritores con escasos cambios, en un monumento y en banquetes de menú variable, según las cantidades consignadas. (No será necesario recordar que tan fugaz conmemoración malogró, hace unos años, la edición nacional de las obras de un escritor.) Tal vez interesase más celebrar el nacimiento de un novelista publicando sus novelas o un estudio magistral sobre ellas. Nadie olvidará, por ejemplo, el libro

de Américo Castro—al margen las críticas apasionadas—sobre el pensamiento de Cervantes.

Tenemos a la vista un centenario: en 1856 nacía en Santander don Marcelino Menéndez Pelayo. Como es lógico, han aparecido ya artículos en la prensa diaria de los que acostumbran a madrugar en estos casos. Unos se conforman con que las cenizas de don Marcelino reposen en la catedral santanderina; otros—tal vez con más sentido práctico—piensan en convocatorias de trabajos sobre la empresa de Menéndez Pelayo y en la dotación de becas para facilitar estudios a españoles sin medios económicos o la salida al extranjero a licenciados y doctores. No hay que ser pesimistas: en la Junta nacional encargada de organizar el homenaje figuran nombres que garantizan el éxito a corto plazo.

Nadie ha puesto jamás en duda el valor extraordinario de la obra de don Marcelino. Situada en su tiempo, parece inconcebible que él solo pudiese realizarla; todavía en el nuestro, la admiración y la sorpresa ganan el ánimo del lector imparcial. Que don Marcelino se equivocó en algunos puntos concretos no extraña a nadie. En más de un caso, él mismo rectificó la equivocación o procuró, sin abdicar, corregir el apasionamiento—honrado, honroso—de los primeros años. No debe olvidarse que sus libros más discutidos crecieron en un clima de polémica. Y en la polémica resulta difícil siempre ahogar el sentimiento y escribir según el dato frío del fichero. Los incondicionales de don Marcelino—y son muchos—han de admitir la crítica limpia de la obra del maestro: nada pierde porque haya que rectificar datos o, en otras circunstancias, situar en terreno más exacto alguna opinión. 1956 puede dejar en limpio el legado de Menéndez Pelayo. (Véase G. Marañón: "Cartas, humanismo, transigencia". *A B C*, 1 de agosto de 1954.)

El tono de los artículos aparecidos hasta ahora es de general alabanza; se critican aspectos de la obra de don Marcelino inexactos a la luz de la investigación última. Si se ha aludido a la biografía íntima de Menéndez Pelayo—sin caer en lamentables sensiblerías—se ha procurado eliminar la anécdota maliciosa o el chisme de pésimo gusto. De ahí la extrañeza al leer, en un artículo de *A B C* ("Agonía y muerte de Menéndez Pelayo", 19-V-1954), la opinión de un gran novelista español sobre don Marcelino. Cada uno es muy libre—hasta cierto punto—de enjuiciar la vida del prójimo—el que no tenga culpa...—, pero hay un mínimo de pudor que aconseja evitar la nota desagradable y la voz desafinada en el coro. ¿Cómo *A B C*, que ha abierto sus columnas a Marañón, Cossío, *Azorín* para rendir homenaje al maestro, ha permitido que sus pá-

ginas queden manchadas de modo tan disculpable? (No habría sufrido mucho la calidad literaria de la entrevista de González Ruano (*Arriba*, 28 de marzo de 1954) si una discreta censura hubiese tachado varias línea del texto y omitido una pregunta.)

Convendría que al escribir sobre Menéndez Pelayo los colaboradores "espontáneos" o habituales de la prensa cuidasen sus palabras. Resulta incomprensible ese afán de sacar a la luz los pequeños o grandes vicios de nuestras figuras cuando pretendemos celebrar la importancia—en este caso extraordinaria—de su obra en relación con el panorama cultural español.

A. CARBALLO PICAZO

BIBLIOGRAFIA DE MENENDEZ PELAYO

Próximo el centenario del nacimiento de Menéndez Pelayo—Santander, 3 de noviembre de 1856—, España se prepara a celebrarlo con la mayor dignidad posible. Menéndez Pelayo alcanzó, en su tiempo, merecido éxito, y supo conquistar, entre el público, afecto, rara suerte para un científico español; en años posteriores, nuevos métodos y descubrimientos revelaron algunos fallos en la siempre admirable empresa del maestro, pero sin debilitar nunca las líneas fundamentales de su obra. Menéndez Pidal reconoce: "Siempre hemos de partir de su nombre al hablar de literatura." (*Estudios literarios.* Atenea, S. A. Madrid, 1920; pág. 257.) Pocos disienten de este criterio. Y aun en esos casos, se debe a motivos de naturaleza política o religiosa, ajenos al valor científico de don Marcelino. Es justo reconocer que motivos religiosos y políticos han contribuído eficazmente a difundir su obra fuera de los sectores especializados. Por todas estas razones, Menéndez Pelayo cuenta con copiosas notas bibliográficas: un estudio de las mismas iluminaría muchos aspectos de la vida española de los últimos ochenta años.

"He pedido yo, en ocasión solemne—escribe *Azorín*—("Una imagen". *A B C*, 1 de agosto de 1954), de viva voz, que se editara, para repartirlo a las bibliotecas del mundo entero, un cierto librito especial sobre Menéndez y Pelayo: compondríase de una bibliografía crítica de los libros de Menéndez y Pelayo y de los libros que sobre Menéndez y Pelayo se han escrito, juntamente con la iconografía del maestro y con los "paisajes" a él afectos. Todo

esto estampado bellamente, con arte, sin lujos." La necesidad de realizar parte de ese programa ha movido a Simón Díaz a reunir las fichas alusivas a la vida y obra de Menéndez Pelayo en una de las monografías de la serie publicadas, bajo su dirección, por el Instituto de Estudios Madrileños. Las ha ordenado en varios apartados: bibliografía, trabajos de conjunto, biografía y obra. En el capítulo de la biografía agrupa las referencias sobre nacimiento, padre, apellidos, infancia, poema *Don Alvaro de Aguilar,* actividades en la Academia, en la cátedra, en la Biblioteca Nacional y en el Ateneo, viajes, propuestas para el Premio Nobel, enfermedad y muerte, homenajes, iconografía y episodios fundamentales en su defensa de la religión católica. Añade también papeletas sobre los siguientes puntos: Enrique Menéndez Pelayo, descendientes de la familia, sus maestros (Laverde, Bergnes, Milá), sus amigos (Luanco, Cedrún, Pereda, Valera, *Clarín,* Galdós, Rubén Darío, Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Carmelo de Echegaray, Maura, marqués de Cerralbo, Fernández Cabello, marquesa de Viluma y emperatriz Eugenia), discípulos (Bonilla y San Martín), la casa, la biblioteca.

En el capítulo obra agrupa Simón Díaz las papeletas de acuerdo con los siguientes aspectos: generalidades, elogios, paralelos con otras personalidades, ciencia, cultura, religión, filosofía, estética, literatura, historia, derecho, pedagogía, política. Las papeletas alcanzan el número de 564, buena prueba del interés suscitado siempre por Menéndez Pelayo. Conviene precisar que la monografía no incluye los estudios sobre las instituciones culturales colocadas bajo el patrocinio del maestro ni las poesías o artículos muy de circunstancias. Quedan al margen las referencias bibliográficas sobre las ediciones de las obras.

A. C. P.

INDICE GENERAL DEL VOLUMEN XXII

NUMERO 61 (ENERO, 1955)

Páginas

BRÚJULA DEL PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

NUMERO 62 (FEBRERO, 1955)

Páginas

NUESTRO TIEMPO

ARTE Y PENSAMIENTO

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

INDICE

Portada y dibujos del pintor español *Antonio Lago Rivera.*—En páginas de color, *El pensamiento de Riva-Agüero,* original de *Mario Alzamora Valdez,* y *El drama de Europa,* de *Octavio Nicolás Derisi.*

EL PENSAMIENTO DE RIVA-AGÜERO

POR

MARIO ALZAMORA VALDEZ

Aquí, en esta casa solariega de los Ramírez de Arellano, levantada en el corazón de nuestra Lima cordial y apacible, vió la luz y pasó los años de su niñez y de su mocedad José de la Riva-Agüero y Osma, el peruano más egregio y cabal de nuestro siglo.

En esta misma casa, la Universidad Católica, fruto patente de la fe de un sacerdote—el padre Jorge Dintilhac—y vida por la esperanza que en ella puso Riva-Agüero, ha querido perpetuar su memoria en un Instituto que fomenta la vocación por las Letras y por la Historia, en las que él fué maestro; por la verdad católica, de la que fué esforzado y valiente paladín, y el amor al Perú, que constituyó el motivo más hondo y más fecundo de su vida y de su obra.

Para comprender el pensamiento de Riva-Agüero, precisa transponer al mundo espiritual de aquella generación, que uno de sus más ilustres representantes, Víctor Andrés Belaúnde, ha llamado *generación novecentista.*

Las generaciones en la historia peruana no representan simples momentos en que la "altitud vital" asume una fisonomía determinada, sino situaciones plenamente humanas, cuyo sentido se halla en la peculiar posición del hombre de cada época, en tanto que se nutre de la emoción del contorno y se eleva hasta la esfera de los valores espirituales.

El sentimiento de la patria—que fué añoranza en Garcilaso, visión esperanzada del futuro en Vidaurre y en Herrera amorosa evocación, al par que grave y serena censura en Riva-Agüero—y la visión de los principios universales que constituyen el mundo de la cultura, son las coordenadas que señalan el rumbo de las generaciones en nuestra Historia.

La urgencia de la meditación sobre los problemas peruanos, el afán de escudriñar el pasado, el análisis no siempre halagador del presente, el anhelo de corregir yerros y reparar calamidades de ese "alud devastador"—para usar una frase del propio Riva-Agüero—, significan la respuesta de la "generación novecentista" al llamado del Perú, desangrado por una guerra infausta, cuyas consecuencias formaron el marco de los hechos sociales realizados en la *época en que esa generación insurgió.*

El avance de la ciencia, la ilusión positivista de comienzos de siglo, tardía herencia del XIX para nosotros, la desmedida esperanza en el progreso mediante el saber, hicieron pensar a los más destacados hombres de aquella época en la necesidad de superar las deficiencias que nos aquejaban, venciendo nuestro aislamiento, para incorporarnos plenamente en la corriente de la civilización occidental.

Peruana por esa limpia emoción de la patria, universalista por su amplia visión del espacio y del tiempo, la generación del novecientos, pléyade de humanistas, contó con filósofos y sociólogos como Francisco García Calderón y Belaúnde; con poetas como José Gálvez y Luis Fernán Cisneros; con literatos y científicos como Ventura García Calderon, Raimundo Morales de la Torre, Oscar Miró Quesada, y con un insuperado historiador—si alguna definición hay que buscar para él—que fué José de la Riva-Agüero.

I

LA HISTORIA

Vale para Riva-Agüero lo que se dijo de Herrera, la más alta figura del siglo XIX, con la que tuvo tantas coincidencias: que el patriotismo fué su virtud sustantiva y cardinal.

Y el patriotismo se nutre—como lo señaló él mismo—en la historia y en la tradición.

La relación entre historia y patriotismo — lo expresó bellamente Riva-Agüero—es un concepto de fecundidad moral eterna, porque la patria, que vive de dos cultos: del culto del recuerdo y del culto de la esperanza, es una creación histórica. Por eso Riva-Agüero fué historiador.

La Historia no sólo es método, descripción y narranción indicando causas a manera de Quintiliano o del humanista del Renacimiento o Sebastián Fox, sino que sus alcances son más amplios y complejos porque es ciencia, y es arte moral y arte estético, en los que Riva-Agüero fué maestro.

No existe para el historiador esa división tajante entre disciplinas de la materia y disciplinas del espíritu, que llevó a muchos a negar la dignidad científica de la Historia. Riva-Agüero, dentro de las líneas del pensamiento aristotélico, se declara pluralista y señala la existencia de formas o entelequias que penetran en la materia misma para iluminarla y diversificarla.

La libertad y la indeterminación no constituyen patrimonio exclusivo del espíritu, como el mecanismo y la necesidad no son características restringidas al orden de la naturaleza. Así como en el ámbito de la materia tiene cabida la contingencia, en el espíritu el intelecto significa precisión.

Admitiendo la innegable y sustancial separación entre naturaleza y espíritu, la diferencia entre las ciencias de la una y del otro no es tan profunda, y cabe formular leyes para ambos órdenes, reconociendo, como lo hizo Aristóteles, un necesario punto de partida en el individuo.

La Historia se explica por la conjunción de factores materiales, sociales y espirituales. La presencia de los primeros es innegable—afirma Riva-Agüero—, sin aceptar, por cierto, la "monstruosa exageración marxista", como la califica él mismo. Es también indiscutible la base sociológica del fenómeno histórico, pero muy lejos de la preponderancia que le asignan las tesis extremas de Durkheim y de Duguit; pero mayor es el dominio de los factores psicológicos, hasta el punto de que constituyen su verdadero fundamento y sustentáculo.

Pero la Historia no es sólo testigo mudo de los hechos, recuento imparcial, y, por tanto, deshumanizado de sucesos, índice que señala con igual indiferencia el bien y el mal, sino que es algo más. Es arte, no en el sentido estético de la palabra únicamente, sino porque mira a la práctica, porque persigue valoraciones éticas, "que permiten referir los hechos unos a otros en su finalidad, que en sí es característica del espíritu".

Sólo así la Historia nos ofrece la marcha ininterrumpida de la civilización; sólo así nos demuestra que la Humanidad tiene un fin, fin que está en Dios, como lo proclama Riva-Agüero, igual que lo hicieron San Agustín y Bossuet.

Pero la Historia es, además, arte estético. La "intuición reconstructora del pasado" que lo evoca y lo transpone al presente, es visión y es fantasía; es precisión y es aventura; es tarea del endimiento y es vuelo de la imaginación, que hacen de esa disciplina—como la calificó nuestro Pedro Peralta, glorioso luminar de la Colonia—"poema de la verdad sin metro, porque dejando de lado la invención, la fábula y el ritmo, retiene el alma del poema".

Es ciencia y es arte la Historia en la obra sugerente y fecunda de Riva-Agüero.

La profundidad y el rigor de sus investigaciones, de las cuales son ejemplos sus estudios sobre Garcilaso y los cronistas, la "objetividad insobornable" de sus relatos, para usar un calificativo del historiador Basadre; la discriminación exhaustiva de las causas productoras de los acontecimientos; la lógica rigurosa en la deducción de consecuen-

cias, dan a la obra de Riva-Agüero el más alto rango científico.

La Historia es también disciplina de necesaria proyección moral, cuya mayor utilidad se encuentra en ese oficio de regeneración, que consiste en "despertar y robustecer la conciencia del alma de la patria" y "depurarla de los vicios y defectos que han impedido realizar hasta ahora el ideal que entraña".

Tal tarea exige, no adornar el pasado con "fingidas excelencias" "suponiendo imaginarias virtudes y abultando sus buenas cualidades", ni la contemplación fría que con nada se conmueve, "pretendida imparcialidad, falaz, inhumana e impía cuando se aplica a la Historia de la propia raza y de la propia tierra", sino que nos manda indignarnos de lo que exige indignación, defender lo que demanda defensa y alabar a aquellos que reclaman alabanza y admiración.

Pero Riva-Agüero fué también magnífico cultor de la Historia como arte estético. Allí están la belleza inigualada de sus descripciones del Cuzco de Garcilaso, la evocación de la Lima del siglo XVIII, la pintura de la Universidad colonial, los retratos de Peralta y de Baquíjano; cuánta finura y suavidad en el lenguaje; cuánta plasticidad en esos cuadros en que juegan los más vivos colores en medio de contrastes de luz y de sombra, y qué sentimiento, que es a veces añoranza, otras aguda ironía y, las más, serenidad y equilibrio.

II

VISIÓN DEL PERÚ

La visión del Perú a través de la historia, no es en Riva-Agüero trazo ficticio, fruto de generalizaciones, sino composición verdadera e integral en el más preciso sentido del tiempo y del espacio.

El Perú no es el solo resultado de la colonización española, como lo dijera, superando lo que llamó su "yerro magno", derivado de su excesiva hispanofilia juvenil y de sus tendencias europeizantes de criollo costeño, sino esfuerzo conjunto de incas tanto como de conquistadores, "como lo inculcan de manera tácita, pero irrefragable, sus tradiciones y sus gentes, sus ruinas y su territorio".

Los incas, que no fueron—afirma Riva-Agüero—"por esencia pacíficos, ni igualitarios ni comunistas", construyeron ese gran imperio, "cuyos vestigios todavía nos asombran y nos estimulan". La finura de sus tejidos, la perfección de su cerámica, "la seriedad señera de sus templos y de sus palacios", "lo que hay a la vez de fuerte y de tierno, de hondo y de robusto, de sobrio y de dulce, en su mitología y sus leyendas nos descubren las virtudes de una cultura señoril, patriarcal y depurada".

Constituyen excelencias de los incas su disciplina y su sentido de orden, su respeto a la autoridad y a la tradición, su amor al trabajo y a la verdad, su constancia y lealtad. Pero a pesar de esas virtudes, el sistema incaico padeció graves defectos, muchos de ellos "exageración de sus cualidades". El hombre no fué considerado como persona, sino como simple unidad vital; la sociedad como organismo al servicio de fines impuestos; el Estado como aglomeración de pueblos sometidos, ahogadas la iniciativa y la libertad, carente de las verdades esenciales, el incario estuvo condenado al estancamiento y a la disgregación.

Esta civilización incaica, que se hallaba en el tránsito entre la edad de la piedra tallada y la de bronce, recibió de España la religión de Cristo y los más altos valores espirituales que constituyen el patrimonio de la civilización occidental.

Riva-Agüero, con la serena imparcialidad que caracteriza su obra de historiador, jamás negó—como le atribuyen sus contrarios, mal informados o empeñados en desfigurar su pensamiento—el aspecto negativo del choque de las dos razas o, para decirlo con frases de él mismo, "la barbarie destructora" que fué tal choque, como en toda guerra, en sus primeros momentos.

Pero la conquista y la civilización española "fueron de tal entidad y trascendencia (iguales por lo menos para nosotros a lo que fueron las romanas para las clásicas Galias e Hispanias), que fijaron de manera irrevocable la

naturaleza y fisonomía del Perú; se formó perdurablemente un país mestizo, de habla y espíritu castellanos, constituído no sólo por la existencia, sino por la fusión de las dos razas esenciales, que comenzó muy luego".

De la conquista, que inicia el largo período de asimilación, nació este mestizaje, cuyo símbolo es Garcilaso, que lleva nuestro país en la sangre y en el alma.

La mayor injusticia que se ha cometido con la obra de Riva-Agüero es la que le atribuye el menosprecio del factor indígena y la interpretación de nuestra historia en beneficio exclusivo de los valores hispanos. Desde su obra de juventud, desde el epílogo de *La Historia en el Perú* hasta su clara rectificación a Richard Pattee, proclamó que las dos razas forman el alma y el cuerpo de la Patria.

Acallado el fragor de la conquista, la obra de la Colonia fué una lenta penetración de los valores hispanos en esta tierra nueva y en la raza aborigen.

La unión fué trabajosa y larga; la dificultó aún más si cabe "la perfección relativa del sistema incaico", que se resistió más que otros pueblos a la asimilación de una cultura superior.

Tal fué el hondo sentido de la Colonia, cuyo proceso quedó cortado por la guerra de la Independencia, inoportuna porque surgió después que nuestro país había sufrido graves mutilaciones, y prematura porque nos sorprendió cuando no se había logrado plenamente la fusión esperada.

En la naciente República surgen otros problemas. No se trata únicamente de la unificación de los sentimientos y de las conciencias de hombres dispares, sino de descubrir una idea directora para el pueblo incorporado a la vida libre.

Al examinar la crisis de nuestro país durante la primera centuria republicana, Riva-Agüero, con la misma angustia que Bartolomé Herrera, clama por la necesidad de una clase que represente el principio de la "soberanía de la inteligencia", frente a esos caudillos de pronunciamientos y cuarteladas, prontos a levantar con cualquier pretexto "el arma fratricida de las discordias internas", o a esa "menguada turba abogadil" de sus cómplices o acólitos que "se alimenta de sus concupiscencias y de sus dispendios".

El sentido de la historia peruana, que se comprende dentro de la Historia Universal, no es "hazaña de la libertad", sino metafísica del espíritu; significa incorporación del hombre de este lado del mar al proceso de la civilización cristiana, una desde el paraíso terrenal hasta el juicio final, mediante las formas y las realizaciones que por obra de la Providencia nos trajo España.

No es sincera la exaltación de lo indígena, que corresponde a una cultura frustrada y que por sí solo no pudo constituir y no constituye, por cierto, el Perú, ni su exageración, puesto que representa uno solo de los factores de este país mestizo y dual.

La tradición, como la historia, constituye el sustento de la patria; pero no porque signifique culto a un pasado que a todo trance debemos perpetuar o revivir, sino porque en el pasado se hallan la raíz y el secreto del presente y del futuro.

III

EL PAISAJE

El paisaje, que se transforma en visión, que llega al alma de los hombres y de los pueblos—y no simple circunstancia, estímulo de reacciones favorables o adversas—, es también camino, dirección, historia.

Los capítulos de la obra histórica de Riva-Agüero no son transcripción de archivos—como sostienen sus gratuitos opositores—ni interpretaciones dentro del marco impuesto por teorías foráneas, sino la expresión de íntimas vivencias de los hechos.

Nadie como Riva-Agüero ha descrito nuestro paisaje con acentos tan líricos, con emoción tan honda. En nadie como en Riva-Agüero, cuya prosa trae tan hondas resonancias de poema, la palabra ha logrado tanto poder descriptivo ni tan profundo sentido evocador; nadie como él ha descrito con tanta niti-

dez y colorido los múltiples matices del contorno nuestro.

De la sierra peruana recogió Riva-Agüero sus notas fundamentales de ternura y gravedad. "Hay *indecible ternura*, esquiva y pastoril—dice—, en las lagunas altísimas, ceñidas de totoras y pobladas de ñuñumas, quellhuas e ibis blancos; o todavía más elevadas, entre orillas rojizas y gramosas, zafiros olvidados en copos de piedra; solitarios espejos de indecible castidad en que sólo se miran las cúspides glaciales. Hay una *ingenua ternura* en los ondulantes páramos cuando las aguas del verano los visten de un verde nuevo y de menudas flores silvestres azules y amarillas. Hay una *incomparable ternura* melancólica y resignada, cuando la lluvia destila en los árboles de las aldeas, cuando golpea los techos de teja y de totora, incesantemente en los cobertizos de icho; mientras mugen en la sombra crespuscular los ganados, chispean mal protegidas las hogueras campestres, y suena lejana y florida la música indígena de monotonía penetrante y dulce, como un canto de infancia arrullada y materna. Y *hay gravedad* en todos los aspectos de este país fragoso, claro y frío; en sus despoblados, peñascales y peñoles y en sus quiebras, que son bandadas de vegetación entre abismos; en las laderas de trigo y en los dentellados picachos; en la sobriedad más que europea de la flora y en la inextricable maraña de la cadena de los Andes, que toman forma de monstruosas esfinges; en el atormentado relieve de los altos y hondonadas; en los bruscos perfiles de los cerros y en su colorido, que va en los próximos, del bermejo sangriento al áureo tono de la piel de los pumas, hasta revestir en las lontananzas la serenidad episcopal del amatista. País triste y luminoso—concluye—, de encumbrados pastos y de yermos, de idilio y de epopeya, hirsuto y asperísimo, con una que otra intromisión muelle en sus valles calientes."

Ninguno como este escritor limeño, tildado de incomprensivo de la realidad integral peruana, ha cantado con tanta belleza la emoción de nuestras serranías.

El espacioso y gris paisaje de la costa, el inefable sentimiento del mar, la soledad y la rutina de nuestros poblachos, el alma de las ciudades peruanas—Cuzco, Lima, Ayacucho—, constituyen el marco de la obra histórica de Riva-Agüero.

En esas descripciones se juntan "con admirable acierto—como anota García Calderón—el paisaje, la historia y la leyenda. Todo está allí: la presencia titánica de los Andes, la sonrisa de los valles costeños, la severidad de la puna, el dulce quechua, el áspero aimará, los elementos telúricos, las fuerzas históricas, la sierra grave, dura, esquiva; la costa bulliciosa, holgazana, frívola e ingeniosa; la altanería de las casonas blasonadas, la pobreza y el misterio de las moradas indígenas; los padres ríos trasmutados en dioses como en Homero, la montaña en que—como en la floresta de Kipling—se escucha el rumor del Génesis y centuplican los antiguos gérmenes su virtud generadora, los páramos, los desiertos sobre los cuales impera un sol implacable como el Dios de Israel o de Mahoma".

IV

PRIMACÍA DE LO ESPIRITUAL

El ideal de vida es esa plenitud interior, que llega a los otros a través de la palabra o del símbolo, como la expresión más auténtica y pura de la personalidad.

No cabe considerar el pensamiento desvinculado del ser del hombre; tal propósito sería deshumanizar, en frías objetivaciones, lo que es más genuinamente humano.

Los frutos de la inteligencia, cuando no son construcciones ficticias o falaces, emergen de lo más noble y de lo más íntimo del alma, en conjunción armoniosa con la vida y con las convicciones.

Riva-Agüero, en la madurez de su pensamiento, realizó esa armonía. Pero antes, como gran parte de aquella juventud de comienzos del novecientos, Riva-Agüero se dejó arrastrar por el desconcierto ideológico de aquella época, agravado por esa labor desorientadora de la Universidad.

El solo enunciado de los autores y de

las obras, que constituían inspiración y guía de los jóvenes de entonces, es el índice más claro de la confusión de aquellos tiempos.

Los rezagos del positivismo comteano y las lecturas de los libros de Spencer, cuyas teorías eran sustentadas por algunos maestros, juntos con las de Nietzsche, Taine y Renán, constituyeron las principales influencias. Después, al escepticismo de Remy de Gourmont o a la sorna de Anatole France, sucedían indistintamente el pesimismo de Schopenhauer o el tímido eclecticismo de Fouillée.

"Esa fué por muchos años—confiesa Riva-Agüero en su dramática y sincera retractación de la Recoleta—mi deletérea atmósfera mental. No es maravilla —agrega—que prevaricara escribiendo, en mis tesis y artículos de entonces contra el catolicismo y espiritualismo, despropósitos y frases impías que hoy querría condenar a perpetuo olvido y borrar y cancelar aun a costa de mi sangre."

La inquietud propiamente filosófica no tuvo más camino que el que señalaron entonces el positivismo en decadencia y las teorías neokantianas de Marburgo o de Baden, que se "limitaban a empecinarse en lo relativo y condicional".

Superado el relativismo por el anhelo moral de la crítica de la razón práctica, quedaba por recorrer la estación panteísta "con sus vagos y poéticos espejismos, prestigiada por las autoridades de Goethe y de Spinoza", y Taine, el predilecto autor de Riva-Agüero, aunque pronto descubrió las implicancias y contradicciones de aquella filosofía que propugnaba "un infinito que es finito; una totalidad siempre incompleta; una novedad que es fluir desatentado e inútil; un máximo continuo menor y deficiente; la identidad de los contrarios, escándalo intolerable a razón".

La angustia metafísica y religiosa de Riva-Agüero, después de recorrer tantos caminos de desconcierto y de error, lo conducen—él mismo lo dice con acento patético—al dilema, que no por ser de un positivista, de Augusto Comte, deja de ser riguroso y exacto: "o el positivismo ateo o el catolicismo romano, pues es absurdo cualquier término medio".

Como Goethe, "de la raza de los hombres que de la oscuridad a lo claro aspiran", volvió—igual Olavide y que Vidaurre, pero sin la confusión del primero ni las contradicciones del segundo—, con ayuda de la Gracia, al catolicismo, en el que encontró—lo declara—la única explicación total y satisfactoria del universo".

Es el mismo drama de la conversión que describe, con belleza inigualada, el lenguaje de San Agustín: "Tú estabas en mi interior y yo estaba fuera. Allí te buscaba yo, en mi deformidad; me apoyaba en las cosas bellas que Tú has creado. Tú estabas en mí y yo estaba en Ti. Las cosas que no existirían si no existieses Tú, me mantenían fuera de Ti."

Nace un pensamiento nuevo con ayuda de la fe, que es fruto que emana de la gracia. El mundo se transforma y la vida adquiere un nuevo sentido. La inteligencia no limita su tarea a una afanosa búsqueda de las cosas, a recoger datos ni a una simple comprobación de la existencia de los hechos; el espíritu—que es lo personal y no lo impersonal, que es la razón—se vierte hacia fuera y crea un universo de claridad y de luz.

El ejercicio de la inteligencia, de simple actividad, se transforma en la función más elevada del hombre, lo más querido por Dios, porque es lo más semejante, lo más cercano a El.

La tarea del pensamiento deja de ser persecución insustancial e inútil para convertirse en vocación y apostolado.

La verdad toma así el sentido de un imperativo, que los que no han oído su llamada no comprenden y su mandato impone decisión y lucha.

Riva-Agüero fué un luchador sin tregua por la verdad sustentada en el catolicismo, en la tradición y en el orden, en larga cruzada ennoblecida por los ideales superiores que persiguió.

En el orden religioso, Riva-Agüero no fué un místico o un especulativo en sentido estricto. La religión, aparte de su verdad intrínseca, representó para él un innegable valor social.

De la Historia extrajo esta clarísima

enseñanza: La vida humana, individual y colectiva, pierde todo sentido fuera de la religión, y sin ella nada significan espiritualidad, abnegación, obediencia y disciplina.

La pérdida del sentimiento religioso, el debilitamiento de la fe y de las creencias arrastran fatalmente a la decadencia moral y, a la larga, a la disolución de la sociedad, porque toda religión, aunque no sea la verdadera y revelada, sino las que conservan vestigios de ella o de la ley natural, impone una norma de vida inspirada en el más elevado Bien, que es la única que puede regir y gobernar la existencia humana.

La herencia del siglo XVIII, cuyas huellas señala Riva-Agüero en sus magníficos ensayos históricos, es la causante de los males de nuestro tiempo.

Nada logra la fuerza por sí sola sin la creencia, sin la continuidad moral y sin el pensamiento rectamente dirigido.

La justicia absoluta y moralmente obligatoria es la única inspiradora del Derecho natural, que traslada a la conciencia de los hombres los mandatos de la ley eterna.

Más próximo a Suárez que a Santo Tomás, define Riva-Agüero el Derecho —ingrediente necesario en el orden de la sociedad—como mandato racional, y por racional, coactivo y durable.

Las normas del Derecho natural, fundadas en la razón humana, son muy pocas y muy simples, pero deben adaptarse a las modalidades de los pueblos y a los accidentes de las épocas, generándose así una variedad o multitud de derechos positivos e históricos.

No se trata de un derecho justo con contenido variable, postrera manifestación del kantismo, sino de un orden normativo cuya esencia se halla en un núcleo de preceptos que acepta la razón.

Pese a su aparente historicismo, en su fugaz y aislada incursión por las disciplinas del Derecho, Riva-Agüero no propugna un relativismo de formas, sino que señala, siguiendo la tradición de los grandes juristas españoles de la Edad Moderna, que los principios del Derecho natural, cuando no son los fundamentales, pueden adaptarse a las circunstancias históricas.

En la vida social, las relaciones entre los hombres persiguen la justicia y la paz, fundadas en la ley de Dios. "Esto es lo que constituye, justifica y exige imperiosamente—dice Riva-Agüero— la acción social del catolicismo."

Esta acción social impone considerar al hombre como persona y procurarle los medios para una vida digna. Por eso—dijo literalmente Riva-Agüero en un discurso pronunciado ante la juventud—"la Iglesia, en los textos de los Evangelios y los Santos Padres, y en recientes Encíclicas papales, execra los abusos del egoísmo y del lucro, del sórdido interés usurario, de la dureza ruin y de la despiadada codicia mercantilista..."

Es injusto afirmar que quien así se expresaba, con tan precisa y nítida claridad, fué un católico más bien ultramontano que neotomista, más próximo a De Maistre y a Donoso Cortés que al Cardenal Mercier, a Dawson o a Maritain, como si la doctrina social de la Iglesia estuviera contenida tan sólo en el neotomismo.

Es íntima y profunda la unión entre religión y patria, cuya licitud, hermosura y excelencia proclama el catolicismo, que aprueba y consagra las virtudes ciudadanas y viriles.

Para nosotros, los peruanos, el catolicismo—que es fe, unidad, jerarquía— se identifica con la patria porque corresponde al ser mismo de ella, y representa nuestra "más vigorosa y eficaz tradición civilizadora".

Por definición y por esencia, el catolicismo es universal, pero los designios providenciales hicieron llegar al Perú aquel que es consustancial con la cultura española que infundió espíritu y vida a todas nuestras instituciones.

El catolicismo que nos trajo España conservó las razas aborígenes y, lejos de destruirlas despiadamente, las incorporó a la Iglesia y a la civilización; morigeró la crueldad de la conquista y suavizó el yugo de la dominación; organizó nuestra sociedad dándole sentido jerárquico; unificó pueblos distintos y lejanos, razas y castas dispares; inspiró nuestras leyes; alentó nuestra cultura, a través de cuyas manifestaciones late su espíritu; señaló el rumbo de nuestra historia.

Renunciar a la tradición católica equivale para el Perú a perder su personalidad, a dejar de ser lo que es y debe ser y, por tanto, a disgregarse o disolverse.

El culto por el pasado no es simple afán conservador de formas muertas, sino exigencias de fidelidad para con el espíritu.

En el pasado se halla lo auténtico; la búsqueda de lo propio y esencial es la suprema tarea de la historia.

Dos son los valores permanentes de la tradición: su sentido religioso y ético y esa línea de continuidad atávica. El respeto por ambos es la más alta exigencia para la conservación de la fisonomía moral de las sociedades.

La organización jerárquica de la sociedad requiere minorías directoras. Los valores de la tradición no se mantienen en la multitud que los pierde y desvanece; la muchedumbre es inerte; es absurdo el fetichismo de lo anónimo. La marcha de la Historia, la tarea de dirección pesa sobre unos pocos.

Pero no es el sensualismo del poder, bajo y condenable como cualquiera otro de su especie, lo que debe guiar a esa clase directora, sino un claro sentido de responsabilidad, como también lo proclamó Herrera en el siglo XIX.

Guiar exige fe, valor, esfuerzo, alteza de miras, desinterés, generosidad, todas virtudes; y *virtud* quiere decir fortaleza, y sin fortaleza no se puede dirigir.

Tal punto de vista no significa una posición determinada frente a las formas de gobierno, ni negación de los procedimientos democráticos. Tiene más bien un sentido moral. El derecho de mandar deriva de calidad de espíritu y de dignidad de vida.

La política, como lo enseñó Santo Tomás, no puede considerarse fuera de la ética. El orden social temporal se encamina hacia el bien común mediante la justicia, y la justicia—la más noble de las virtudes, según frase memorable del *Doctor Angélico*—no sólo es un valor objetivo, sino disposición constante, hábito, grabado en lo más hondo del alma de quien la practica.

Toda jerarquía social se funda en las normas inquebrantables del espíritu.

V

RIVA-AGÜERO Y SU TIEMPO

La misión de la inteligencia—que es más que el simple conocer—no consiste en un pasivo sometimiento a las cosas; su deber es trascenderlo, llegar al mundo de las esencias, para descubrir y señalar direcciones.

Una vieja teoría socrática, expuesta por Platón en el *Fedro*, identifica ciencia con reminiscencia. El saber se funda en el recordar: en el pasado se halla el íntimo secreto del porvenir.

La Historia—como la entendió Riva-Agüero, historiador pero no historicista—se arraiga en la ontología del hombre. El recuerdo de los hechos pretéritos aclara o corrige el presente e ilumina el futuro.

Quienes consideran que el hombre debe acatar silencioso los designios de su época—cómoda pasividad o frívola limitación—no comprenden actitudes como la de Riva-Agüero o desprenden de ellas implicancias o contradicciones.

Hombres de esas filas no han visto en Riva-Agüero al sólido pensador cristiano, y lo que es más, lo han calificado de hombre antinómico, vale decir, de teórico de lo imposible.

Se ha llamado a Riva-Agüero colonialista en la República; hispanizante en un país de raíz india; teórico en la política, conservador en la democracia.

Tales prejuicios se arraigan en un lugar común heredado del siglo XIX, que supervive aún por una de esas rarezas de la Historia. Se cree que el pensamiento—llámese teoría, sistema o doctrina—para mecer el rango de tal en el mundo de la cultura, debe sustentarse en algo distinto de la fe y de las creencias. Riva-Agüero demostró con su vida y con su obra que la fe es el fundamento de todo saber.

Riva-Agüero tampoco fué colonista en la República ni hispanizante en un país de mayoría india. En los escritos de su madurez—desde su inolvidable elogio a Garcilaso, quizá—subrayó la doble raíz de la cultura peruana—hispana la una, indígena la otra—, que hacen del nuestro un país mestizo. Y la exaltación

de los valores de la hispanidad no significó otra cosa que el reconocimiento de lo que constituye el alma de nuestra patria. Finalmente, el anhelo de Riva-Agüero de llevar a la política—que tan poco generosa fué con él—el aporte de la inteligencia y de la moralidad no implica contradicción, sino angustioso afán—por desventura no logrado—de elevación y ennoblecimiento.

Las conmemoraciones de aniversarios —ha escrito el filósofo Karl Jaspers— son sintomáticas del espíritu de los tiempos. Para nosotros este recuerdo, a los diez años de la muerte de Riva-Agüero, humanista cristiano, gran señor de la Historia y de las Letras, no tiene otro sentido que reiterar nuestra adhesión a los valores que él sirvió: la cultura, la patria y Dios.

EL DRAMA DE EUROPA

POR

OCTAVIO NICOLAS DERISI

1.º El cuerpo de Europa.

Se puede decir que Europa tiene un cuerpo y un alma. Su cuerpo está constituído primera y fundamentalmente por su propia Naturaleza: sus campiñas, montañas y ríos, sus diferentes configuraciones de terreno, clima, etc. Esta Naturaleza de Europa reúne un variado conjunto de factores geográficos tan ricos, armónicos y bellos, que hacen de ella una de las regiones mejor dotadas de la tierra—si no la mejor de todas—para el desarrollo de la vida material y espiritual del hombre.

Esa Naturaleza, sin embargo, no es sino la base material de su auténtico cuerpo organizado. El hombre la ha transformado hasta convertirla en un cuerpo magnífico para hacerla servir a su propio provecho. Mientras otras regiones, como Asia, Africa y América, conservan inmensas regiones inexploradas o apenas habitadas y conocidas por el hombre, donde, por eso mismo, prevalece y existe más la *Naturaleza* pura, en Europa nada o casi nada queda en casi estado natural. El hombre con su espíritu, mediante su actividad artístico-técnica, la ha *transformado* casi totalmente; hasta el punto de que apenas si queda lugar que no haya sido modificado y cargado de sentido espiritual, o que por lo menos no lleve algún vestigio humano. Con un esfuerzo continuado y gigantesco, el hombre ha ido sometiendo a su imperio, palmo a palmo, todos los dominios de la Naturaleza; sus campos y montañas, sus ríos y lagos, y hasta sus mismas entrañas subterráneas, de modo que apenas se puede encontrar un rincón donde el hombre no haya dejado la impronta de su espíritu. Bastaría evocar, como símbolo de esa lucha titánica y milenaria del espíritu con la Naturaleza, esos montes escarpados que la mano del hombre ha ido conquistando progresivamente, organizando sus cultivos y parcelas escalonadas desde sus valles y laderas hacia su cumbre, rematadas muchas veces con verdes bosques.

2.º El humanismo greco-latino-cristiano, alma de Europa.

Pero ese cuerpo fué organizado por un espíritu, por una concepción del hombre y del mundo hecha vida. En tal sentido, la Europa visible es portadora y manifestación o encarnación de un espíritu invisible. Y ¿cuál es ese espíritu?

Los elementos que lo forman, o que por lo menos en él intervienen, son muy complejos, a veces casi imponderables y difíciles de explicar. Pero podemos decir que las notas salientes que lo constituyen y definen son el *humanismo greco-latino-cristiano*, vale decir, el humanismo clásico, purificado, desarrollado y sobrenaturalmente coronado por el Cristianismo.

A tales notas debemos añadir el aporte de los bárbaros, quienes ofrecieron un nuevo y vigoroso material humano, incontaminado por la corrupción y decadencia del Imperio Romano, a la información de ese humanismo clásico cristiano. Porque es claro que Europa no se concibe sin la incorporación de los bárbaros a la civilización cristiana, con los cuales el humanismo medieval adquiere una tónica de robustez y de fuerza del que careció el antiguo; si bien, y por eso mismo, no logró toda la perfección formal de éste. Los bárbaros han impreso su peculiar impron-

ta al humanismo cristiano, tal cual se revela sobre todo en la cultura medieval de no inmediata influencia latina —como la germana y normanda—y donde, por la misma razón, alcanzó mayor esplendor y pureza el arte bárbaro-gótico, el arte por excelencia cristiano.

3.º La formación del humanismo europeo.

Se puede señalar el nacimiento del humanismo en Grecia, cuando Sócrates descubre el concepto y centra la inteligencia y la cultura de Occidente en la esencia o ser trascendente al ser inmanente y determinante de la actividad de éste. Precisando y ahondando tal posición, Platón y Aristóteles descubrieron el Ser divino como meta definitiva trascendente de la inteligencia y de la voluntad humanas. Con ellos, la Filosofía y la Cultura griegas, con todas sus limitaciones y desvíos, nacen y se estructuran en el *ser—verdad, bondad y belleza*—trascendente, se organizan como *entocéntricas.*

Los romanos retomaron esa cultura y la reelaboraron sobre ese mismo principio básico de que toda la vida humana está determinada y se realiza sobre el ser y sus exigencias trascendentes al propio hombre, y sobre él fundaron la organización jurídica del Imperio, como otras conquistas y jalones del humanismo.

Se instaura así el espíritu de Europa como un humanismo en el sentido de desarrollo armónico y jerárquico de las diferentes partes del hombre, culminando en su vida espiritual—individual y social—, y como una modificación de la Naturaleza para mejor someterla al servicio del hombre, y éste, a su vez, sometido al *ser—verdad y bien—trascendente.* Semejante humanismo o perfeccionamiento ontológico de las cosas y del hombre está organizado por el espíritu humano, en un orden jerárquico: de las cosas materiales y de las partes inferiores del hombre que sirven a su vida espiritual, y ésta que a su vez se somete y se nutre del *ser—verdad, bondad y belleza—trascendente.* Tal es el sentido *ontrocéntrico,* de validez absoluta, de este humanismo.

El cristianismo iba a sanar la naturaleza humana, herida por el pecado original, esclareciendo su inteligencia obnubilada y fortaleciendo su voluntad debilitada. La vida de Dios, comunicada al hombre por su incorporación a Cristo, no sólo extendía el humanismo con una dimensión divina injertado en la vida del hombre, sino que a la vez, por "añadidura", fortalecía las raíces del humanismo puramente tal, al curar la naturaleza humana de sus heridas y hacer posible un auténtico perfeccionamiento del hombre en la unidad jerárquica de las diferentes partes de su ser y de su vida.

De hecho, el Cristianismo purificó de sus errores fundamentales al humanismo clásico, al par que superó sus limitaciones. En efecto, *la filosofía griega*—y, consiguientemente el humanismo de sus restantes manifestaciones culturales, en ella fundamentado—no alcanzó a ver con claridad y a precisar el sentido de la vida temporal del hombre, su ordenación moral sobre todo, en la luz de su Fin trascendente divino de su vida inmortal.

Consiguientemente, tampoco llegó a descubrir y poner en claro así el valor de la persona como sus derechos inalienables en lo referente a ese Fin divino, al que está ordenada y sometida, y su superioridad sobre la sociedad en este punto, que la ponen a resguardo de todo totalitarismo o sometimiento total a la sociedad y, concretamente, al Estado.

Ha sido el Cristianismo quien, al descubrir esta verdad—que pertenece al orden filosófico, pero que la Filosofía de hecho no ha descubierto sino en un clima cristiano—de que la vida del hombre, por todas las dimensiones de su espíritu, por su inteligencia y su voluntad, se encuentra apoyada en Dios, como en su último Fin o Bien supremo y eterno, ha puesto en claro también y por eso mismo, el valor de la persona y de sus relaciones de *subordinación*—en lo referente al bien común temporal—de *independencia*—en lo referente al bien divino—respecto a la sociedad, y de *coordinación* con las demás personas individuales, a la vez que ha estable-

cido con precisión los dos términos del humanismo o perfeccionamiento humano: del hombre tal como es dado, en su ser sobrenatural y natural, y del término definitivo y eterno a que debe llegar, por una conquista paulatina realizada en el tiempo mediante la ordenación de su múltiple actividad jerárquicamente organizada bajo el dominio de su espíritu: de su libertad, dirigida por su inteligencia, ajustada ésta y de acuerdo a su vez con las exigencias de aquel supremo Fin trascendente y eterno.

4.º El humanismo europeo.

Desde esa suprema concepción del hombre—en su naturaleza y gracia—y de su divino destino, se organizó el humanismo como un *onto y teocentrismo*, en una magnífica y jerárquica unidad. Al menos tendió a alcanzarla en todos los aspectos, como un supremo ideal, aunque de hecho no siempre la alcanzara y a las veces incluso atentara contra ella. El humanismo cristiano, que incluye y supera el humanismo grecolatino, se fundamentaba y nutría de aquella concepción fundamental cuya fuerza estriba en la *verdad* ontológica absoluta, en que se sostiene y que la alimenta. El Cristianismo, al descubrir con claridad el ser finito del hombre—materia y espíritu—, pero hecho para lograr su plenitud natural y sobrenatural en la posesión eterna del Ser infinito, dió sentido y ajuste preciso, dentro de una coherente y jerárquica unidad, a todas las manifestaciones de la vida humana y a todas sus proyecciones y reacciones culturales. Desde esta *Weltschauung* cristiana, el hombre alcanzó el sentido exacto de su ser y actividad individual: de la materia y vida interior, sometidas al espíritu culminando en su inteligencia y voluntad, y del espíritu logrando su perfeccionamiento por su acatamiento a la verdad y bien trascendentes y, en última instancia, divinos, y a sus exigencias ontológicas, y, a su vez, de la naturaleza subordinada y al servicio de la raza.

En el orden social: la familia, el taller y los gremios, jerárquicamente organizados en la luz de la exigencias del último Fin y de la vida cristiana, cada uno con sus derechos y deberes, sin lucha de clases.

En el orden político: los señores feudales, las ciudades libres y las universidades con sus fueros y obligaciones convivían armónicamente dentro de la unidad orgánica del Sacro Imperio al que tendió toda la Edad Media como a su ideal.

Europa estaba así organizada en una unidad política viva, la *Cristiandad*, que a su vez reconocía y se subordinaba a una sociedad espiritual con autoridad propia, la Iglesia, a la que reconocía y se sentía obligada a defender y auxiliar para ayudarle a cumplir con su misión sobrenatural.

Todo este inmenso cuerpo político-religioso, natural y sobrenatural, orgánicamente estructurado con sus sociedades inferiores y sus personas individuales, estaba sometido a Dios, desde quien se lograban establecer con precisión los derechos y deberes de cada uno y de cada sociedad parcial dentro de este todo orgánico.

Como encarnación del hombre concreto que es, el arte manifestó esta unidad en todas sus expresiones: en sus castillos, puentes, ayuntamientos y, por encima de todo, en sus admirables catedrales, en las cuales toda inmensa mole de piedra se organiza en una compleja y magnífica unidad.

Mas comoquiera que el conocimiento no es sino la aprehensión inmaterial de la realidad, la unidad jerárquica ontológica natural y sobrenatural del hombre, en sus manifestaciones culturales y del mundo, habría de reflejarse en aquél. De hecho el saber medieval, organizado bajo aquella concepción del mundo fundamental cristiana, reunió las Ciencias, la Filosofía y la Teología en una coherente y jerárquica unidad: en la *Sabiduría cristiana*, cuya suprema realización encarna la *Summa Theologica* de Santo Tomás, síntesis completa y orgánica de todo el saber natural y sobrenatural de su tiempo.

Tal es el espíritu de Europa: *el humanismo teocéntrico cristiano*, que se organiza como una concepción y realización del cabal perfeccionamiento del hombre en su ser y vida natural y so-

brenatural, desde su Fin divino trascendente y que si no siempre se llevó a cabo plenamente, estaba explícita e implícitamente presente y constituía el ideal vigente y vivido, subyacente y alimentando todas las manifestaciones de la vida humana y de su cultura, ya que a él se ordenaba y en el que se sostenía y tenía razón de ser todo el hombre en su ser y actividad.

5.º La corrupción del espíritu europeo.

Pero a partir de la Edad Moderna, en ese humanismo teocéntrico cristiano, espíritu organizador de Europa y de sus instituciones políticas, y manifestaciones religiosas, teológicas, filosóficas, artísticas y culturales, está depositado el germen que había de corromperlos desde dentro; aquella concepción humanista *teocéntrica cristiana* es sustituída por una concepción *humanista antropocéntrica*, que va minando y deshaciendo a la primera y a sus realizaciones en ella sostenidas. El hombre constituye y se coloca en lugar de Dios: se convierte en causa primera y fin último de toda su actividad.

En Filosofía—por su misma índole de saber supremo, en quien se apoya y resume todo conocimiento y toda manifestación cultural inmediata—es donde mejor aparece este cambio fundamental, que iba a modificar el espíritu europeo hasta cambiarlo totalmente y conducir a Europa a la encrucijada o drama a que ha sido arrojada en la actualidad. La Filosofía cristiana se había organizado sobre el ser o verdad y, en definitiva, sobre el Ser o Verdad trascendente de Dios. En cambio, la Filosofía moderna, que tiene su primer gran representante en Descartes, apoya todo su sistema en el propio pensamiento, en el *cogito*. Porque pienso—dice Descartes—existo y existe Dios y el mundo. Las intenciones de Descartes son más bien conservadoras y hasta cristianas y las conclusiones de su sistema no distan mucho de las de la *Escolástica* de su tiempo. Sin embargo, es su *espíritu* lo que ha cambiado y ha revolucionado la Filosofía: el hombre, y dentro de éste su *pensamiento,* y no el *ser* trascendente, es el objeto inicial y el fundamento de toda otra realidad o verdad.

A través del racionalismo y del empirismo del siglo XVII y XVIII, este espíritu sigue su curso, hasta cristalizar en toda su fuerza en *la revolución copérnica* de Kant: ya no es el ser quien determina y gobierna con su verdad a la inteligencia y, por ella, a toda la vida del espíritu; es inversamente la inteligencia quien constituye los objetos con sus formas subjetivas o categorías *a priori*, a partir no del ser trascendente, sino de los fenómenos o apariencias dadas en la propia sensibilidad.

Paradójicamente este nuevo espíritu, que comenzaba por exaltar y dar superioridad al *sujeto* sobre el objeto, al *espíritu* sobre el ser trascendente, por una lógica interna del principio asentado—de un conocimiento encerrado en la inmanencia de su acto sin salida posible al ser trascendente—no sólo se desvincula y pierde este ser transubjetivo, sino también el propio inmanente, y ya por la vía racional del idealismo, ya por la vía sensitiva del empirismo, se llega al fenomenismo trascendental o al actualismo empírico, con la disolución del auténtico ser del hombre, para desembocar en el irracionalismo vitalista y existencialista de nuestros días, el cual se llama a sí mismo *humanismo integral*, porque todo ser es y se manifiesta en y por el ser de la *existencia* humana, concreta, y ésta a su vez está constituída desde, por y para la nada definitiva.

Desde l principio *antropocentrista* de la inmanencia subjetiva, que se instaura en la Filosofía como una exaltación del hombre frente al mundo y a Dios, por una lógica interna implacable, se llega así por sucesivas etapas hasta un mal llamado *humanismo de hecho nihilista y amoral*, que por eso mismo es *antihumanista.*

Perdido el objeto propio de la inteligencia: el ser—verdad, bien y belleza—trascendente y, en suprema instancia ontológica, el Ser absoluto divino, desde el cual se estructuraba con todo rigor y cohesión el humanismo natural y sobrenatural cristiano, bajo la fuerza del principio antropocentrista disolvente y

paralelamente al densenvolvimiento de las ideas de la Filosofía, que constituye el tejido del proceso histórico, se desarrollan todas las consecuencias nefastas en los diversos órdenes de la vida humana y de sus realizaciones culturales. La nueva concepción del hombre y de la vida, a primera vista más humana porque centrada en el hombre y organizada para una exaltación y hasta divinización del mismo, comoquiera que realmente descentraba al hombre de su auténtico Bien trascendente, desde donde le venía a aquél todo ser, verdad y bien inmanente, acaba paradójicamente por desvincular y destruir la propia vida y ser del mismo hombre en sí y en sus proyecciones humano-cristianas.

En el orden individual se comenzó por desarticular la vida sobrenatural de la natural, para luego dejarla de lado y acabar negándola.

En el orden natural, la escisión entre el espíritu y ser trascendente absoluto llevó paulatinamente a la negación de este ser—del mundo y de Dios—y a la destrucción gradual, por diversos caminos, del mismo ser del hombre en su unidad sustancial de espíritu y materia, comenzando por el espiritual. El hombre es reducido, bien a fenómeno de un espíritu absoluto impersonal, bien a un conjunto de actos o fenómenos destituídos de ser, bien, y por último, a una nada, desde la que intenta proyectarse o hacerse sin llegar nunca a ser.

En el orden moral con el *ser* trascendente se pierde también el *deber-ser* o norma absoluta de la conducta, se deja a ésta abandonada a la pura libertad, desenfrenada, enteramente amoral, desde que ningún valor ni norma es ni se funda sino en su propia elección o autocreación existencial.

Semejante destrucción del orden moral absoluto, lógicamente conduce a la destrucción de todo principio social, jurídico y económico, capaz de organizar firmemente la sociedad. La unidad política es sustituída por la multitud de naciones enconadas entre sí, la armonía social por la lucha de clases, la subordinación del poder temporal al espiritual por la lucha de aquél contra la Iglesia, y la obediencia interior a la autoridad por la fuerza coercitiva puramente exterior.

En el orden religioso, el individualismo antropocéntrico desencadena la revolución protestante: la rebelión contra la autoridad eclesiástica y el libre examen—según el cual cada uno interpreta libremente la Biblia y la doctrina revelada—de lo que dimana la disolución del contenido sobrenatural dogmático, moral y jerárquico del Cristianismo, con la consiguiente dispersión de la unidad religiosa en multitud de sectas, cada día más divididas y más alejadas de la primitiva Verdad revelada.

Esta ausencia de unidad espiritual diluída en la confusión y el error, como es natural, se trasunta en el arte, cada vez más anárquico hasta la pérdida total del *estilo*. En efecto, el estilo encarna y expresa bellamente la unidad espiritual de un pueblo. Y como tal unidad no existe ni en Religión, ni en Filosofía, ni en los principios de moral individual y social, tampoco existe el estilo. Cada artista—si realmente lo es—se expresa bellamente a sí mismo, pero de una manera incomprensible para el pueblo. De ahí el arte esotérico, de grupos, tan alejado del arte medieval, donde el pueblo se encontraba bellamente expresado en su pensar, sentir y amar, y que por eso, en las realizaciones religiosas, ayudaba a elevarse a Dios y a orar, y donde por eso también no interesaba el nombre del autor, ya que él no era sino el portador del mensaje de la comunidad bellamente expresado.

Todo ese caos a que con toda lógica ha venido a dar el hombre contemporáneo a partir de la nueva concepción antropocéntrica del Renacimiento, se refleja en la Filosofía actual. En rebelión contra la Teología, privada de su apoyo sobrenatural, la Filosofía moderna, sobre todo la actual, destituída de la verdad absoluta del ser trascendente, se elabora de múltiples formas como una creación libre, subjetiva y relativa, devorada por la contradicción, sin ninguna vigencia sobre la sociedad y la vida.

A partir de la desarticulación de la vida espiritual humana del ser trascendental, natural y sobrenatural en que se sostenía y alimentaba el perfeccionamiento inmanente del hombre cristiano,

con la implantación de la nueva visión antropocéntrica, paso a paso se ha ido diluyendo el *humanismo greco-latino-cristiano*, y Europa ha ido perdiendo su alma.

Los mismos resultados del desarrollo científico y técnico—realmente extraordinarios—de la Edad Moderna y Contemporánea, desvinculados de aquel auténtico perfeccionamiento humano, resultan monstruosos, cuando no atentatorios contra el propio hombre, *inhumanos*, como se ha visto en la última guerra y en la amenaza que para el hombre de hoy constituye el descubrimiento de la energía atómica sin vínculos morales absolutos capaces de someterla al bien exclusivo del hombre.

6.º *El drama de Europa.*

Y henos aquí hoy frente al desgarramiento interior de Europa, que todo europeo consciente e inconscientemente padece en su alma y en su vida, y que sus hombres responsables analizan para buscarle solución.

Este tremendo drama podría plantearse del siguiente modo: Europa se formó y llegó a tener un espíritu, cuyas notas sobresalientes hemos señalado. Ese espíritu o humanismo cristiano plasmó un modo de vivir, que se proyectó en una serie de instituciones religiosas, sociales, jurídicas y económicas, y engendró una multitud de realizaciones culturales, que han cristalizado como un inmenso y complejo cuerpo, en que la naturaleza del mundo y del hombre ha sido enteramente transformada, *cristianamente humanizada*. Vale decir, que esa alma creó y se reflejó en un cuerpo vigoroso, que es la Europa inmediatamente aprehensible.

De la pérdida progresiva de ese espíritu a través de los siglos, el hombre apenas si se ha ido percatando en épocas anteriores, porque ella no llegaba a modificar aparentemente lo que hemos llamado el cuerpo de Europa. Pero ante la perspectiva de la disolución total de ese espíritu, con que amenazan fuerzas poderosísimas desencadenadas como el materialismo comunista militante y el existencialismo nihilista, enquistado en mucha gente como modo de vida, ya es el mismo cuerpo de Europa el que se resiente. Falto de espíritu, ese mundo de instituciones y formas de vida y realizaciones científicas y culturales propios de Europa, se corrompe, se resquebraja y amenaza con desmoronarse totalmente. El hombre de Europa se siente desgarrado, amenazado por la pérdida de todo este mundo de cultura milenaria, que ha sido la razón de ser de sus mayores y de su propia vida. Por lo que no siempre ve claro es que ese modo de ser inmediatamente espectable de Europa—ese *corpus europeo*—que él quiere salvar del peligro de su hundimiento, no es posible defenderlo ni mantenerlo sin la restauración del espíritu que lo formó y le confirió vida y fuerza, y que es precisamente el que tiende a desaparecer.

Este drama o tragedia de Europa está en poseer una riqueza inmensa de formas religiosas, sociales, jurídicas, económicas, artísticas y técnicas, un modo de ser y de vivir que, privados del vigor del espíritu que les dió origen, forma y vida, tienden a deshacerse y a desaparecer en la misma medida de la desaparición del espíritu.

7.º *Hacia la solución.*

Frente a esa situación desgarradora de Europa, que tiende a acabar con el humanismo cristiano, vale decir, con los valores absolutos del espíritu, que han creado el clima necesario y las condiciones más favorables al desarrollo de la vida de la persona humana sobre la tierra, se presentan concretamente dos posiciones fundamentales antagónicas:

1. La de los *antieuropeos*, que busca superar esa distensión trágica, con el aniquilamiento liso y llano del espíritu europeo, mediante una organización—de algún modo hemos de llamarla—enteramente materialista de la vida individual y social del hombre, que diluya y suprima totalmente el espíritu y todas sus auténticas manifestaciones. Tales fuerzas en la actualidad están representadas principalmente por el *existencialismo ateo y nihilista, y por el comunismo marxista*—ideológicamente co-

nectados entre sí y muchas veces coexistentes en los mismos individuos—, a los cuales se ha llegado por una dialéctica interna a partir de la concepción antropocéntrica del Renacimiento, y cuyo antecedente político inmediato ha sido el *liberalismo* con el *capitalismo*, filosóficamente nutridos de *positivismo agnóstico*. Estas fuerzas disolventes, último estadio de aquella concepción inicial antropocéntrica, luchan por hundir definitivamente a Europa, acabando con el humanismo cristiano, que la plasmó como Europa; o, en otros términos, luchan por disolver las condiciones de vida espiritual y libre, destruyendo una forma de vida, establecida desde dentro del hombre, y libremente aceptada, como exigencia de la verdad y del bien trascendente, es decir, de la religión y de la moral; para sustituirla por un ordenamiento puramente material y mecánico, desde fuera, de pura violencia y policía, donde los derechos de la persona no cuentan—porque se ha quitado el fundamento de sus obligaciones—, inmolada al bien único de la clase, de la raza o del Estado. Es la vida que padecen ya centenares de millones de hombres detrás de la cortina de hierro y que se cierne como una amenaza no improbable sobre Europa y sobre el mundo.

2. Frente a esa posición disolvente de Europa, los *europeos* se esfuerzan por lograr la salvación de Europa, por restablecer y fortalecer esas condiciones de vida humana, en que el orden social, político, jurídico y económico se armonicen con la vida y los derechos de la persona y donde, consiguientemente, aquéllos resulten como una posición exigida por la misma vida personal plenamente vivida.

Hay quienes con buena voluntad, pero faltos de visión, se detienen allí, e intentan encontrar un equilibrio, una fórmula que dé con la solución, pero sin alcanzar la cima del humanismo cristiano, desde el cual únicamente tiene solución cabal este tremendo drama de muerte o supervivencia de Europa. Tal es la situación de ciertos liberales agnósticos, que no aciertan a ver que su anhelada solución es inestable e irrealizable.

Pero hay otros, los *auténticos europeos*, que llegan a ver con claridad el problema y la solución. Son los hombres que han llegado a la *conciencia refleja de Europa*, a comprender que sólo un retorno a un humanismo cristiano, a la concepción cristiana del hombre hecha vida y reinfundida en las entrañas de Europa, podrá reanimarla y devolverle su antiguo esplendor en un cuerpo renovado y enriquecido por el aporte magnífico de la ciencia y de la técnica.

No es un accidente fortuito que en el orden político sean casi exclusivamente los hombres y partidos de inspiración católica quienes han detenido y luchan vigorosamente y con éxito contra el comunismo antieuropeo, preparado siempre por regímenes anteriores liberales o totalitarios, precisamente porque—a diferencia de los partidos cristianos—carecen de valores absolutos y organización jerárquica impuestos por convencimiento a la interioridad libre de la persona. Y son ellos, porque sólo ellos han llegado a descubrir con claridad las notas constitutivas del alma europea y trabajan por infundirla en el cuerpo enfermo de Europa a fin de restaurarlo y devolverle la vida en sus instituciones y realizaciones culturales.

En este sentido, los verdaderos europeos de hoy han profundizado y han llegado a tener una *conciencia europea* que no tenían los europeos de siglos atrás. Cuando Europa vivía su vida europea sin peligro de su subsistencia, cuando se desarrollaba normalmente en el clima humanista cristiano—aun en siglos en que ese espíritu estaba ya inficionado por el virus disolvente de la nueva *Welt-anschauung*, pero que permanecía todavía vigoroso—, los hombres de Europa eran europeos sin saberlo expresamente; vivían su *europeidad* sin conciencia clara de ella, *in actu exercitio*, sin plantearse siquiera el problema del sentido y esencia de Europa. Pero, como en toda crisis, ante la crisis de Europa y el peligro de perder su espíritu, es decir, de perder aquello que hizo a Europa y por lo que Europa es Europa, los hombres responsables de Europa de hoy plantean el problema y se abocan a determinar qué es ese im-

palpable espíritu de Europa que está en peligro, para reencontrarlo, robustecerlo y afianzarlo en los hombres, instituciones y culturas de Europa, a fin de salvarla de este modo de su inminente muerte y conducirla a un período de renovada vitalidad con la integración en ella de los auténticos aportes culturales de la Edad Moderna, hasta ahora dislocados y antihumanos—como las ciencias y técnicas—por falta de subordinación a este espíritu europeo hecho humanismo cristiano.

En tal sentido, puede decirse—como también del espíritu católico—que, pese a toda esta tremenda decadencia de Europa, hay un verdadero progreso del espíritu europeo, en cuanto, dentro de una claudicación de grandes masas, aparecen núcleos cada vez más numerosos y vigorosos, con conciencia de lo que es Europa y su ausencia y su espíritu, y con la voluntad heroicamente decidida de trabajar por restaurarlo.

De todos modos conviene insistir que tal restauración—los hechos lo confirman—no será posible ni se hará sino en la medida de la restauración en los hombres y en la sociedad de la vida cristiana plenamente vivida, en cuyo clima únicamente puede reflorecer un humanismo cristiano, verdadero espíritu capaz de rehacer a Europa desde dentro.

Por eso, en esta reconquista y restauración de Europa mucho tiene que hacer la Iglesia y sus hijos fieles. Porque si bien ella no tiene como finalidad propia ni, por ende, misión específica ocuparse directa y expresamente de los problemas políticos, jurídicos, económicos y culturales, ni siquiera del humanismo; sin embargo, al ocuparse de la santificación y salvación del hombre, de su ordenamiento religioso-moral, que es lo mismo que decir de su ordenamiento integral, en la totalidad de su ser y vida individual y social, crea *por añadidura* el clima indispensable, en el cual solamente es posible la reelaboración del humanismo cristiano y de la consiguiente restauración de Europa.

8.º La responsabilidad de América.

Europa, en la acepción expuesta en este trabajo, no se limita a lo que es geográficamente Europa; comprende también América, sobre todo la nuestra hispana, que vió la luz con la infusión del espíritu de Europa; organizada con el más puro y auténtico humanismo, el de España católica y grande del siglo XVI y XVII, traído por sus heroicos conquistadores y, más que todo, por esa multitud de abnegados y santos misioneros.

Si bien ese humanismo cristiano no ha alcanzado en América la madurez de Europa, posee, en cambio, el vigor que le viene de su juventud, exento de las lesiones y decadencia con que en gran manera—acabamos de verlo—se encuentra y claudica en Europa. Al respecto, repetimos ahora lo que ya dijimos en otra oportunidad en esta misma revista: que el espíritu europeo encuentra mejores perspectivas y más amplias posibilidades de realización en América que en Europa, y que el eje de Europa parece trasladarse a América, y que no sería improbable que, en los designios de la Providencia, este humanismo cristiano, esta forma de vida humana del hombre sobre la tierra, centrada y alimentada en su inmanencia por el ser —verdad, bien y belleza—trascendente y, en definitiva, en Dios, que constituye la esencia y alma de Europa, vigoroso en América, una vez superados sus grados inferiores y alcanzada su madurez, retorne un día desde América a Europa, para devolverle filialmente a Europa lo que ella un día, desbordando la plenitud de su espíritu, maternal y generosamente, dió a América al engendrarla a la vida de la Historia como una continuación de sí misma, como una nueva parte orgánica y vitalmente incorporada a ella.